

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE
MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ENSAYOS

PERÍODO ROMÁNTICO

ENSAYO SOBRE ANDRÉS LAMAS. — CARLOS MARÍA RAMÍREZ.
— EL OCASO DE MANUELITA ROSAS. — MELCHOR PACHECO
Y OBES. — ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES. —
MÁRMOL, POETA DE SU TIEMPO. — DON
JOSÉ DE BUSCHENTAL. — DON CÁNDIDO
JUANICÓ. — EL EVANGELIO
ROMÁNTICO. — EL ÚLTIMO
GENTILHOMBRE



PALACIO DEL LIBRO

25 DE MAYO, 577
MONTEVIDEO

MAIPÚ, 49
BUENOS AIRES

ENSAYOS

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ENSAYOS

PERÍODO ROMÁNTICO

ENSAYO SOBRE ANDRÉS LAMAS. — CARLOS MARÍA RAMÍREZ.

— EL OCASO DE MANUELITA ROSAS. — MELCHOR PACHECO
Y OBES. — ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES. —

MÁRMOL, POETA DE SU TIEMPO. — DON

JOSÉ DE BUSCHENTAL. — DON CÁNDIDO

JUANICÓ. — EL EVANGELIO

ROMÁNTICO. — EL ÚLTIMO

GENTILHOMBRE



MONTEVIDEO

ARDUINO HNOS., Impresores

Cerrito, 691 - 93

1928

ENSAYO SOBRE ANDRÉS LAMAS

I

EL MAGISTERIO INTELECTUAL

La semblanza de don Andrés Lamas, trazada por el doctor Pablo Blanco Acevedo para servir de portada al tomo inicial de los "Escritos selectos" de aquel hombre ilustre, que ha empezado a publicar el Instituto Histórico y Geográfico de Montevideo, será leída siempre con interés. Siguiendo el método de Macaulay, el biógrafo domina el vasto panorama de la vida del prócer, y, con la grave y sencilla dignidad de estilo del escritor inglés, narra la historia de aquella vida, y, lo que es acaso más interesante que esto, hace, con un sentido muy justo de la proporción y de la síntesis, una aguda exégesis de las ideas políticas, sociales y literarias de Lamas. Se confunden así, en este trabajo de investigación y crítica, el interés histórico y anecdótico y el interés psicológico. En él se estudia, con igual extensión, el medio ambiente en que se formó y movió el personaje, la singular actividad de su

vida, la fuerza, amplitud e influencia de sus ideas, la originalidad del carácter de este hombre superior, con quien necesariamente se tropieza, cuando se revisan los grandes valores individuales de América en el siglo XIX.

No es posible hablar o escribir de política, de historia, de filosofía, de literatura, de cualquier manifestación social, intelectual o moral que se refiera al Río de la Plata y a los principales acontecimientos del siglo pasado, sin que nos salga al encuentro un hecho, una tesis, un concepto, un juicio, una idea o un comentario de Lamas. El llenó todo el escenario de su época, y, como con mucha exactitud lo dice su biógrafo y crítico, él es siempre el político que hace la historia o el autor que la escribe. Ambos personajes, el actor y protagonista de los acontecimientos históricos, y el escritor que les da forma literaria imperecedera, son igualmente interesantes; pero claro que con preferencia se recuerda al último, y, sobre todo, se le evoca en aquella época serena y melancólica de la vejez en que, depurados vida y espíritu de toda humana vanagloria, ejercía sobre las sociedades del Plata, sin desearlo ni buscarlo, desde el salón de su casa de la calle Piedad, de Buenos Aires, el alto magisterio intelectual que le valieron su poderoso talento y su extraordinaria erudición, el más sólido y la más vasta que en aquel tiempo existieran en estos países.

Se le recuerda, todavía, en medio de la grave tertulia de políticos y hombres de letras, las figuras más en boga del Buenos Aires de 1870. Estaban allí los hombres de las generaciones que se iban con la tristeza de haber realizado poco, y los de las generaciones que llegaban con la impaciencia y la ambición de realizarlo todo. El fondo del cuadro tenía el prestigio de los libros, las obras de arte, los muebles y objetos de que rodeó los últimos años de su vida aquel inquieto y empeinado humanista. Se recordaba allí, por natural asociación, el salón de Lord Holland, tan tiernamente evocado por el mismo Macaulay en las últimas páginas de la biografía del ilustre "whig". Había también en él una biblioteca repleta de preciosidades bibliográficas y raros manuscritos; colgaban de las paredes antiguos retratos y curiosas pinturas de las mejores escuelas; poblaban la sala muebles, tapices, objetos y reliquias que recordaban las misteriosas civilizaciones indígenas, el drama de la conquista y del coloniaje, el fausto de las medias cortes indianas; la epopeya de la emancipación, la época más reciente de la organización nacional. El propio protagonista, con su noble cráneo orlado de plateados cabellos, el arco perfecto de su frente serena, el pálido rostro cuidadosamente afeitado y recuadrado por la blanca barba "unitaria", las facciones finas y aristocráticas, la mirada sagaz y escudriñadora, la boca enérgica, las manos afiladas como las

de los caballeros del Greco, la pulcra elegancia, las maneras señoriles, tenía algo del retrato del político inglés, pintado por Raeburn para Westminster.

Lamas estaba entonces en la plenitud de su genio investigador y de su talento y fuerza de realización. Había acopiado los más ricos y originales tesoros bibliográficos y documentales relativos a la historia de América; había confesado, uno por uno, a todos los sobrevivientes del drama de la Revolución; había organizado sus apuntes y notas; había formulado los planes e índices de sus libros definitivos, y empezaba a construir y dar forma a la obra de análisis y síntesis histórica con que quería coronar su vida.

Temeroso de que el tiempo le faltara para realizarla, comenzó por trazar, en monografías y estudios previos, el camino que debía seguirse, en caso de que la muerte lo sorprendiera. A ese propósito respondió el trabajo titulado "Instrucciones para la adquisición en los archivos europeos de documentos que puedan ilustrar la historia colonial del Río de la Plata", que escribió en 1873; el "Prospecto de la Biblioteca del Río de la Plata" y las admirables introducciones a las obras de Lozano y Guevara, que corresponden a 1874 y 1882, amén de los numerosos estudios parciales que publicó en esa época de su vida, estudios aparentemente inconexos, pero tendientes todos ellos a lle-

nar lagunas de la historia del continente, o a indicar nuevas vías de investigación. Le devoraba entonces el mismo deseo que, en 1843, en pleno trabajo de organización de la defensa de Montevideo, le hizo concebir su proyecto de fundación del Instituto Histórico y Geográfico Nacional, cuyas bases constituyen un sabio plan de clasificación y organización de los materiales necesarios para escribir la historia de estos países. Hoy, todo esto y mucho más, parece cosa elemental a los que se ocupan de historia americana. En aquella época, cuando todavía no se habían creado las disciplinas científicas actuales, ni se habían organizado los archivos, ni existía bibliografía histórica sistematizada, ni se había bosquejado siquiera la arquitectura histórica de los pueblos del Plata, la obra de Lamas ofrecía una verdadera novedad y se adelantaba singularmente a su época.

Lamas tenía razón en apresurarse, a pesar de la serenidad con que se acercaba al ocaso. Las batallas de la vida habían dejado en él huella indeleble, y la materia podía traicionar al poderoso espíritu. Se puso entonces a escribir, febrilmente, los primeros capítulos de la obra definitiva, que debía titularse "El génesis de la Revolución e Independencia de la América Española"; y en esa labor lo halló la muerte, una madrugada de septiembre de 1891, frente a su mesa de trabajo, en su sillón familiar, inclinado sobre las cuartillas, rodeado de

sus libros y manuscritos, en el austero salón en que durante más de veinticinco años había ejercido su alto magisterio intelectual.

II

LA GENERACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

Andrés Lamas nació en Montevideo en 1817, en los días en que se arriaba la bandera tricolor para izar el pabellón de Portugal. Siendo niño, oyó narrar en el hogar las hazañas de 1816 y 1825, y su infancia quedó toda ella zahumada del recuerdo de las dos epopeyas. Artigas se confundía en su imaginación infantil con los Treinta y Tres; el Catalán y Tacuarembó con Rincón y Sarandí. La casa paterna estaba llena de estos recuerdos, y de los más dolorosos que dejaron las persecuciones y las estrecheces que trajo la guerra. A ellos asociaba, más tarde, el joven, ya en plena inquietud romántica, la pálida y dulce imagen de su madre, doña Josefa Alfonsín, y la severa figura de su padre, don Luis Lamas, austero patriota y prohombre de los primeros congresos orientales. Con estas nobles figuras familiares se confundía el traje talar de su

tío, el doctor don José Benito Lamas, cuyas enseñanzas dejaron huella indeleble en el corazón y en el entendimiento del niño y del joven.

Fray Lamas, más tarde exclaustro y Prelado de la Iglesia oriental, fué un teólogo profundo y uno de los hombres que mejor comprendieron y explicaron los fenómenos políticos y sociales de la Revolución. Él se adelantó a su época en la interpretación ortodoxa del principio de autoridad, el derecho de rebelión, la soberanía popular y el gobierno representativo. Fué, además, humanista de vasta erudición clásica, docto en ciencias sagradas y profanas, que no desdeñó los buenos modelos de todas las épocas. Habló con elocuencia, y escribió en prosa flexible y amplia, con más buen gusto que culteranismo. Este hombre superior descubrió y estimuló la vocación literaria de su sobrino, y con su ascendiente, fijó para siempre, en el entendimiento del niño y del adolescente, los principios esenciales de filosofía y de ciencia social y política que, luego, el hombre desarrolló y aplicó en la vida pública.

Cediendo, tal vez, a sus consejos, trocó el joven las tareas comerciales a que lo dedicó su padre, que fué hombre de férvido patriotismo, de excelente buen sentido y de relativa cultura, por el estudio de las humanidades y el derecho. No había terminado sus estudios, cuando los acontecimientos lo lanzaron a la vida pública y lo convirtieron, de la noche a la mañana, en periodista, conspirador, desterrado, revo-

lucionario, diplomático, funcionario, juez, jefe de policía, creador de instituciones, hombre de letras, académico, organizador de la Defensa de Montevideo, ministro, árbitro de los destinos del Río de la Plata, enemigo, el más temible, de la tiranía, coautor, cuando no autor, de la caída de Rosas, que todo lo fué este joven patricio antes de cumplir los treinta y cinco años.

Esta precocidad fué característica de los contemporáneos de Lamas. La generación que vino al mundo cuando se desarrollaba el drama de la Revolución produjo hombres extraordinarios. Verdad es que los tiempos eran extraordinarios también. Se acababa de salir del régimen colonial y se estaba creando la república y la democracia. Mucho antes de mediar el siglo pasado, estos hombres, nacidos en plena borrasca, estaban ya en la madurez, y los más brillantes de ellos, formaban aquella pléyade de escritores, poetas, oradores, políticos, jurisconsultos y generales que, desde Montevideo, combatieron contra la tiranía. No hay para qué repetir los nombres preclaros de argentinos y orientales que, hasta 1852, confundieron sus esfuerzos en la lucha sin cuartel contra Rosas.

La época en que nacieron y se formaron estos personajes fué difícil; no había entonces seguridad ni estabilidad en los hogares del Río de la Plata. Las guerras de la independencia, primero, y las guerras civiles, luego, tuvieron en constante zozobra

y dispersión a la familia. Así se explica que no siempre fueron los centros urbanos la cuna de estos hombres, y que algunos de ellos encontraran su tumba en lugares ignotos. El cambio de régimen planteó, además, un grave problema de orden docente. Con los institutos coloniales desaparecieron los maestros y las disciplinas clásicas, y fué necesario sustituir éstas y aquéllos con adaptaciones e improvisaciones que no siempre fueron felices. Nada se quería del antiguo régimen; pero, desgraciadamente, nada o muy poco había con que sustituir las disciplinas coloniales, pues no existía, naturalmente, una cultura autóctona que, hoy, todavía no hemos alcanzado. Se echó mano, entonces, de los últimos figurines de la filosofía y la literatura, y se procuraron trasplantar los vacilantes principios políticos y sociales con que la Revolución, el Consulado, el Imperio, la Restauración y la segunda República habían trastornado al mundo. Lo que con ello se obtuvo fué, despertar, en esta generación, una profunda inquietud espiritual que, luego, hizo germinar y crecer frondosamente el Romanticismo. Estos jóvenes del segundo tercio del siglo pasado se sintieron poseídos de un agresivo desdén contra la cultura clásica y de una ambiciosa curiosidad por todo lo nuevo.

El mismo Lamas trazó el proceso de este estado moral. "La revolución, escribió, nos había colocado sobre un plano inclinado, y el impulso fué tan

vigoroso que pasamos de un salto, en política, de Saavedra a Rousseau; en filosofía, del enmarañado laberinto de la teología escolástica, al materialismo de Destut de Tracy; de las religiosas meditaciones de Fray Luis de Granada, a los arranques ateos y al análisis enciclopédico de Voltaire y de Holbach''. Esteban Echeverría clamaba también contra la filosofía de Condillac y de Tracy y el utilitarismo de Bentham enseñados, desde 1821, en la Universidad de Buenos Aires. Fácil es calcular, decía, qué dirección darían a las inteligencias jóvenes, doctrinas que entrañan en sí el materialismo y el ateísmo, y desconocen la noción imperativa del deber. Florencio Varela deploraba igualmente la orientación exótica de la enseñanza universitaria posterior a la Revolución.

Todo ello era consecuencia del inflexible propósito que animó a los directores del movimiento de sustraer a sus sucesores a la acción de la cultura escolástica colonial. Si felizmente no se logró la emancipación del genio español, aquella generación llevó, en cambio, a la vida doméstica y a la vida pública, un profundo sentimiento de malquerencia contra la tradición colonial que, como todos los errores, fué un factor negativo de civilización; pero, por oposición, llevó también una violenta exaltación del sentimiento nacional que constituyó una formidable fuerza de progreso social y político.

No hay ejemplo más típico de esta exaltación espiritual que el de Andrés Bello. La vasta actividad de este hombre ilustre está sellada por esa unidad de sentimiento y pensamiento que, ya en sus primeros balbuceos literarios, le hacía reclamar, como una consecuencia necesaria de la independencia política de América, obtenida por la Revolución, aquella forma de civilización propia que Alberdi definía, en 1837, como la conquista del genio americano. Ni Florencio Varela, ni el mismo Alberdi, que coincidieron en lo fundamental con este concepto, dieron a sus ideas tanta precisión y nitidez. "Dos cadenas, escribió Bello, nos ligaban a la España: una material, visible, ominosa; otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que como aquellos gases incomprensibles que por sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y a todo le imprime el sello de la esclavitud y desmiente nuestra emancipación absoluta. Aquella pudimos y supimos hacerla pedazos con el vigor de nuestros brazos; ésta es preciso que desaparezca también si nuestra personalidad ha de ser una realidad; aquella fué la misión gloriosa de nuestros padres; ésta es la nuestra''. Establecido este concepto, trazó Bello su fórmula de emancipación integral con estas palabras realmente extraordinarias para la época en que se escribieron: "Hay que conquistar la in-

dependencia inteligente de la nación; su independencia civil, literaria, artística, industrial, porque las leyes, la sociedad, la literatura, las artes, la industria deben llevar, como nuestra bandera, los colores nacionales; y, como ella, ser el testimonio de nuestra independencia y nacionalidad". Tal fué el programa ideológico en que se apoyó Lamas al iniciar su vida pública. Era un programa ambicioso, pero él contrajo sus esfuerzos a realizarlo.

El primer campo que se abrió a su actividad fué la filosofía y la literatura. Lamas había humedecido sus labios en la filosofía del siglo, y hasta tradujo y comentó a Tracy; pero, en tales aventuras, no lo abandonó el admirable equilibrio de sus facultades críticas, y con ellas pudo salvar ileso su espiritualismo integral, estimulado por un vivo sentimiento religioso, y disciplinado por la influencia de su tío, cuya ortodoxia estaba timbrada por el lema de San Agustín: en lo necesario, unidad; en lo dudoso, libertad; y en todo, caridad. Esta disciplina filosófica y moral era la que había hallado también en la Casa de Estudios de Montevideo, donde hizo sus humanidades y su curso de derecho. Esta Casa de Estudios de Montevideo, cuyo modesto claustro se componía, además del padre Lamas, de humanistas de la vieja escuela, antiguos "filósofos" del Convictorio Carolino de Buenos Aires, procuró conciliar la disciplina escolástica y la enseñanza clásica con los principios de la Revolución.

Estas dos disciplinas universitarias, la enciclopédica de Buenos Aires, contra la cual clamaban Florencio Varela y Esteban Echeverría, y la ecléctica de la Casa de Estudios de Montevideo, escasamente conocida todavía, explican la existencia en el Río de la Plata de dos culturas civiles, de las que son productos típicos el heterodoxo Alberdi y el ortodoxo Lamas. Veamos cómo aprovechó las lecciones del modesto claustro de Montevideo el joven filósofo y escritor, cuando los estímulos y las exigencias de la vida pública lo arrebataron a las aulas.

III

EL FACTOR MORAL E INTELECTUAL LA EMANCIPACIÓN INTEGRAL

Lamas, al tender la vista sobre el espectáculo que ofrecía la sociedad en el segundo tercio del siglo XIX, dió forma a este pensamiento esencial: "La base de todo pensamiento fecundo, el fundamento de toda opinión, de toda ciencia, de toda fe, es la religión. La falta de un dogma religioso cualquiera, es la causa matriz de la inestabilidad de las creencias de la época actual, el motivo radical de la baja de sus sentimientos y necesidades, la razón íntima y secreta de todas las perplejidades,

tristezas y miserias contemporáneas". "La irreligión en la humanidad, agregó, origina la anarquía en las ideas, el desorden en los sentimientos. Ninguna esperanza completa de mejoramiento podemos abrigar sino robusteciendo la creencia religiosa". Y concluyó proclamando como base de todo progreso: "la ley de Cristo, fuente de toda esperanza en la forma en que la conocemos, en su forma más pura y más cabal: el catolicismo". Se reconoce en este filósofo de 25 años al discípulo de Bonald, el restaurador del tradicionalismo filosófico y remozador de la escuela tomista. A lo esencial de ella permaneció fiel toda su vida Lamas, y a menudo se transparentó en sus escritos y en sus juicios la preocupación religiosa.

La formación literaria de Lamas fué vasta y de las más completas dentro de su época. A su sólida base de cultura clásica agregó extensas lecturas de autores de todas las escuelas, deteniéndose con preferencia en los autores franceses y españoles de los siglos XVIII y XIX. Estaba al tanto de la evolución de las ideas y de las formas estéticas iniciada a principios de su siglo y que hacía crisis en los días de su estreno literario. En sus estudios críticos examina las escuelas y autores que se disputaron el predominio, desde la Enciclopedia hasta el Romanticismo, y en todo ello revela su equilibrio, y aquel sentido del justo medio que era en él innato, pero que había aguzado aún en el estudio

del inventor de la doctrina, Ancillon, el jefe de la reacción espiritualista alemana.

La literatura tuvo para él dos aspectos principales: el que se refiere a su significado moral y social y el que se refiere al carácter que debe tener aquella forma de arte en relación al medio ambiente en que florece. Considerando la literatura como una elevada función social, prevenía a las jóvenes naciones de América, y especialmente a las nuevas generaciones, contra "esa literatura escéptica y descreída que cuestiona o vacila cuando se le pregunta por Dios, por sus altares, por las leyes que rigen al hombre y al universo". Esa literatura, se pregunta, "¿tiene un solo eco que responda a nuestras necesidades? Si la hacemos caer en el corazón de nuestro pueblo, ¿que podrá inducir sino trastornos, qué habrá de engendrar sino catástrofes?" "La irreligión, concluye, origina el caos en la literatura. Sin dogma explícito que ilumine la inteligencia, y sin fe viva y ardiente que vivifique el alma y aliente la voluntad, las naciones están en la imposibilidad moral de poseer una literatura digna de tal nombre". No creía tampoco que debieran buscarse elementos de origen literario en la época colonial: "las colonias no tienen vida propia", exclama; y agrega luego: "la disciplina literaria clásica detuvo el vuelo del genio americano en el momento de hundirse el edificio colonial".

¿Cuál era, pues, el camino de la literatura real-

mente americana? Él lo señaló con agudo sentido crítico; es el que conduce al estudio de los elementos que pueden estimular al genio nacional. Estos elementos, en el orden objetivo, son: la naturaleza americana, los desiertos sin horizontes, las montañas que tocan las nubes, las llanuras inmensas como el mar, el hombre que puebla estos territorios, su indumentaria, sus armas, sus costumbres, su manera de guerrear, su apostura sobre el caballo, la indocilidad de éste, escenas, tipos, paisajes, aspectos que no se parecían ni parecen a ningunos otros. En el orden subjetivo, estos elementos son: el espíritu americano, fruto del conflicto de las razas, ideas y sentimientos que chocaron en el gigantesco drama del descubrimiento, la conquista, la colonización y la independencia del Continente.

Todas estas ideas tienen su tinte social también. Con los juicios e interpretaciones de Lamas podría tentarse la construcción de una sociología nacional, o mejor dicho, platense. Lamas creía que la revolución política terminada en Ayacucho había dejado su secuela, que era la revolución social, cuya primitiva forma fué la guerra civil. La sociedad realmente americana no se había constituido todavía, y por ello, en América, la literatura, el arte, la legislación, sobre todo, no habían adquirido la extensión, la jerarquía y el carácter que les correspondía. Las instituciones coloniales habían sido admitidas provisionalmente por la Revolución, pero era

preciso extirparlas para cumplir con "nuestra misión americana". Lo primero que había que establecer sobre sólidas bases era el gobierno democrático. "La democracia, escribió, es una necesidad americana, y necesidad del momento, porque entre nosotros todo está dispuesto para el gobierno democrático, para el gobierno de los principios populares".

Estos principios e ideas, proclamados en Montevideo a partir de 1837, con lo primero que tropezaron fué con la tiranía que en aquella época tenía su sombra sobre los países del Plata. Lamas estudió el fenómeno social y político que se llamó Rosas, y llegó a la conclusión general de que la tiranía era la continuación y la exacerbación del régimen colonial. El tirano era el representante de la barbarie campesina que había conquistado la ciudad y la había sometido a su arbitrio, como lo estableció, adelantándose a la interpretación sociológica de Sarmiento; pero era, sobre todo, el continuador de todos los vicios y defectos del antiguo régimen, a los que agregaba los que emanaban de su idiosincrasia. Él mantuvo y perfeccionó el sistema del aislamiento político, y de él extrajo su absurda tesis de americanismo; el monopolio económico fué su arma formidable; con él creó el centralismo de Buenos Aires, y la unidad dentro de lo que él llamaba federación. El terror, que fué lo más visible de la tiranía, era, en el régimen, un accidente de-

rivado de la psicología del déspota. Frente a Rosas, el continuador del régimen colonial, estaba en pie la Revolución, representada por los continuadores de la generación de Mayo, que, desde Montevideo, mantenían la integridad de los principios republicanos y del programa democrático.

IV

LA LUCHA CONTRA ROSAS

Poseído de esta idea, Lamas abrió guerra sin cuartel contra Rosas, no solamente por odio a la tiranía, sino, y en primer término, porque en ella veía un formidable obstáculo para la obra de total emancipación americana con que soñaba. Al contrario de Alberdi y de Echeverría, que confiaban al tiempo la solución del problema, él la confió a la acción, al movimiento, a la violencia. Rosas se convirtió en su obsesión. Para combatirlo se hizo soldado, periodista, panfletista, hombre de Estado, al fin. Ebrio de libertad, de acción, de literatura y de periodismo, llegó, en los últimos días de 1838, a la redacción de "El Nacional", apenas desceñida la espada y sacudido el polvo de la campaña de Palmar. Era la época en que, en Montevideo, se improvisaban pequeñas salas de redacción que pronto se

convertían en tertulias literarias, de donde salía, junto con el artículo candente, con la estrofa inspirada, con la página de crítica, con la lección de moral o de filosofía, la proclama de guerra contra el tirano de Buenos Aires. La librería de Hernández, instalada en un caserón colonial de la antigua calle del Portón, fué el centro de estas reuniones de periodistas, políticos y soldados. Por allí desfilaron todos los próceres de la emigración argentina, y en aquella pequeña trastienda, convertida en redacción política, se escribieron las más ardorosas páginas de la literatura unitaria. Allí se incubó la guerra contra Rosas, y el tirano, que lo sabía, temió más a la trastienda de la calle del Portón que a los ejércitos de la Liga. Lamas fué contertulio, y de los más constantes, de la librería de Hernández, pues más tarde instaló en ella la redacción de su propio diario, "El Conservador".

Cuando en 1843 se organizó en Montevideo el gobierno de la defensa nacional, para salvar a la ciudad amenazada por el ejército de Rosas, Lamas fué nombrado Jefe de Policía. Tenía entonces 25 años. En aquella época la Policía centralizaba algunas de las más importantes funciones del Estado. No se había establecido todavía la clasificación administrativa que después dió lugar a la creación de oficinas e instituciones de toda índole. Además, las exigencias de la guerra hicieron de la Policía una especie de ministerio, al que afluían todos los asuntos y

cuestiones que no tenían clasificación dentro de las oficinas administrativas. Aparte de las naturales funciones de vigilancia y defensa del orden que le estaban encomendadas, la Policía se ocupaba entonces de higiene pública, de educación, del levantamiento de censos, de beneficencia, de obras de cultura intelectual, de cuestiones edilicias, de acuñación de moneda, de solemnidades públicas, de moral social, etc., etc. Lamas convirtió su jefatura en un verdadero ministerio universal. Allí se incubaron muchas de las grandes iniciativas políticas, militares e intelectuales de los primeros meses de la Defensa. Lamas y Pacheco y Obes, vinculados por el mismo sentimiento heroico, son los hombres del año 1843.

La guerra sin término llevó a Lamas a los consejos de gabinete, y desde ellos asistió al proceso de las intervenciones armadas franco-inglesas promovidas por el Gobierno de Montevideo. Esta orientación diplomática, impuesta por los acontecimientos, contrariaba su programa americano; pero, no estaba entonces en sus manos rectificarla. Sucesos inesperados lo convirtieron luego en árbitro de los destinos del Río de la Plata, y pudo en tales circunstancias revelar la unidad de pensamiento que presidía su acción.

En 1847, el jefe de la Defensa de Montevideo, don Joaquín Suárez, llamó al ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores al doctor don Manuel

Herrera y Obes. Este estadista no había confiado jamás en las intervenciones europeas. Desde 1838 las había combatido; pero, sus opiniones se estrecharon contra la firme convicción del canciller don Santiago Vázquez. En 1845, después del desastre de India Muerta, que entregó la causa de Montevideo a los solos recursos de la ciudad, don Santiago Vázquez, perdida la esperanza de salvación, convocó una asamblea de personajes civiles y militares. Herrera y Obes asistió a ella, y como el ministro, admirado de su optimismo, le preguntara: “¿Cuál es el ejército de reserva con que usted cuenta?”, aquél le contestó con enigmática sonrisa: “El del general Urquiza”. Lo que en 1845 pareció un absurdo y como tal fué acogido, era, sin embargo, una profecía. El ejército que acababa de destruir al ejército de Rivera y con él las últimas esperanzas del Gobierno de Montevideo, era la verdadera reserva que la Providencia tenía dispuesta para que la causa de la independencia oriental y de la libertad argentina triunfaran. Lamas, testigo de la escena, quedó profundamente impresionado. Desde entonces ambos personajes trabajaron secretamente por el pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas, y por la alianza del Brasil. Dueño, poco después, Herrera, de la cancillería de la Defensa, su primera medida fué abrir negociaciones con Urquiza y enviar a Lamas a Río de Janeiro a provocar el pronunciamiento del Imperio en favor de la causa

de Montevideo. Entretanto, la política intervencionista se extinguía con la muerte de don Santiago Vázquez, el asesinato de Florencio Varela y el fracaso de la misión Gore-Gros.

Se ha de escribir algún día el libro que estudie la extraordinaria misión diplomática que Lamas llevó a feliz término en la corte de Río Janeiro. En ella aparecen Lamas y Herrera y Obes con el relieve y el carácter de las grandes figuras históricas: serenos, perseverantes, inflexibles en la realización del pensamiento, superiores al desaliento y a la adversidad, victoriosos, al fin, después de terrible y empecinada lucha.

Fiel a su programa de principios, pudo Andrés Lamas, sin dejar de observarla, prescindir de Europa, y volver los ojos a América para resolver en familia los conflictos domésticos del Río de la Plata. La acción de estos dos hombres inspirados obtuvo, luego de titánicos esfuerzos y de inenarrables sufrimientos y sacrificios, el pronunciamiento del Brasil y de Urquiza contra Rosas. El pacto de Octubre de 1851 que puso fin a la "Guerra Grande", y Caseros, fueron el corolario de esta formidable lucha entre la civilización y la barbarie, entre la Revolución y los restos del antiguo régimen. Los principios y las ideas de Lamas triunfaron en Montevideo y en Caseros. Alberdi le dió la razón cuando dijo que con Rosas había caído por segunda vez el régimen colonial en el Río de la Plata.

V

EPÍLOGO

La obra posterior de Lamas fué la consecuencia del desarrollo progresivo de sus principios e ideas. Esta unidad de trayectoria se vió naturalmente conmovida y destruída por la anarquía que, en el Uruguay como en la Argentina, sucedió a la caída del tirano. Las fuerzas sociales domadas por la mano implacable de Rosas, se desbordaron después de 1852. La secuela del pacto del 8 de Octubre de 1851 y de Caseros, fué una serie de sangrientas guerras civiles y de rápidas consagraciones y caídas de caudillos. Lamas se sustrajo a estas luchas, y solamente intervino en ellas *ex-cátedra*, para fijar normas políticas y sociales que no fueron tenidas en cuenta; para proseguir y completar su acción diplomática, que a menudo fué, y aún lo es hoy, objeto de acerbos críticas, y para poner paz en la familia oriental dividida. Sintiéndose incomprendido, y convencido de la imposibilidad de servir a su país desde los puestos políticos, se impuso el voluntario ostracismo; construyó su refugio de sabio y humanista, y se consagró a su obra literaria e histórica con serena y melancólica conformidad. Su último pensamiento y el último rasgo de su pluma fueron pa-

ra la Revolución de 1810, de la que el prócer era hijo espiritual, y el más preclaro.

Hace algunos años, el gobierno de mi país, por iniciativa del biógrafo y crítico de Lamas — el doctor Blanco Acevedo era entonces Ministro de Instrucción Pública — me encomendó la difícil misión de obtener la donación al Estado de los muebles y objetos de uso personal de don Andrés Lamas, y parte de su valioso archivo, que pertenecía a la sucesión de su hijo, don Domingo. Tuve la fortuna de obtener la donación y me recibí de ella. Las últimas reliquias del salón de Lamas habían hallado refugio en una vieja casa de la calle Viamonte. En las salas, cuyos postigos hacía mucho tiempo no se abrían, flotaba esa tristeza que parece trascender de las cosas viejas y abandonadas. Estaba allí la mesa de trabajo del prócer, el sillón en que se reclinó para morir, los anaqueles de sus libros predilectos, la cajonería del monetario, las antiguas telas al óleo, las iconografías misioneras y quiteñas, los cuadros de Blanes, los retratos de familia, todo amontonado y en desorden, un poco maltratado por los años, envuelto en el silencio claustral de la casa deshabitada. Desde el fondo oscuro de un cuadro oval, la borrosa imagen del patricio miraba con melancolía aquellos restos de la pasada grandeza. La noble cabeza del anciano se inclinaba pensativa, como si con aquel gesto fatigado y triste quisiera despedir los últimos objetos familiares que partían.

Con la dispersión de aquellas reliquias se aventaron los últimos recuerdos del salón de la calle Piedad, destruidos por la subasta, la incuria y la indiferencia de los hombres.

No se erigió en su tiempo el monumento que reclama la memoria del ilustre estadista, sabio y bibliófilo. No fué posible conservar en su integridad la casa, la biblioteca y las colecciones, con todo lo cual se habría hecho hoy el museo Andrés Lamas. El patrimonio del ilustre pensador fué mutilado, dispersado y en parte destruído. Viven aún algunas de las personas que frecuentaron la casa de Lamas en sus últimos años, y éstas pueden evocar su recuerdo con la misma melancolía con que Macaulay quería volver a la vida el destruído salón de Lord Holland, donde durante muchos lustros se reunieron los hombres de Estado, los escritores, los artistas, los banqueros, los grandes títulos que llenaron la Europa con su nombre. Queda, además, una fotografía inanimada en que aparece el prócer en su sala de trabajo, rodeado de sus libros y colecciones. Y quedan, por fin, los restos de éstas, incorporados a los archivos, bibliotecas y museos oficiales y a los repertorios privados. Aquellos recuerdos personales son perecederos y desaparecerán; pero, lo que no desaparecerá jamás, es la obra de Lamas, la parte que a este personaje cupo en la organización política y social de estos países del Plata, y aquella otra, orgánica o fragmentaria, pero siempre funda-

mental, que realizó en el orden de la investigación histórica y de la ejecución literaria. Con esta obra vastísima, y con el nombre del autor, tropezaré siempre todo aquel que desee conocer la historia de América, y especialmente del Río de la Plata. La mas será siempre, como agudamente lo dice su biógrafo y crítico, el político que hace la historia o el autor que la escribe.

CARLOS MARÍA RAMÍREZ

I

LA GENERACIÓN DE LA GUERRA GRANDE

Carlos María Ramírez refunde en su extraordinaria personalidad, todas las virtudes y defectos de aquella generación que fué concebida en medio de los peligros y azares de la guerra que los orientales y los argentinos sostuvieron contra el tirano de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas. Esa generación heredó de sus progenitores, que fueron los creadores de la nacionalidad y los organizadores de la República, junto con el amor a la libertad, el odio al despotismo, cualquiera fuera su forma. Educada en la escuela del sufrimiento, acrisoló en ella el carácter, y en las luchas civiles que fueron su lote, puso a prueba su espíritu activo y batallador, la altivez cívica y el heroísmo que inspiran el desdén por las posiciones encumbradas y hacen fácil el sacrificio de la fortuna y de la vida. Tuvo la pasión del bien, el culto de los principios morales absolutos, y amó ciegamente las instituciones re-

publicanas. Exaltada por el penoso espectáculo que ofrecían estas democracias inorgánicas, como las llamó Lucio López, otro de sus preclaros representantes, el amor a la libertad y la pasión por las ideas puras le hicieron perder el sentido de la realidad, y crear esa escuela política, social y económica que en la historia cívica de la nación se conoce con el nombre de "principismo", especie de reacción idealista que constituye algo así como el *abstractum* espiritual de aquella historia.

Estos hombres se formaron en el romanticismo político, que puso a la moda Juan Carlos Gómez, hecho de grandes frases y reminiscencias de la antigüedad clásica y la Revolución Francesa. Las grandes frases, sobre todo, ejercieron tal hechizo sobre ellos que, en la madurez, pasado ya el fervor idealista de la juventud, todavía sentían su influjo, y las repetían en el Parlamento y en la prensa. "Yo soy una idea que avanza triunfante hacia el Capitolio de la Libertad", había exclamado Juan Carlos Gómez. Frases como ésta valieron a aquellos jóvenes más que un volumen de ciencia política. "¿Qué hemos hecho?", exclamaba otro émulo de Gómez, a quien se increpaba la inutilidad de los esfuerzos de su partido. "Yo os contestaré como Sieyès, ¡hemos sufrido!" Gestos como éste también sirvieron a aquellos hombres más que un curso de moral cívica. Por lo demás, la abundante *atrezzeria* del romanticismo político, les dió elementos para or-

nar discursos y escritos con Capitolios y rocas Tarpeyas; lechos de Procusto y Cajas de Pandora; espadas de Breno y puñales de Harmodio; tripotajes y bizantinismos, y tal cual apóstrofe tomado de la Asamblea Nacional de 1789, o mejor aún, del período delirante de la Convención.

La generación "principista" estaba embriagada de metafísica a pesar de que sus componentes blasonaban de hombres prácticos. Guiados por Descartes, Leibnitz, Locke, Kant y Hégel, habían concluído por confundir la libertad moral con la libertad política, y aplicaban, rígidamente, y en forma absoluta, los principios y las leyes que rigen el mundo metafísico, a la ciencia del gobierno, a la política, a las finanzas, a la economía. La ciencia de gobierno, sobre todo, más que ciencia positiva, era para ellos un conjunto de principios morales inflexibles, del que naturalmente surgía un dogmatismo político, social y económico irreductible al raciocinio práctico. Tenían estos hombres la debilidad de las autoridades, sobre todo cuando procedían de aquella escuela, y ellos, profundamente enamorados de la libertad, a menudo se rendían ante una cita de Laboulaye, de Tocqueville, de Baudrillart, de Courcelle-Seneuil, para no citar otros que los autores predilectos del principismo de 1868.

La palabra que entonces andaba suelta por el mundo era "libertad". Y esta libertad, para aquella brava generación romántica, tenía un significado

absoluto, que no obedecía, por cierto, al concepto tan exacto de Montesquieu: "il n'y a point de mot qui ait reçu plus de différentes significations et qui ait frappé les esprits de tant de manières, que celui de liberté". La libertad perseguida por estos hombres se acercaba más a la libertad individual ilimitada de Emile de Gerardin, que a la libertad limitada de Julio Simón y Stuart Mill, pero participaba del espíritu de ambas. Julio Herrera y Obes, que en su juventud formó en la falange principista, recordaba, ya en los umbrales de la vejez, con un poco de tristeza, aquel ideal grande, pero falso, de la libertad política encarnada en un principio absoluto que pedía el sacrificio de "lo que es" en aras de "lo que debe ser".

Procedía esta libertad de 1789, y sus adeptos, no admitían, fuera de este origen, otros antecedentes, como no lo fueran la independencia norteamericana y el *bill* de 1688. Esta libertad, surgida como Minerva, armada de todas las armas, de la "Declaración de los derechos del hombre", ese conjunto de cláusulas que, al decir de Laboulaye, todo el mundo cita y muy pocos tienen la curiosidad de leer, fué el objeto del culto de estos jóvenes, que corrieron tras ella y que, invariablemente, se estrellaron contra la realidad del despotismo militar y político que, con breves paréntesis, imperó en la República después de la "Guerra Grande" y se prolongó casi hasta nuestros días. Por esta pala-

bra rompió lanzas aquella generación, y, bajo el amparo de la deidad un poco proteica que ella designaba, construyó su doctrina política, social, económica y religiosa.

José Pedro Ramírez, que puede ser considerado jefe de esta generación, en el esplendor de su popularidad y de su influencia como tribuno del pueblo, hizo su profesión de fe en pleno Parlamento. "No es de ahora que profeso, dijo, el principio de la libertad aplicada a todas las esferas; a la esfera política, a la esfera religiosa y a la esfera económica, y que, reconociendo todos los inconvenientes del principio de la libertad política aplicado a todas las esferas, no veo que pueda el imperio humano suplantarse otro principio que tenga menores inconvenientes que los inconvenientes con que lucha el hombre desde que nace y la sociedad desde que se construye. Y sería soberanamente absurdo que, porque el hombre está expuesto a los inconvenientes naturales del principio innato de libertad con que lo ha dotado Dios, se quisiera contrariar el desarrollo de su propia naturaleza". Y para que se vea hasta dónde llevaban estos hombres el culto de los principios, he aquí lo que uno de sus maestros, el doctor don Pedro Bustamante, siendo Ministro de Hacienda, exclamaba en la Cámara del 68: "Si se me dijese: de una parte peligran grandes intereses y de la otra peligran un principio moral consagrado por la Constitución del Estado, yo

diría a imitación de un célebre convencional: perezcan esos intereses, sálvese este principio moral sin el cual no hay sociedad posible.”

Estos conceptos y sentimientos, unidos a lo duro de los tiempos, crearon un estado de exaltación espiritual favorable al desarrollo de los caracteres viriles y al cultivo de las grandes virtudes cívicas, y produjeron el advenimiento de un grupo de ciudadanos eminentes, en quienes Cornelia habría reconocido las virtudes de su estirpe.

II

EL FACTOR DOMÉSTICO

LA FORMACIÓN MORAL E INTELECTUAL

En el caso de Carlos María Ramírez, obraron, además, otros factores, tales como el medio ambiente doméstico y los estímulos de orden intelectual, moral y sentimental que lo rodearon en los años de la adolescencia y de la juventud.

La familia de Carlos María Ramírez, después de la batalla de India Muerta que entregó la campaña de la República al invasor, abandonó la rica posesión solariega de Tacuarí, en Cerro Largo, y se refugió en la villa fronteriza de San Gonzalo primero, en Yaguarón después. Por eso, el primero

de estos lugares fué la cuna accidental del prócer, el 6 de Abril de 1848. Su padre, don Juan A. Ramírez, fué opulento ganadero, hombre de luces y de progreso, que sirvió con patriotismo y celo al país. Formó parte de las primeras Cámaras Legislativas de la República, y en ellas acreditó aplicación, experiencia y buen sentido. Repetidas veces puso al servicio de la paz pública sus vinculaciones con los hombres dirigentes de los dos bandos tradicionales, y en 1851, cuando se produjo el pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas, el general Garzón le confió la delicada misión de atraer a su causa importantes caudillos blancos.

Don Juan era hijo de don José Ramírez y Pérez, español, natural de la villa de Balverde del Camino, en el Arzobispado de Sevilla, vasallo que sirvió a su Rey en Indias, donde fué asentista de la Monarquía y proveedor, por favor real, de la guarnición y del apostadero de Montevideo. Aquí estableció su casa, y se unió a una Carrasco, parienta de Artigas y descendiente de primeros pobladores de la ciudad, dando lugar a una numerosa prole, casi toda femenina. Una Ramírez casó con el general don Ignacio Oribe, otra con el coronel Estivao, y otras entroncaron con los Saavedra, los Pintos, familias todas de pro. Don José Ramírez y Pérez fué opulento terrateniente de la época colonial, y sus latifundios dieron asiento a las más ricas estancias del país. El testamento que otorgó en vis-

peras de su muerte, hacia 1830, arroja un cuerpo de bienes de casi un millón de pesos, sin incluir en esta suma sus créditos contra el gobierno español; pero, sobre todo, revela el carácter del hidalgo andaluz. "La Mortaja que se me ha de poner, dice una de sus cláusulas, es la Túnica de Jesús Nazareno; sin calzado; con cordón al cuello, que remate atado a la cintura, y abrazado con una Santa Cruz, en memoria que en esta vida me he conformado con la cruz que la Divina providencia me ha destinado y que todos nos debemos conformar." Cómo la filosofía que surge de esta cláusula no es mera fórmula, y cómo el viejo indiano miraba serenamente la muerte, lo dice otra disposición, por la que ordenó que sus "cenizas, después de secos los huesos," se remitan en el término de dos años a su pueblo natal, para ser enterradas en la Ermita de la Virgen de los Dolores, en un mausoleo coronado con una Santa Cruz que "será alumbrada todas las noches".

El linaje materno de Carlos María Ramírez era de cepa patricia. Su madre, doña Consuelo Alvarez, fué mujer de singular ingenio, vasta ilustración y templado carácter. Celó sin desmayo por la dignidad del hogar y la educación de sus hijos, sin que de ello la apartaran las violencias de los tiempos, hechos de guerras, destierros y pobreza. En medio de estos azares formó el corazón y la mente de sus vástagos hasta ver coronada su noble anciani-

dad por aquella pléyade de varones ilustres que nutrió en su seno: José Pedro, Gonzalo, Octavio, Carlos María, excelsa generación de soldados de la democracia que elevaron el rango y la influencia de esta familia de Ramírez, hasta hacer de ella una potencia política y social, que no ha tenido equivalente en la historia del Río de la Plata. Para hallar ejemplo semejante en el orden de la influencia ejercida sobre el medio ambiente social y político, sería necesario buscarlo en las páginas de la historia de Chile, en la época en que los Carrera y los Larrain, la "familia Favia", como la llamó Mitre, imponían su imperio. Los Alvarez, los Herrera, los Ellauri, los Obes, los Gelly, familias todas próceres del Virreinato, estaban vinculadas a esta casa, en cuya genealogía figuran personajes de la talla de don Lucas Obes, don Nicolás de Herrera, don Julián Alvarez, don José Ellauri, el general Gelly, con cuyos nombres se tropieza a cada paso, cuando se revisan los fastos de la historia rioplatense.

Doña Consuelo era hija del doctor don Julián Alvarez, antiguo discípulo del Real Convictorio de San Carlos, y de la Universidad de Córdoba, y doctor *in utroque* de Charcas. Este don Julián procedía de una vieja familia castellana, pues su padre, don Saturnino, era de Burgos, y había pasado a Buenos Aires para servir el cargo de Tesorero del Tribunal de Comercio. Allí se casó con una Perdriel, opulento linaje del Virreinato. La Revolu-

ción de 1810 sorprendió a don Julián cuando hacía oposición a una silla magistral del coro de Buenos Aires, y quebró su vocación sacerdotal. Trocó entonces su celda por el despacho de la Secretaría de la Junta de Mayo, y por el café de Marcos, del cual fué parroquiano y figura principal. Sus afinidades políticas le trajeron procesos y hierros, y, en 1820, se refugió con su esposa, que era hermana de don Lucas Obes, en Montevideo, donde se dedicó a la abogacía, y donde falleció en 1844, después de servir a su país adoptivo en la Constituyente, en el Tribunal de Justicia y en el Parlamento. Mitre lo consideraba como a uno de sus "tempranos colaboradores", pues recibió sus confidencias, y dijo de él, que era "uno de los hombres más bien preparados para escribir la historia anecdótica de la Revolución de Mayo, pues su cabeza era un repertorio de figuras animadas."

El pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas, y la invasión del ejército libertador, restituyeron a la familia de Ramírez a su opulenta posesión de Tacuarí, y más tarde a la casa solariega de Montevideo, donde Carlos María completó la educación adquirida junto a sus padres, y pudo, luego, hacer estudios superiores, ingresar a las aulas de la Universidad, y doctorarse en derecho. Sus estudios se desarrollaron en aquella década que va de 1858 a 1868, iniciada con las decapitaciones de Quinteros, y de la que son capítulo central la

Cruzada Libertadora y la guerra del Paraguay; y epílogo, también con sangre, el día infausto en que el general Flores cayó apuñaleado sobre las losas de la calle Rincón. Ramírez asistió al largo y doloroso espectáculo, desde las aulas, y cuando las abandonó, dueño ya de su grado y de su toga, se vió convertido, como todos los hombres superiores de la época, en actor, y a ratos protagonista del drama.

Su tradición doméstica, sus afinidades, su formación intelectual, sus inclinaciones espirituales, el fogoso romanticismo que lo poseía, le llevaron naturalmente a incorporarse a la fracción conservadora del partido colorado, que entonces se diseñaba netamente, especie de escuela ideológica e idealista en que militaban casi todos sus compañeros de la Universidad. Frescas estaban todavía las lecciones de ciencia política que había escuchado, y que él había completado con copiosas lecturas de Laboulaye, Tocqueville, Royer Collart, Julio Simón y Benjamín Constant. Sobre todo le interesaba el liberalismo constitucional de Constant y sus compañeros de la Restauración, aquella especie de injerto en carne latina de las instituciones políticas inglesas de que fué ejemplo la Carta de 1814. La historia de las instituciones populares inglesas le atraía con irresistible fuerza. Estaba saturado de lecturas de Macaulay, y, junto con el odio a la tiranía de los Jacobo I y Carlos I, y a las vilipendiadas Cámaras

estrelladas y Tribunales prebostales, alimentaba ilimitado amor por las instituciones madres de la democracia inglesa: el Parlamento y el Jurado, cuya esencia había estudiado en Blackstone. Igual admiración profesaba por la democracia norteamericana, a la que había aprendido a amar en las páginas de Tocqueville, y cuyo origen histórico le atraía con singular fuerza. No le eran desconocidas tampoco las instituciones de Grecia y Roma. Había estudiado la historia de Inglaterra a través de Macaulay. Guizot, Michelet y Thiers le habían familiarizado con la historia de Francia. La agitación filosófica, política, social y económica del siglo XVIII la había sentido en el ejemplar de Montesquieu que perteneció a Adolfo Berro, que él conservaba en su biblioteca, y en las páginas de Rousseau, de Filangieri y de Beccaria.

Huella por lo menos tan profunda dejaron en el joven pensador las lecciones de sus maestros de la Universidad, don Vicente Fidel López, don Alejandro Magariños Cervantes, don Carlos de Castro y don Pedro Bustamante. Este último, fué su maestro de economía política y padrino de grado. En aquella época, la economía política era una disciplina en formación, cuyas fronteras, no bien determinadas, se confundían con la política, el derecho, la sociología, la filosofía y la moral. El doctor Bustamante la había incorporado a los estudios de derecho, y ejercía su cátedra desde ese punto de vis-

ta. Es así cómo, además de la exposición y comentario de Baudrillart, a quien seguía en su curso, y de la enseñanza universal de la materia, hizo de su cátedra una especie de escuela de filosofía y moral política, que ejerció honda influencia sobre la brillante generación a que perteneció el doctor Ramírez. Junto con las doctrinas económicas, el doctor Bustamante ofrecía a sus discípulos el significado político y social de las mismas, y hacía, a la vez, su crítica filosófica y moral. Y como el maestro pertenecía a aquella escuela inflexible de pensadores para la cual el principio moral absoluto era superior a cualquiera otra consideración o circunstancia, y como, además, este filósofo de la escuela estoica, hacía práctica en la vida pública su doctrina, los jóvenes de 1868 que fueron sus discípulos, se sintieron poseídos y dominados por su enseñanza.

Don Vicente Fidel López, su maestro de derecho de gentes, junto con los preceptos del derecho positivo exponía en la cátedra la doctrina ecléctica en que cimentaba aquéllos, y en su enseñanza, despuntaba, a menudo, el humanista de la escuela de Jovellanos, Campomanes y Aranda, poseído del liberalismo regalista de la época de Carlos III. Don Alejandro Magariños fué su maestro de derecho natural y político. Magariños exponía y enseñaba la doctrina escolástica, y en ella buscaba las fuentes del derecho natural. Su curso de dere-

cho político, aunque influenciado por el constitucionalismo monárquico de la escuela de Constant y Manuel, se orientaba, en las cuestiones fundamentales, hacia las conquistas republicanas de 1830 y 1848. Su maestro de derecho administrativo, don Carlos de Castro, había traído a la cátedra, junto con la inquietud liberal de la Italia de Cavour y de Mazzini, la libre discusión, a menudo coloreada con las grandes generalizaciones históricas de Quinet y Michelet.

Todos estos principios, que constituyeron el fundamento de la formación intelectual de Ramírez en el orden político, social y económico, maduraron más tarde, bajo la acción de la experiencia, de las copiosas lecturas y de los profundos estudios a que aplicó su admirable talento. Algunas de sus ideas evolucionaron o se modificaron mediante un doloroso trabajo de adaptación a la realidad ambiente, cuya resultante política dió origen a un nuevo concepto llamado "oportunismo"; pero, en la vida política y en la actividad intelectual de Ramírez hay una admirable consecuencia de principios, y una evidente unidad de concepto para considerar y juzgar las cuestiones fundamentales que afectan al Estado, a la sociedad, al individuo y a las instituciones políticas, sociales y económicas.

La tradición doméstica de Ramírez era un tanto volteriana. Su abuelo, don Julián Alvarez, se había indispuerto con la Iglesia, y naturalmente esa si-

tuación no fué propicia al cultivo del sentimiento religioso entre los suyos. No conoció, pues, Ramírez, esa honda iniciación religiosa de la niñez que deja perdurable huella en el espíritu del hombre. Si algo de eso hubo en la infancia de Ramírez, sobre ello predominó, si no la hostilidad, al menos la esquivez y la prevención que halló a su alrededor contra la Iglesia. Formado luego en el espiritualismo integral que imperaba en el aula de filosofía de don Plácido Ellauri, se apartó a menudo de él, para dejarse mecer por el racionalismo del siglo; pero, manteniendo siempre por ineludible inclinación espiritual, estrecho vínculo con la filosofía cristiana. Poseído del libre examen, cayó en su primera juventud en un protestantismo vago que se orientaba hacia las sectas puritanas, y se alejaba cada vez más del dogma católico. Evolucionó luego hacia el racionalismo; renegó de toda religión positiva, y proclamó la necesidad de la religión natural; pero, pronto volvió sobre sus pasos, y, en pleno Parlamento, declaró que no participaba de las pasiones religiosas o antirreligiosas de muchos, sin que esto deba entenderse que no tuviera creencias; "las tengo, sí, como el que más" exclamó. Y agregó todavía: "Tengo bastante conocimiento del mundo para pensar que las religiones positivas son un elemento de orden y de buen gobierno en las sociedades humanas, a lo menos en su estado actual."

La desorientación religiosa de este cristiano ena-

morado del puritanismo protestante, pero atraído por la filosofía naturalista, experimentó varias y agudas crisis en la madurez; pero el estudio, la meditación, la experiencia de los años y de la vida, le abrieron cauces filosóficos más serenos y esperanzados. Camino de una evolución religiosa esencial iba, cuando le sorprendió la muerte.

Si la razón y el entendimiento del doctor Ramírez fueron así nutridos, su sentimiento y su imaginación fueron por el romanticismo literario. Byron, Chateaubriand, Lamartine y Hugo, estimularon la fantasía y la sensibilidad de Ramírez, quien, en sus bravas polémicas, solía evocar el recuerdo de sus héroes predilectos. Los Girondinos de Lamartine y el Libro de los Oradores de Timón ejercieron honda influencia sobre su imaginación; Villemain le inició en las grandes generalizaciones de la historia literaria; Schlegel agregó ese sentimiento austero y recatado de la belleza que hay en el crítico alemán, y puso orden y equilibrio en el acervo sentimental de Ramírez.

El medio ambiente doméstico hizo el resto. La casa de Ramírez era foco de intensa actividad política y literaria. La madre, noble figura fundida en el molde de las grandes damas del Hotel Rambouillet, presidía el salón, con la gracia, la espiritualidad, el ingenio y el decoro de los modelos femeninos del gran siglo. Sus hijos formaban brillante corona a la noble matrona. José Pedro era ya el pode-

roso jefe de partido, tribuno impetuoso, periodista indomable, alma ardiente en plena efervescencia de generosas pasiones; Gonzalo, grave y silencioso, ahondaba el derecho, nutría su entendimiento y hacía versos; Octavio, diseñaba ya su caballeresca personalidad de soldado de la democracia; Carlos María, llevaba impresa en la ancha frente el mensaje de sus futuros triunfos. Los Herrera y Obes, los Muñoz, los Alvarez, los Varela, los Ellauri, los Ferreira y Artigas, frecuentaban la casa de Ramírez, donde todas las formas del arte y del ingenio tenían entusiasta acogida. La poesía, la recitación, las representaciones dramáticas de comedias escritas por José Pedro, la música, el canto, eran allí motivo de esparcimiento y deleite, sin que faltara tampoco esa otra forma del ingenio que tanta boga dió a Voiture en el "salón azul", la literatura festiva, ora en prosa, ora en verso, ya en forma de acróstico, ya de charada o de acertijo, género en que era muy diestra la dueña de casa.

Angel Floro Costa, al evocar los verdes días de la adolescencia, recordaba a Ramírez, casi niño, como el discípulo predilecto del curso de geografía y astronomía que aquél inauguró en la Universidad. "Un día, dice, nos deslumbró a todos leyendo, como mero aficionado, una conferencia en la que la excepcional precocidad de su talento fué una revelación irradiante. ¡Guizot! Con este nombre lo bautizamos todos desde entonces — y no le dábamos

otro en familia. — Y digo en familia, porque, en aquella época, yo formaba parte de esa familia intelectual, que a menudo se reunía como un enjambre de abejas escolares en su hogar paterno”.

Otro de sus amigos de infancia, Bernabé Herrera y Obes, trazó, acaso sin quererlo, una sugestiva página de la adolescencia de Ramírez con estas espontáneas palabras: “Hace más de treinta y cinco años, no sólo por los vínculos de la sangre que nos ligaban, sino por los cariños más puros que el hombre engendra en la niñez, nos reuníamos Carlos, Gonzalo y Octavio, y Miguel, mi hermano, y yo, en la casa quinta de mama-Chon, como con amoroso nombre decíamos a mi abuela. Las reuniones se efectuaban todos los sábados y vísperas de días de fiesta, y en ellas alternaban con nuestros juegos infantiles los asuntos más serios. Habíamos instalado, puede decirse, un club formal, en el cual, Carlos, — el menor de todos nosotros, pero el de mayor poder intelectual — era el orador obligado. Sus temas favoritos eran los episodios de la Revolución Francesa, cuya historia conocía en sus menores detalles, y Mirabeau, el hombre que nos presentaba como prototipo de la Francia revolucionaria. Su pasión por este hombre valió a Carlos que nosotros le llamáramos el Mirabeau oriental en nuestras intimidades de adolescentes.”

Guizot, Mirabeau, ¿acaso no hay algo de profético en estos dos nombres con que los amigos de in-

fancia bautizaron al adolescente? Si no lo fué, Ramírez debió ser el Guizot de nuestra literatura histórica. Los estudios que dejó revelan que estaba admirablemente preparado para escribir la historia de nuestra Revolución, con el vuelo, la profundidad y el brillo del gran historiador francés. En cuanto al dictado de Mirabeau, lo justificó públicamente al pisar los umbrales de la juventud, cuando, emplazado ante el jurado popular por un Ministro omnipotente, electrizó a la asamblea con la arrebatadora elocuencia de sus veinte años.

III

EL PERIODISTA

Cuando Ramírez terminó sus estudios, tenía veinte años. Fino, esbelto, ceñida la cintura por la levita romántica, aparece en los retratos de la época con algo de esas delicadas figuras de fines del segundo imperio que dibujó Daumier, frágiles de cuerpo, pero animadas por el alma poderosa que se asoma a los ojos y pone en el conjunto una misteriosa fuerza de encanto, atracción e imperio. Fué entonces cuando despertó en él la vocación periodística, y se sentó en la mesa de redacción de “El Siglo”, para escribir su primer artículo destinado al público.

En aquella época, "El Siglo", más que un diario, era una institución política, cuya autoridad, prestigio e influencia no fueron después superados por ningún diario del país. Fermín Ferreira y Artigas, a raíz de una impetuosa campaña, digna de Armand Carrel, acababa de entregar la pluma a José Pedro Ramírez, cuya popularidad llegaba entonces al apogeo. Los hombres más representativos del partido colorado conservador, que habían combatido la dictadura, se agruparon en la redacción de "El Siglo", que pudo ser comparada con la famosa sala del "Journal des Debats", cuando acogió en su seno a los derrotados del golpe de Estado de Diciembre. Estaban allí, el Ministro de la Defensa don Manuel Herrera y Obes; Pedro Bustamante, el parlamentarista del 53, entonces en pleno apogeo de su elocuencia; Elbio Fernández, prototipo de la virtud cívica, quien, en aquellos días, al igual de William Pitt, se hizo conducir moribundo al Parlamento para votar una ley de salud pública, y sucumbió en seguida del sacrificio, ofreciendo el holocausto de su juventud a su credo republicano; José Pedro Varela, recién llegado del extranjero, de donde traía la visión de la reforma escolar; Bonifacio Martínez, fina inteligencia literaria, malograda luego por la vida bohemia; Julio Herrera y Obes, rebotante de talento, de vivacidad y de audacia; su hermano Nicolás, inteligencia aguda y sutil, que se fué sin dejar rastro; José E. Ellauri, gran

señor de la política, tocado ya por el corrosivo esceptico; Gregorio Pérez Gomar, literato y juriscónsulto, carácter austero y ejemplar, y muchos otros más todavía: los Alvarez, Miguel Herrera, José María Castellanos, José María Montero, Pablo De-María, Jacobo Varela, la prez, en fin, del tradicionalismo civil colorado.

Corría una de las épocas más interesantes de la historia cívica del país. El general Flores, despojado ya de la púrpura dictatorial, acababa de caer villanamente asesinado, en los mismos momentos en que la reacción blanca tentaba, a mano armada, la reconquista del gobierno de la República, y pagaba con la preciosa vida de don Bernardo Berro, la trágica aventura. La Asamblea Nacional, fresca todavía la sangre del general Flores, había elegido Presidente de la República a don Lorenzo Batlle, soldado y Ministro de la Defensa y colorado de cepa conservadora, sin percatarse de las acusaciones que, sobre el cadáver de la víctima del 19 de Febrero, lanzaba la fracción florista. El Gobierno de don Lorenzo Batlle se constituyó sobre el cisma colorado, reiniciado en la época de la dictadura, y profundamente acentuado después de la tragedia. Resucitaron entonces los riveristas y pachequistas de 1846, los floristas y conservadores de 1855, esta vez con la designación de candomberos y principistas. Don Lorenzo Batlle, cuya polaridad se dirigía hacia la fracción conservadora, llamó al go-

bierno a los doctores don José E. Ellauri, don Pedro Bustamante y don Emeterio Regúnaga. El principismo colorado creyó ganada definitivamente la batalla.

Carlos María Ramírez inició, pues, su primera campaña periodística ciñéndose el laurel de la victoria, y anunciando el triunfo de los principios de política y gobierno que constituían el programa de su generación, y que fueron sometidos muy pronto a la prueba del agua y del fuego. Pocas semanas después de ser elegido Presidente de la República don Lorenzo Batlle, estalló violentamente la crisis política. El caudillaje colorado se rebeló contra el programa constitucional del Gobierno, y el orden institucional se vió perturbado. Simultáneamente se planteó la crisis económica y financiera más formidable que había tenido que afrontar la República hasta esa fecha. El Jefe del Estado se vió solicitado por las dos tendencias que agitaban al partido del gobierno: el doctrinarismo principista que exigía el imperio perfecto de la Constitución y las leyes, pesare a quien pesare, y la "política del contentillo", como entonces se la llamó, que proclamaba el acomodamiento con las circunstancias, y buscaba, dentro o fuera de la ley, la solución de la crisis política y económica. El principismo libró su más formidable batalla en el Gobierno, en el Parlamento y en la prensa, y, aunque logró imponer por breve tiempo su

programa integral, cayó luego vencido por la reacción. El gabinete dimitió, el general Batlle transó con la fracción adversaria y tuvo que someterse al duro proceso que contra él abrieron sus aliados de la víspera. Ramírez fué uno de los implacables acusadores en este proceso político.

En tales circunstancias, la personalidad del periodista se diseñó con vigoroso relieve, y dejó ya presentir cuál sería en el futuro su fuerza. Su pluma, impaciente y ágil, llenaba carillas, con aquella espontánea facilidad que admiraba a Julio Herrera, y, a ratos, con aquella torrentosa elocuencia que hace de algunos de estos primeros ensayos periodísticos, verdaderas arengas. Unía, a la impetuosidad de Armand Carrel, la dialéctica y la fuerza de raciocinio de Charles Blanc, y la aptitud de polemista de Emile de Girardin. Solamente en "El Constitucional" y en "El Comercio del Plata", y posteriormente en "La Constitución" y en "La Reforma Pacífica", se halla más nobleza de forma, más caudal de doctrina y más intrepidez de tono. Andrés Lamas, Florencio Varela y Eduardo Acevedo, maduros ya, son seguramente superiores a Ramírez adolescente; pero Nicolás Calvo, si lo superó en la diatriba, arma desconocida para aquél, no fué ni más eficaz, ni más temerario en el ataque a pecho descubierto.

La violencia de la campaña principista contra el gobierno del general Batlle provocó la represión

de la libertad de imprenta. Los periodistas independientes, entre ellos Carlos María Ramírez, fueron invitados a cesar en los ataques dirigidos a la autoridad pública, y como esta prevención no fuera tenida en cuenta, José Pedro y Carlos María Ramírez, Julio Herrera y Obes, José Pedro Varela y José María Montero (hijo), fueron encarcelados y arrojados al destierro. José Cándido Bustamante fué el Cavaignac de este ataque a la libertad de pensamiento, que solamente sirvió para aumentar la exaltación principista.

Restituído a la patria, Ramírez reanudó la campaña periodística, y esta vez, el ministro del general Batlle citó al periodista ante el jurado popular. Antes de que se substanciará el resonante juicio de imprenta, fué dictado un nuevo decreto de proscripción contra Ramírez.

Todas estas andanzas juveniles, a la vez que templaron el carácter del periodista, limaron su pluma, y le prepararon para más trascendentales campañas. Hasta entonces, Ramírez había defendido principios abstractos desde la tribuna de uno de los partidos tradicionales. Cuando, en Enero de 1871, regresó de la campaña convulsionada por la guerra civil, después de servir cuatro meses en el ejército del Gobierno, como secretario del general Suárez, traía una nueva concepción del problema nacional. En una carta dirigida a su hermano José Pedro, se despidió de "El Siglo",

abjuró, por horror a la guerra civil, su carácter de partidario, y anunció la próxima aparición de un folleto, en el que expondría extensamente sus ideas. Breves días después apareció aquél, con el título "La guerra civil y los partidos de la República O. del Uruguay". Es este un estudio en el que se intenta un bosquejo de sociología nacional, y en el que Ramírez, apoyado en la premisa de que "la guerra civil por la guerra civil no tiene término", aboga por la extinción de los partidos tradicionales y por la constitución de partidos de principios, para sustituir a aquéllos, y combatir la guerra civil, la ignorancia, el desierto, la pobreza y la barbarie, que eran los males que asolaban al país. Ramírez concebía una república perfecta, sobre la base de una democracia también perfecta, y la ofrecía como miraje a la lenta y dolorosa evolución de la sociedad en que se agitaba. Consecuente con estos conceptos, formuló el programa de un partido de principios, al que llamó "radical", obtuvo la entusiasta adhesión de un grupo de jóvenes, y fundó el periódico "La Bandera Radical", en el que sostuvo briosamente sus ideas.

Años más tarde, viejo ya, pero sintiéndose superior al escepticismo que dominaba el ambiente, recordaba con viril melancolía esta primera campaña de ideas, y escribía estas palabras: "El opúsculo "La guerra civil y los partidos de la República Oriental del Uruguay", dado a luz en 1870,

cuando tenía yo poco más de veinte años, encierra las páginas que he escrito con más intensidad de pensamiento y más calor de corazón. En ellas quedó trazado el rumbo definitivo de mi vida." Y ello fué así, efectivamente. Si hay algún ejemplo permanente que pueda ofrecerse a los jóvenes, es el de esta vida, sacudida primero por la pasión partidaria, y consagrada luego a un ideal invariable de paz y justicia, más grande cuanto más lejano estaba de la realidad.

Ramírez fué el cruzado y el apóstol de su credo democrático. Cuando en 1881 el país sintió la necesidad de buscar, en una nueva fórmula, la solución que en vano habían buscado los bandos tradicionales, fué él quien echó las bases del Partido Constitucional, y quien redactó su programa. Desde los días, pues, de "La Bandera Radical", que vió su primer triunfo en la paz de 1872, hasta sus últimos años, consagrados a la solución de la aguda crisis revolucionaria, ni una hora desmayó en la dura labor, abroquelado contra la pasión y la incomprensión de sus propios conciudadanos.

La dictadura, iniciada en 1876, proscribió a los periodistas independientes. La acción sedante ejercida por el nuevo régimen debilitó todas las resistencias, y tornó propicio el ambiente a las transacciones con el despotismo. El principismo, desalojado violentamente de la prensa y de la cátedra, se

refugió en el Ateneo, y se convirtió en un doctrinarismo inocuo, del cual se burlaba el propio dictador. Este estado social favoreció el nacimiento, desarrollo y predominio de una escuela política llamada "posibilismo", muy semejante a aquella otra a cuyos adeptos Macaulay llamó "los hermanos en Bentham". Esta escuela pretendía conciliar el despotismo con los principios de ética política y social, y su punto de partida era la condenación de aquellos que, en odio a la tiranía, negaban su concurso al Gobierno. El pontífice de esta escuela fué don Jacinto Albístur, que había aprovechado la orfandad de "El Siglo", para tomar su dirección, y hacer, del antiguo diario principista, cátedra de la nueva doctrina. Albístur fué un espíritu volteriano, dotado de cierta agudeza crítica, adquirida en la cátedra krausista de Sanz del Río, de quien había sido discípulo. El "posibilismo", inteligentemente propagado por Albístur, conquistó adeptos, alcanzó gran boga, y constituyó un arma poderosa para la dictadura y los gobiernos que en ella se incubaron.

Hacia 1880 se produjo un poderoso renacimiento principista. "El Plata", "El Heraldo" y "La Razón", fundados casi simultáneamente, iniciaron una vigorosa campaña contra el posibilismo y en favor de la restauración de los principios políticos desconocidos por la dictadura. Carlos María Ramírez tomó la dirección de "El Plata", para sostener el programa del partido constitucional recién fun-

dado. El ilustre periodista logró reunir un brillante cenáculo en la redacción de "El Plata". Sienna Carranza, su compañero de dirección, Domingo Aramburú, Juan Carlos Blanco, Pablo De María, Magariños Cervantes, Carlos María de Pena, Luis Melián Lafinur, Miguel Herrera, fueron los contertulios y colaboradores del diario.

La campaña fué breve pero brillante. Ramírez volvía al periodismo después de una larga tregua dedicada al estudio, en que la capacidad receptiva de su inteligencia y su poder de asimilación lo habían armado de todas las armas. El derecho, la economía política, la filosofía, la religión, la historia, la literatura, le prestaron preciosos materiales, y con ellos dió a su nueva campaña el color académico de que habían carecido las anteriores. Las polémicas sostenidas por "El Plata" con los diarios de la época son verdaderos torneos literarios, en que las galas del lenguaje rivalizan con la profundidad del concepto y la riqueza y originalidad de la información.

Aquella segunda campaña periodística hubo de terminar trágicamente con las mazorcadas del 20 de Mayo de 1881. Asaltada la redacción de "El Plata" por las turbas, Ramírez tuvo que huir con su esposa por las azoteas para asilarse en la Legación del Brasil. La viril acometividad del periodista se exacerbó con aquellos sucesos, y poco después de ellos, abrió desde "La Razón" la cam-

paña más violenta e intrépida que recuerdan nuestros anales. Por aquella vía se iba a la revolución, y Ramírez no vaciló en recorrerla hasta el final, y trocar luego la pluma del escritor por el fusil del soldado ciudadano.

La revolución del Quebracho fué el choque de la dictadura militar, disfrazada con formas legales, y del civilismo doctrinario que aspiraba a gobernar el país, y de que era representante Ramírez. Malograda la revolución en los campos de batalla, triunfó por la fuerza de la idea que encarnaba. El gobierno del General Tajés, que fué su secuela, no hizo otra cosa que preparar el advenimiento a la Presidencia de la República, del doctor don Julio Herrera y Obes, representante, también insigne, del civilismo.

La derrota del Quebracho fué la piedra de toque de la personalidad periodística de Ramírez. Salió transformado de la dolorosa prueba. Cuando volvió a sentarse en la mesa de redacción, su pluma se había aguzado, su visión era más amplia, su caudal literario y científico más sólido y vasto. Su literatura juvenil, suntuosa y tocada por el énfasis y la declamación, había evolucionado hacia formas más sobrias y serenas. Su amor al bien y su pasión por los principios le hacían caer todavía en la exageración puritana que llevó a Macaulay a acusar a Pitt porque en el colegio había dedicado una oda en latín a la muerte de Jorge I, pero la experiencia y los años

habían abierto a su espíritu cauces de tolerancia. El mejor conocimiento de los hombres le hizo rectificar muchos juicios, y le dió la ecuanimidad y la serenidad espiritual que había faltado en sus campañas juveniles. La madurez le conquistó el dominio de los demás y de sí mismo. Talló entonces artículos que son maravillosas síntesis de ciencia política; pero sobre todo, de patriotismo, cordura y buen sentido.

En 1898 el país se hallaba en plena revolución. La sanción popular había legalizado la alteración de los valores políticos. Pocas veces la sociedad ha sufrido más violenta crisis. Durante varios meses se había vivido con las tropas vivaqueando en las plazas y calles; la guardia nacional, como en 1789, velaba por la salvación de la República; casi toda la juventud estaba en los cuarteles. En poco menos de un año se había asistido a los más caóticos acontecimientos: la guerra civil, el asesinato en la plaza pública de un gobernante, la reacción sin cuartel contra el régimen caído, la lucha entre el Parlamento y el pueblo, el golpe de Estado, la dictadura, y, por fin, el pronunciamiento del ejército y el bombardeo de la ciudad. Había motivo para desorientarse y aun desesperar de la república y la democracia. En medio de aquella dolorosa crisis, todos los ojos se volvían a Carlos María Ramírez, quien, desde su modesta mesa de trabajo, daba cotidianamente, en "La Razón", la consigna a la

opinión pública, la estimulaba, la dirigía, le infundía esperanza, y le señalaba el porvenir.

La muerte le sorprendió en este apostolado cívico, cuando pedía a diario, a gobernantes y gobernados, política más amplia, más humana, más impersonal.

IV

EL ORADOR

No se puede hablar del periodista sin recordar al orador. Éste procedía de la tempestuosa escuela de 1789, sentida a través del doctrinarismo romántico de la Restauración y del segundo imperio. Ramírez poseía en alto grado la aptitud espiritual de las razas latinas y clásicas, razas de oradores y de artistas, al decir de Taine, donde no se habla ni se escribe sino mirando al público.

Se inició en la tribuna con el sombrío ardor de los diputados de la Montaña. Su pálida adolescencia, su larga cabellera, la actitud teatral de sus veinte años, hicieron de este lector de Mirabeau, encendido por los apóstrofes de Dantón y Robespierre, el tribuno de la juventud.

Esta iniciación tuvo algo del resonante bautismo político que recibió Montalambert en la barra de la Cámara de los Pares de Francia. Como el gran tri-

buno reaccionario, él compareció también, cuando era casi un niño, en una hora de grave peligro, para sostener ante el *jury* popular, en imponente asamblea, lo que había escrito en la prensa, con el agresivo hervor de los veinte años, contra un ministro omnipotente. Corría el tormentoso año de 1870. José Cándido Bustamante, el Ministro universal del general Batlle, estaba entonces en el apogeo de su poder. Eran aquellos los tiempos en que se le atribuyó este apóstrofe dirigido a un periodista independiente, que pedía garantías: "Aquí no hay más garantías que mis pistolas". Pronunciadas o no por el Ministro estas palabras, ellas definen un carácter, y revelan el soberano concepto que aquél tenía de su autoridad. En el fondo, Bustamante era un romántico en quien siempre primaron sobre sus pasiones, que eran bravías, los movimientos de su imaginación pintoresca, y sus sentimientos hidalgos y caballerescos. Esta modalidad de carácter, lo llevó a citar ante el jurado popular a Ramírez, para pedirle cuenta de las imputaciones que le había dirigido desde "El Siglo". El acto fué memorable. Mil ciudadanos se congregaron en el teatro San Felipe para presenciar el singular torneo. El Ministro, "violento como Ajax e invulnerable como Aquiles", al decir de Ramírez, compareció ante el pueblo, cubierto el pecho con sus condecoraciones militares. Ramírez, con la intrepidez de sus veinte años, mantuvo públicamente sus acusaciones. "Admiro y

bendigo, señores jurados, exclamó, la fuerza de las ideas liberales y la grandeza de las leyes de mi patria, que colocan frente a un simple periodista, colegial recién salido de las aulas, humilde e indefenso ciudadano, a todo un jefe de facción, todo un primer Ministro, todo un aspirante a dictador." Y engrosado el torrente de su elocuencia por las aclamaciones que hacían temblar el teatro, agregó: "En este instante, olvidando la pequeñez de mi persona por la nobleza de la posición que la casualidad me brinda, traspaso el límite lejano de los siglos y me figuro el tribuno audaz de la República de los Gracos, pidiendo cuentas al dictador que comparece rodeado de sus simbólicos lictores."

El Ministro oyó impasible el discurso de aquel joven que parecía un niño, y a quien sólo con un gesto podía aventar como una brizna. Pero, si bien Bustamante poseía la fiera del león, tenía también uno de los corazones mejor puestos, y sabía admirar el valor de sus adversarios. Recordaba, sin duda, en aquellos momentos que, también siendo casi un niño, había comparecido ante el jurado popular para sostener las acusaciones que él había lanzado contra otro ministro omnipotente, aquel Don Antonio de las Carreras, que, con rara intrepidez, asumió públicamente la responsabilidad de las ejecuciones de Quinteros. La oración de Bustamante fué digna y severa como correspondía a su carácter y a su investidura. El Ministro, en aquella ocasión,

se despojó de su autoridad y poder, y descubrió noblemente el pecho al adversario, como lo hizo en todos los momentos difíciles de su vida.

Cuando Ramírez abandonó la sala donde creyó jugar la vida, su personalidad política estaba consagrada. Su psicología, como hemos dicho, había de sufrir la influencia del estudio y de la experiencia, hasta encontrar la serenidad y el equilibrio de la madurez; pero, la fuerza moral que dió temple y energía al adolescente de la peligrosa aventura de 1870 había de florecer como virtud madre del prócer.

Cuando, en 1888, entró al Parlamento, traía todavía el fuego juvenil en los ojos; pero, el espíritu había sentido las primeras prevenciones de la realidad y la experiencia. La asamblea de 1888 congregó, junto a los viejos parlamentaristas como don Pedro Bustamante, cuya elocuencia lanzó sus últimos destellos en aquella Cámara, a una nueva generación de oradores que renovó la tradición de 1873. Francisco Bauzá, Martín Aguirre, Domingo Mendilaharsu, Manuel Herrero y Espinosa, Marcelino Izeua Barbat, y otros que aun viven, formaron una brillante constelación parlamentaria. Entonces, como en 1873, estaban de moda las interpelaciones, las largas discusiones doctrinarias y las sesiones permanentes. Estas épocas de nuestra historia legislativa, traen el recuerdo de aquellas sesiones memorables del Parlamento inglés en que, al decir

de un historiador, el Presidente Onslow permanecía diez y siete horas consecutivas sin moverse del sillón presidencial, y se veían compactas las filas de uno y otro bando algunas horas después de penetrar por las vidrieras de Westminster los pálidos y velados rayos del sol de las mañanas de invierno.

Ramírez inició su acción parlamentaria con una interpelación, y, como el segundo de los Pitt, triunfó desde las primeras cláusulas de su discurso. Era todavía el orador romántico; pero los modelos ingleses movían su curiosidad y su ambición. En su discurso inicial, entre el hervor desordenado de la improvisación, se siente aquí y allá la influencia de Walpole, de Fox, de Chatham, de Pitt, de todos los buenos modelos de Macaulay. "He necesitado cumplir cuarenta años, exclamó con amargura al tomar por primera vez la palabra, para merecer el honor de tener un asiento en la representación nacional."

Aparecía aún, suntuoso y teatral como en sus días juveniles, preocupado del auditorio, fijos los ojos en la barra que lo aplaudía y lo saludaba como tribuno del pueblo. A veces, en mitad del discurso, se volvía hacia el adversario para arrojar en la balanza, como Dantón, al decir de Quinet, el peso de sus cóleras. Al Ministro de Gobierno doctor Herrera y Obes, en cierta ocasión, le lanzó este apóstrofe digno de la Montaña: "Cuando los Ministros de Estado vienen a este recinto, no tienen derecho de

agraviar a los representantes del pueblo." Al doctor Bustamante, que defendía desde el punto de vista de la doctrina un punto de Derecho Constitucional, lo interrumpió con gesto airado: "Nos vienen a amenazar con los gritos posibles del Poder Ejecutivo." En breve logró dominar la actitud descompuesta y el gesto colérico, y halló el tono, la elocuencia y el estilo. Se batió con espíritus ágiles, incisivos y profundos, y sintió que el oropel era arma débil. Su defensa contra el dictado de demagogo que le había dado el Ministro de Gobierno, doctor Herrera y Obes, fué el último gesto del girondino del 70. "Fuí demagogo, exclamó volviéndose hacia el sillón azul, pero lo fuí en compañía del señor Ministro".

Entonces surgió el parlamentarista sereno, sobrio y elegante. Su palabra se llenó de médula y se hizo nítida, precisa y acerada. El estudio práctico de la economía y las finanzas disciplinó su espíritu y le dió cierta claridad matemática. El Senado concluyó de formar al orador y al maestro. Sus discursos adquirieron solidez, proporción y armonía. El orador desarrolló sus temas con precisión y arte perfecto.

Cuando el fuego de la improvisación lo poseía, tenía arranques de elocuencia que recuerdan los tiempos del primer William Pitt. Solía esgrimir la ironía y el sarcasmo, armas de combate que en sus manos fueron temibles. Replicando al

Ministro de Justicia, que irónicamente lo acusaba de querer adivinar hechos que permanecían en secreto, le dijo: "No, señor; no soy adivino; son cosas que se saben; sólo las ignoran los Ministros cuando las quieren ignorar". Al Ministro de Gobierno, que traviesamente se atribuía iniciativas que pertenecían a administraciones anteriores, le lanzó este dardo: "El reloj del señor Ministro avanza quince años". Al doctor Bustamante, que impugnaba una interpelación al Gobierno: "¡El diputado del 73 diciendo esas cosas por una interpelación! Quantum mutatur ab illo". A un diputado, que había rato hablaba en tono elegíaco de ruinas financieras, le gritó: "¡Volney!". A un colega del Senado, ya anciano pero que blasonaba de pisaverde, y que había magnificado una cuestión baladí, le replicó entre las risas de la Cámara: "Todo eso lo crea su imaginación, no diré juvenil, pero sí exaltada".

Como a Castelar, las alusiones personales le inspiraron sus mejores arranques de elocuencia. Defendiendo desde el Senado al Gobierno del doctor Julio Herrera y Obes contra los violentos ataques de un colega, después de hacer el elogio del gabinete, se refirió a sí mismo, con estas palabras que merecieron ser escuchadas de pie por la Cámara: "Y no nombro a otro ciudadano que lo reemplazó en el Ministerio de Hacienda, porque entrego su nombre indefenso a

la maledicencia pública, limitándome a decir que, si este ciudadano tiene todavía en su existencia algunos momentos de risa franca y espontánea, es cuando llega hasta su oscuro aislamiento el rumor de que algún imbécil, con toda ingenuidad, se atreve a arrojar baldón sobre su honor". Y agregó todavía: "Yo me siento inclinado a convertir esos ultrajes en una insignia de honor, para ostentarla los días de gala en el ojal del frac".

En sus últimos años, nadie discutió su preeminencia; él daba la fórmula exacta e imponía el rumbo. Su silencio pudo entonces ser calificado de calamidad pública como el de Sieyes por Mirabeau. Si hubiera vivido más, el gran parlamentarista habría conocido todos los triunfos, y, al penetrar en la Cámara, como en los tiempos de Lafayette, todos los diputados le habrían saludado con aclamaciones.

V

EL MINISTRO

Ramírez se acercaba a los cuarenta y cinco años y aún no había logrado ser Ministro de Estado. Es verdad que Roberto Peel recién logró serlo a los cuarenta, pero el segundo de los Pitt lo fué a los veintitrés, y él mismo, a los veinticinco, había reci-

bido la investidura de plenipotenciario; pero, la cartera de Estado, el Ministerio, que entonces más que ahora constituía la consagración de los hombres públicos, no había sido compatible con sus principios, su escuela política y, sobre todo, con su situación personal frente a los gobiernos.

La elección presidencial de 1890 alejó aun más la ilusión del ministerio. Una rara aberración política de los hermanos Ramírez llevó a éstos a propiciar la candidatura del militar don Pedro de León, en oposición al candidato civilista doctor don Julio Herrera y Obes, y a la candidatura también respetable del general don Luis Eduardo Pérez. El triunfo del doctor Herrera y Obes, después de ardiente y obstinada lucha, retrajo a Ramírez, quien se abroqueló en el Parlamento y la prensa, y desde allí abrió sus fuegos contra el nuevo gobernante. La derrota de Ramírez había, sin embargo, de conquistarle su primer ministerio, el único.

El doctor Herrera y Obes tuvo que afrontar y liquidar durante su gobierno una crisis financiera y económica sin precedentes. El *crak* del 90, la caída del Banco Nacional, las dolorosas liquidaciones que fueron su secuela, la aguda crisis agrícola y ganadera producida por las largas sequías y las epizootias, el cierre de los mercados a los productos del país, la profunda languidez comercial, fueron todos factores de honda perturbación; a ellos se agregaron todavía las dificultades administrativas, originadas por la depresión de la renta pública, y el

desprestigio exterior a que dió lugar la obligada suspensión del servicio de la Deuda Nacional.

Herrera era un hombre de estado hábil, flexible y lleno de recursos. Desde que trazó su plan de política financiera, basado en la reconstrucción del Banco Nacional y en el arreglo de la Deuda exterior, comprendió que Ramírez, su adversario más temible, era el único hombre capaz de hacer triunfar sus proyectos en el Parlamento, en la prensa y ante la opinión pública. Usó entonces de un gesto igualmente hábil y caballeresco: envió a Ramírez el texto de su proyecto con estas breves palabras íntimas: "Ahí te envío el proyecto para la reorganización del Banco Nacional, que he confeccionado con ideas recogidas en todas partes, y especialmente en tu proyecto, que es su base fundamental. Hazme el favor de estudiarlo, y de hacerme las observaciones que su lectura te sugiera, y que yo, a mi vez, tomaré en seria consideración, sin susceptibilidades de amor propio, que no tengo nunca, y que menos podría tener en este caso, y sin más anhelo que enviar al Cuerpo Legislativo un buen proyecto de ley del punto de las conveniencias públicas y de su practicabilidad inmediata."

El tiro dió en el blanco. Ramírez se sintió tocado en su hidalguía, y acaso, un poco, en su vanidad. "Apreciaré siempre como una prueba irrecusable de la elevación de tu carácter, le contestó, la consulta que en estos momentos me haces de tu proyec-

to de reorganización del Banco Nacional... ¡Cómo puedo yo corresponder a tu noble conducta sino con igual levantamiento de espíritu, es decir, manifestándote lo que pienso con toda franqueza y con toda lealtad?" Ramírez hacía en seguida un minucioso examen del proyecto presidencial, sobre cuyos puntos fundamentales se hallaba conforme. Difería, en cambio, en la apreciación de su significado político, pues temía que el Banco, vinculado al Estado, pudiera convertirse en un factor de corrupción social. Recobrando luego su intrépida apostura de adversario político, exclamaba: "Estoy más pobre que nunca, — (he sido un poco alcista, hélas); — estoy viejo y enfermo, muy desencantado, reñido con toda ambición de vana popularidad. No me seducen, pues, las resistencias y oposiciones frívolas. ¡Qué más quisiera, si mis convicciones lo permitieran, que surgir a la sombra de tu carro triunfal, o en él, en vez de ponerme a tirar para atrás, como lo hago, con esfuerzos probablemente inútiles? No fuí tu elector, pero puedes estar seguro que nadie desea tanto como yo que el éxito de tu gobierno haga decir: ¡qué aberración la de Carlos María Ramírez!—negarle su voto a Julio Herrera y Obes!—Patrióticamente, si tú fracasases, creo que habría fracasado el gobierno civil, y estaría allanado el camino de una nueva dictadura militar. — Egoístamente, — creo que tu desprestigio como hombre útil de gobierno sería por mucho

tiempo el desprestigio de todos los "doctores".—Y esto que escribo acá se lo digo a todo el mundo, procurando, sin éxito, a mi vez, moderar la oposición de mis propios amigos."

Herrera replicó a Ramírez con una extensa carta que, a la vez que una defensa de su proyecto, constituye una preciosa exposición de sus ideas políticas y económicas. "¿Por qué te ha sorprendido, por qué elogias, por qué me agradeces, exclama, que te haya consultado sobre un proyecto de ley que, por su trascendencia sobre los intereses económicos, políticos y sociales, afecta, por necesidad, al presente y al porvenir de la República? ¿Porque eres mi adversario político y combatiste mi candidatura a la presidencia de la República y no formas en las filas de los amigos del gobierno? ¿Pero tan poco y tan mal me conoces, a pesar de la intimidad en que hemos vivido en los mejores años de aquella juventud agitada, ya tan "distante" y tan "distinta" de los tiempos que cruzamos; tan poco y tan mal me conoces que hayas podido pensar que esas consideraciones de orden personal y de índole mezquina pudieran pesar en mi ánimo de gobernante para privarme, o mejor dicho, para privar al país del concurso que los ciudadanos de tus condiciones pueden prestar a la cosa pública con su consejo y con su acción?" Y luego de un extenso alegato en favor de su acción de gobernante y de una vigorosa defensa de su proyecto financiero, concluía

con estas palabras: "No tengo que acusarme de haber renegado ninguno de los principios fundamentales del credo político y filosófico que profeso desde la juventud, y para cuya defensa creo haber tenido la inmovilidad y la firmeza del Dios Término de los Romanos. Mis ideales juveniles han sufrido sin duda la acción benéfica del tiempo y de la experiencia, padres fecundos de la verdad humana, y han cambiado de luz y de forma, al bajar del cielo etéreo de las teorías abstractas al suelo duro de las realidades prácticas; pero es el mismo amor a lo bueno, a lo bello y a lo justo, cuyo imperio en las instituciones y en la vida social de mi patria persigo con el ahinco desesperado de los que habiendo pasado el meridiano de la vida, y viendo declinar el sol de su existencia, se apuran por dar realidad a sus ambiciones generosas, dejando tras de sí algo que sobreviva a su pasaje fugaz por el mundo y satisfaga esa aspiración permanente a la inmortalidad, que es la pesadilla que llena las breves horas del sueño de esta vida transitoria". "Tú puedes pensar, concluía por fin, que tus esfuerzos por impedir lo que juzgas malo son inútiles y desesperados; pero la verdad es que, mientras tires en el sentido de los sanos principios y de las buenas prácticas de gobierno, no tiras para atrás sino que empujas hacia adelante este carro pesado del gobierno, que, si es triunfal, no lo es de mi persona, sino de los propósitos y de las aspiraciones que representa,

y cuya marcha lenta y dificultosa es prueba de que no rueda por la pendiente vertiginosa de los derrumbaderos económicos y políticos, sino que sube la empinada cuesta del progreso, en dirección a las cumbres elevadas, desde donde se abarca con la mirada impávida y ánimo sereno los ilimitados y luminosos horizontes del porvenir.”

El gesto del Presidente de la República conquistó a su adversario, y pocas semanas después de este incidente epistolar, hasta hoy desconocido, Ramírez tomaba a su cargo la cartera de Hacienda.

La formidable crisis financiera y económica no arredró al nuevo Ministro. Con su agudo golpe de vista abarcó toda la magnitud del desastre, y con mano firme trazó su programa de política económica, coincidente con el del jefe del Estado. Ese programa abarcaba tres puntos fundamentales: el arreglo de la Deuda Pública y de las garantías de ferrocarriles, mediante un vasto plan de unificación y consolidación, que se traduciría en recursos millonarios para el Estado; la reconstrucción del Banco Nacional, y la nivelación del presupuesto. El Ministro puso de inmediato manos a la obra; trazó los lineamientos de la operación, inició conversaciones con los agentes financieros de Europa, obtuvo el asentimiento de éstos y envió a Londres al doctor Ellauri, provisto de instrucciones y poderes, para tratar directamente con los banqueros ingleses y hacer ambiente en favor del negociado. La iniciación de es-

ta gestión, bajo felices auspicios, coincidió con un nuevo *crack* bancario en Montevideo. El Banco Inglés y el Banco Nacional cerraron sus puertas, y la población, presa del pánico, llevó una grave corrida a los demás Bancos. La caída de los dos Bancos arrebató al erario las sumas destinadas al servicio de la Deuda en el exterior, y, suspendido ese servicio, nuevamente apareció el Uruguay en el pizarrón del Stock-Exchange de Londres con el signo de los fallidos.

Ramírez luchó como un titán para salvar el crédito interno y externo; obtuvo nuevas promesas en Londres, y sobre ellas, preparó un mensaje y un proyecto de ley de unificación y consolidación de la Deuda Pública y de las garantías de los ferrocarriles, y los envió a la Asamblea General. La oposición se desató violentamente contra el proyecto y contra el Ministro. Ramírez acudió a la Cámara de Representantes, y, durante varias sesiones, defendió el proyecto contra los ataques de la oposición, en cuyo seno se incubaba una vasta conspiración encaminada a conmover el orden constitucional. Después de pronunciar dos largos y elocuentes discursos en defensa del plan financiero del Ejecutivo, obtuvo la sanción del proyecto en la Cámara baja; pero, aun tenía que batirse en el Senado con contendores como José Ladislao Terra, Martín Aguirre y Angel Floro Costa. El torneo fué memorable. Durante tres días habló Ramírez, hostigado por los ataques de sus

adversarios, hasta que logró dominarlos, y el Senado, de pié, arrebatado por la elocuencia del Ministro, sancionó el proyecto, después de aclamar largamente al orador.

“¿Quién puede desconocer, señores, concluyó en la memorable sesión del 30 de Setiembre, la magnitud de la crisis? ¿Quién puede negar los sufrimientos que ella impone a una parte considerable de nuestra sociedad? Pero no hay que confundirlos con síntomas de una enfermedad mortal para toda la nación. Reconozcamos nuestras culpas, y procuremos corregirlas; pero no deprimamos injustamente a ese pobre país que resiste con fortaleza, ahorrando, trabajando, creando nuevas industrias, elaborando la sustancia mediante la cual recobra las fuerzas que le hacen perder nuestros errores económicos y políticos. . . Dentro de pocos días podremos solemnizar el aniversario de la paz de 1851; nos separan sólo cuarenta años de aquel acto memorable. La guerra sin tregua había durado quince años y teníamos apenas ciento treinta y dos mil habitantes; estaba destruída la mayor parte de nuestros pueblos; abandonados casi completamente los trabajos agrícolas; inmenso número de ganados había vuelto al estado salvaje de los tiempos coloniales; el país, fuera de las costas, era casi un desierto, sin escuelas, sin aldeas siquiera, sin elementos de civilización. Recuerdo de niño haber viajado con mi familia de Montevideo a la frontera, con un sé-

quito de hombres armados, y necesitando muchas veces pernoctar en una cuchilla, porque no se divisaba en el horizonte ni el humo ni la silueta de una vivienda humana. Pues bien: si ahora renaciesen a la vida los combatientes de aquella época, ¿podrían reconocer el teatro desolado de sus luchas troyanas en esta bella capital de ciento cincuenta mil habitantes? ¿Reconocerían aquel desierto de los entreveros sangrientos, en esa campaña cruzada por los telégrafos y los ferrocarriles, con todas las propiedades deslindadas y cercadas, con centenares de escuelas, con oasis de agricultura esparcidos en todos los ámbitos del país? Pues todo eso se ha realizado en menos de cuarenta años, a pesar de la anarquía, a pesar de las guerras civiles y de las guerras internacionales, con crisis pavorosas, mucho más pavorosas que la actual, y con todo linaje de errores, propios de nuestra inexperiencia y de nuestra falsa educación política. Se nos busca siempre término: un paralelo con la República Argentina. ¡Oh! la rueda de la fortuna es inestable, y ahora el paralelo no puede ser doloroso para nosotros. Si nosotros tenemos doce millones de cédulas hipotecarias, cuya suerte nos preocupa, ellos tienen cuatrocientos millones cuyo servicio se encuentra ya interrumpido. Si nosotros tenemos un millón de depósitos judiciales cuya suerte también justamente nos preocupa, ellos tienen más de doscientos millones de depósitos de todas clases, comprometidos y perdidos

en las quiebras de los Bancos oficiales. Hemos interrumpido el servicio de la mayor parte de nuestra deuda, y ellos han interrumpido el servicio de todas las deudas provinciales, de todas las deudas municipales. Nuestras rentas han disminuído algo: las rentas argentinas han disminuído inmensamente. El Presidente Pellegrini, que es un hombre franco y valeroso, calculaba, en un documento oficial, en más de mil millones de pesos las pérdidas que ha sufrido aquel país, sin contar la depreciación de la propiedad territorial; y sin embargo, los argentinos están tranquilos, están a la altura de la situación suprema en que se encuentran; celebran con más entusiasmo que nunca sus aniversarios patrios; tienen fe en la grandeza de sus destinos; saben que han de triunfar, y parece que llevarán siempre en el alma la aurora radiante con que surgieron ante el mundo en 1810. Ese ejemplo debiera imitarse; eso debiera decírse nos: que tomemos una chispa del entusiasmo argentino, para afrontar situaciones difíciles, para tener fe, para huir del pesimismo que nos abate y nos hunde, para que no pueda decirse de nosotros la hermosa frase de Alfredo de Musset: "Toman por noche profunda su sombra que pasa llena de vanidad."

Ganada esta batalla, el Ministro se entregó a la obra de la reconstrucción del Banco Nacional. Soñaba con la fundación de "una poderosa institución bancaria que reuna en fecundo consorcio ca-

pital nacional y capital extranjero, que afiance y desenvuelva gradualmente nuestra circulación fiduciaria, que ponga fin a las agitaciones alarmantes de los partidarios del papel moneda, que haga mover de esta manera los capitales ocultos, que lleve sucursales a los departamentos, que vivifique todos los negocios y contribuya a levantar la renta pública, empezando por hacer al Estado un buen anti-eipo en condiciones equitativas. Fundada esa poderosa institución, podríamos lisonjearnos de haber puesto un límite a los estragos de la crisis, y formado las bases de nuestra reorganización financiera."

Dos proyectos envió el Ministro al Senado para realizar su propósito; pero la oposición política, que en la prensa y el Parlamento se había desatado contra Ramírez, arreció frente a estos proyectos, y tomó la forma de doctrinarismo abstracto, para combatir los privilegios que el proyecto acordaba al banco, y la intervención que el mismo daba al Estado en su administración. Nuevamente la elocuencia de Ramírez animó en los debates de la Cámara de Representantes y del Senado, pero esta vez fué vencido.

La honda crisis política planteada con singular violencia desde la abortada conspiración del 11 de Octubre de 1891, arrastró al Ministro. Ya, a raíz de este suceso, había enviado al Presidente de la República su dimisión, con motivo de un pequeño inci-

dente administrativo, derivado de la conspiración frustrada. Y al hacerlo, aconsejaba al doctor Herrera y Obes la amnistía. "Es sensible, decía en la carta confidencial con que le envió la renuncia, dejar impune el infame conato de la conspiración: pero las tristes circunstancias que se mezclaron en ella, y la sangre inútilmente derramada contra toda tu previsión y tu sincero empeño, obligan en justicia y en buena política a correr un velo sobre tan malhadado episodio de nuestras locuras partidarias." El Presidente de la República evitó en aquella ocasión la crisis ministerial, y el doctor Ramírez mantuvo la cartera de Hacienda, pero la campaña de oposición al Ministro arreció de tal modo, después de estos sucesos, que antes de mediar el año 1892, Ramírez tuvo que enviar nuevamente su renuncia al doctor Herrera, y esta vez en forma irrevocable.

Felizmente se han salvado las cartas privadas en que aquellos dos hombres eminentes, adversarios políticos pero vinculados por lazos de sangre y amistad fraternal, se confiaron mutuamente sus pensamientos íntimos, frente a la honda crisis política que abrumaba a la República. Ramírez, luego de historiar en su renuncia las circunstancias en que entró a formar parte del Gobierno, y de exponer extensamente el vasto plan de política financiera y económica por él formulado desde el Ministerio, y las luchas a que éste había dado lugar en el Par-

lamento y en la prensa, concluía con estas palabras: "La intransigencia que tantas veces nos ha perdido en política, viene ahora a renovar en toda su crudeza las angustias y las incertidumbres de nuestra crisis económica, agravada por el abatimiento de los precios de nuestros productos ganaderos en los mercados del Brasil y de Europa. Tan grave situación reclama en el Ministerio de Hacienda un hombre no gastado por las fuerzas de los acontecimientos, con más prestigio o menos resistencias personales que el que hoy lo desempeña. Corren de tal manera las cosas, que, en vez de un auxiliar, puedo llegar a ser un obstáculo; y así, el mismo deber de lealtad y patriotismo que antes me obligaba a permanecer al lado de V. E., hoy me obliga a pedir indeclinablemente mi exoneración."

El Presidente Herrera y Obes dirigió a Ramírez, en aquella ocasión, una de sus cartas mejor inspiradas y, acaso, la que más honor refleja sobre el Jefe del Estado y su Ministro. "Es posible que tengas razón, le decía, pues nadie ignora que la oposición que se ha hecho a tus planes financieros y a tus actos ministeriales ha sido toda de carácter político y personal, vale decir, de móviles tanto más mezquinos y antipatrióticos, cuanto más solemnes eran los momentos que atravesábamos y más supremos los intereses públicos que defendíamos con abnegación ilimitada, dentro del cumplimiento del deber. Puedo dar testimonio, como pueden darlo to-

dos tus colegas del Ministerio, de que en el Gobierno has sido siempre y únicamente el representante de las finanzas que te estaban encomendadas, esto es, el representante del erario público, con sus exigencias ineludibles de honradez, de orden y de economía en todos los gastos de la administración nacional. No hay uno solo de mis actos políticos que esté marcado con el sello de tu inspiración o de tu consejo. Has combatido mis ideas cuando te parecían inconvenientes, las has aprobado y aceptado cuando te parecían justas y oportunas, y a eso se ha reducido tu intervención en la marcha política del Gobierno, sin tener nunca una palabra de hostilidad contra tus adversarios políticos y personales, y con frecuencia muchas en su favor. Si algunos amigos míos han salido de los puestos que ocupaban y algunos amigos tuyos han entrado a reemplazarlos, no ha sido por obra ni consejo tuyo, sino porque así me lo exigía el buen servicio público, al que tengo el deber de sacrificar mis aficiones personales cuando las circunstancias lo requieren.”

Así abandonó Carlos María Ramírez el sillón azul, después de un año de labor, para no volver a ocuparlo. Dentro de otro régimen político, el Ministerio de Ramírez se habría prolongado largos años, y su acción de hombre de Estado se habría ejercido en forma permanente y eficaz. Como Lord Chatham, como William Pitt, como Roberto Peel, habría entregado entonces al Gobierno de su país to-

do el rico caudal de su genio político, de su vasto saber y de su experiencia. Se hallaba en condiciones de hacerlo, puesto que había llegado a la plena madurez. El doctrinarismo abstracto de su juventud había sido sustituido por un concepto más amplio, más humano y más universal de la política, que, sin renegar de los principios que alimentaron sus luchas de 1868, buscaba, sin embargo, en la realidad ambiente y en el factor circunstancial, elementos de solución para los problemas de orden práctico planteados a la República.

Pero ello no pudo ser dentro del régimen político imperfecto adoptado por estos países, donde el individualismo parece estar reñido con la democracia. Ramírez tuvo que mantenerse al margen del Gobierno de su país, y ser testigo de su propia impotencia cívica. Así se malogró este hombre de Estado, cuyas admirables dotes apenas pudo utilizar prácticamente la República.

VI

EL HOMBRE DE LETRAS

La prodigiosa actividad de Ramírez no le impidió dictar el primer curso de Derecho Constitucional en la Universidad de Montevideo, preocuparse en forma fundamental de pedagogía y beneficencia práctica y cultivar la literatura histórica e imaginativa. En la juventud escribió versos tocados por el gusto romántico; son composiciones rotundas, sonoramente adjetivadas, que revelan un sentimiento muy personal de la forma y que, en la época de indigencia lírica en que fueron escritas, forman rara excepción. En la madurez escribió dos novelas románticas con librea naturalista, tituladas "Los Palmares" y "Los amores de Marta". Zola conmovía entonces el mundo literario y fuerza era rendir tributo a la influencia del maestro de Médán; pero, es preciso convenir en que la librea naturalista de las novelas sentimentales de Ramírez encubren mal el entallado frac romántico, y que ambas dejan el sabor agrídulce de los romances de Octavio Feuillet y de Jorge Onhet. La segunda de estas novelas fué dramatizada con el nombre de "Marta Valdenegros"; el profesor Desteffanis la vertió al italiano y fué estrenada en el Teatro Solís de Montevideo. Esta aventura dramática no tu-

vo mayor trascendencia; pero revela la inquietud, la perseverancia y la ambición literaria de Ramírez, así como el poder de adaptación de sus facultades.

El renacimiento literario y científico provocado en Montevideo por el Ateneo del Uruguay en el último tercio del siglo pasado le debe algunas de sus mejores páginas académicas. Desde la tribuna de aquella pequeña Sorbona disertó sobre historia y pedagogía, con el brillo, la precisión y el método de un maestro de la cátedra. Estos tiempos del Ateneo en que los hombres de la generación anterior a la de Ramírez, antes de desaparecer, dictaron, desde la tribuna, su testamento político, a fin de que los discípulos recogieran y ampliaran las enseñanzas que surgían de aquél, reclaman ya al historiador y al artista que los evoque y los fije en la prosa del libro.

El espíritu inquieto y curioso de Ramírez, al investigar el origen de los fenómenos sociales y políticos, interrogaba constantemente a la historia. Esta polaridad intelectual le llevó insensiblemente al estudio sistematizado de los orígenes de la nacionalidad, y le abrió de par en par las puertas del pasado del Río de la Plata. En la adolescencia, sus condiscípulos le habían apodado con el nombre de Guizot. Fué aquella una pequeña adivinación juvenil, una espontánea profecía que hubo de cumplirse. Ramírez, si no lo fué completamente, debió ser el Guizot de nuestra literatura histórica. Como

el gran escritor francés, se remontaba en sus especulaciones a las causas de las cosas y buscaba, en el origen y evolución de las instituciones, la justificación de los hechos sociales. También ambicionaba apropiarse el sentido pictórico y profundamente artístico con que Guizot trazó, así sus grandes cuadros históricos, como sus viñetas anecdóticas. Este concepto de la historia le dió cierto poder de adivinación, y una gran agilidad para formular brillantemente conclusiones sintéticas que recuerdan las grandes generalizaciones con que Villemain, Coussin y el propio Guizot animaron los célebres cursos que dictaron en la Sorbona en la época de la Restauración.

Estaba en la plenitud de sus fuerzas intelectuales cuando se planteó a su espíritu el problema de los orígenes de la nacionalidad oriental, y sobre todo, el enigma, hoy totalmente descifrado, de Artigas, el héroe nacional del Uruguay. El trabajo de investigación y análisis que entonces realizó Ramírez, y la brillante síntesis en que luego concretó las conclusiones de su estudio, contribuyeron en primer término a descorrer el velo que ocultaba la verdadera personalidad de Artigas, a vindicar la obra del Libertador oriental, y a establecer su significado sociológico e histórico. Ramírez destruyó los diversos capítulos de cargos acumulados contra el héroe y las sombrías leyendas que la bibliografía histórica recogió sin examen. Artigas dejó de ser,

desde entonces, la encarnación de la barbarie y el despotismo, para convertirse en el verdadero fundador de la democracia republicana en el Río de la Plata. La prolija revisión histórica que se ha venido realizando con posterioridad a la obra de Ramírez, ha confirmado sus conclusiones, dando a éstas el carácter de vindicación definitiva del héroe oriental. El libro "Artigas" de Ramírez, no obstante su forma periodística y polémica, pues sus capítulos fueron escritos para levantar las acusaciones que el último representante de la tradición antiartiguista porteña publicó en el diario argentino "Sud América", es uno de los evangelios históricos y épicos de la República, y no el menos inspirado de ellos.

Además de esta labor sistematizada, Ramírez prodigó en diarios, revistas y opúsculos su talento literario, apto para todos los géneros. Manuel Herrero y Espinosa dijo que si se juntaran en volúmenes todos los escritos de Ramírez, esparcidos en treinta años de continua labor intelectual, formarían una biblioteca que bastaría por sí sola para educar al ciudadano en todos los problemas del gobierno y de la administración pública. Y aun podría agregarse que en ellos hallaría también el ciudadano, estudiados y resueltos, los principales problemas políticos, económicos y sociales que tuvo que afrontar la República desde su constitución hasta finalizar el siglo XIX.

VII

LA MUERTE

En sus últimos tiempos se le veía a diario salvar la breve distancia que mediaba entre su casa de la calle Piedras y la redacción de "La Razón", establecida entonces en una vieja casa de la calle Cerro. Abstraído y meditabundo, un poco agobiado por la enfermedad, y acaso más que por la enfermedad por las decepciones, caminaba, sin embargo, con paso nervioso y firme. Los años, los azares de la vida, las continuas luchas, las hondas meditaciones, habían hecho del antiguo girondino un filósofo un poco melancólico pero sin amargura.

Los que entonces éramos adolescentes, nos descubríamos con temeroso respeto al paso de aquel hombre taciturno, y nos volvíamos para verle perderse en el fondo de la calle. Algunos de nosotros, los más intrépidos, nos asomábamos de noche a la sala de redacción del diario, y, a través de la mampara de cristal, oíamos su respiración anhelante, su característica tos de asmático, y el veloz rasgueo de su pluma. A veces, la luz de la lámpara de su mesa de trabajo proyectaba, sobre los cristales deslustrados, su sombra, inclinada sobre las cuartillas, y otras también, su voz imperiosa, imponía silencio a la cabrionera periodística.

Un día de Septiembre circuló la noticia de que acababa de morir. "Siento que en mi pecho se desarrolla un drama", había dicho el enfermo, con profunda melancolía, cuando se ponía el sol de la víspera. "Tal vez mañana llegue el desenlace". No se equivocó aquel hombre que, pocos días antes de que la carne débil traicionara al poderoso espíritu que la animaba, presintiendo acaso el peligro, repetía las palabras amargamente optimistas de Coussin: "Es necesario soportar la vida y defenderla aunque esté marchita, porque podemos ser útiles todavía, y podemos, porque debemos."

Para la generación que surgía a la vida, la muerte de Carlos María Ramírez fué una dolorosa sorpresa que nos volvió a la más inesperada de las realidades. Es inútil insistir acerca del dolor de los que fueron sus coetáneos y tuvieron la fortuna de asistir al admirable espectáculo que ofreció la actividad de este hombre en su pasaje por la tierra. En este dolor y en aquella sorpresa había también la sensación de un inmenso vacío. Con Carlos María Ramírez se extinguía una fuerza social y política cuyo desplazamiento no había de ser llenado. Con él se iba el maestro, el apóstol y el guía de quienes el país esperaba la solución de la aguda crisis política, la prédica de la palabra de paz y el rumbo del incierto porvenir.

Se marchó antes de tiempo, cuando el molde esperaba el metal que hervía ya en el crisol. La obra

maestra no pudo ser fundida; apenas si las manos apresuradas e inquietas del artista modelaron en la arcilla de la improvisación, en el discurso del Parlamento, en el artículo de diario, en el libro fragmentario, en el consejo de gobierno, en la cátedra universitaria, en la tribuna popular, la idea virtual, el pensamiento generador, el rasgo definitivo pero incompleto. Así quedó bocetada la obra de este gran hombre, que sentía la melancolía de morir sin legar a su patria la labor metodizada y completa. Había sido un pródigo de sí mismo; se había dado a los demás sin reservar nada para sí, ni aun la ilusión de perdurar en una obra definitiva. ¡Melancólico e injusto destino a que fueron condenados casi todos los hombres eminentes de la República!

Se durmió para siempre, sin amargura ni rebeldía. Cuando el sol del 19 de Septiembre de 1898 comenzó a dorar los altos pretilos de las casas de la ciudad y espantó las sombras medrosas, sus rayos penetraron por los cristales de la ventana de la cámara mortuoria, y se posaron sobre aquella frente donde, al extinguirse el pensamiento, la muerte tendió un velo de augusta serenidad y de fúnebre belleza.

EL OCASO DE MANUELITA ROSAS

I

LA MUJER

Un amigo me ha confiado un abultado paquete de cartas de Manuelita Rosas. Son cincuenta y seis cartas dirigidas, desde Inglaterra, a don Antonino Reyes, y fechadas, desde el 16 de Mayo de 1889, hasta el 4 de Marzo de 1897 ⁽¹⁾. No es sin un poco de emoción cómo se abren estos pliegos amarillentos, cuyo vago e indefinible perfume sugiere el recuerdo de los antiguos muebles de familia donde se conservan las reliquias domésticas. La cinta de seda roja, descolorida, que se deshilacha al desenlazarla, las obleas de lacre que se quiebran y desprenden al desplegar las cartas, el papel envejecido y de color marfileño, la tinta a la cual los años han dado

(1) Las cartas originales de Manuelita Rosas a que se refiere este ensayo, se custodian en el archivo doméstico de los descendientes de don Antonino Reyes. Son sus actuales dueños el distinguido caballero don Martín Reyes, hijo del secretario de Rosas, vecino en la actualidad de Buenos Aires, y el señor Alberto Reyes Thévenet, hombre de letras y profesor de la Universidad de Montevideo, nieto del mismo personaje.

un pálido tono bistre, la letra elegante y caligráfica, ya un poco temblona y decaída, el sello en relieve, en que se lee "50, Belsize Park Gardens, London. N. W.", todo tiene algo de esa triste poesía que envuelve a las cosas que, muertas en el tiempo, siguen viviendo en la región siempre melancólica de los recuerdos.

La lectura de estas cartas entristece y predispone a la meditación sobre la fugacidad de las grandezas de la tierra. La mujer que las escribió, no es la Manuelita poetizada por el tiempo y por sus propias desventuras; no es la delicada y deliciosa mujercita del retrato de Prilidiano Pueyrredón, ni la heroína de Mármol y de Groussac, ni la "niña" de Palermo, ni la enigmática mujer que encendió el frío corazón de lord Howden, en las romancescas cabalgatas que describió Carlos Ibarguren. Ya no viste miriñaque, ni los rizos orlan su cándida frente, ni monta a caballo, ni preside el salón de "tatita", ni canta cavatinas de Donizzetti, ni pone su triste y compasiva sonrisa sobre el lúgubre cuadro de la dictadura.

Ahora es una anciana obesa y un poco achacosa, con la cabeza encanecida y el rostro sureado por los años, que se mueve animosamente en su casa de Londres, o en los pequeños y floridos *cottages* de las orillas del Támesis, o de la costa del mar, donde pasa los meses estivales. Sobrelleva con singular energía la ancianidad, va y viene por la casa,

sube y baja las escaleras, se asoma a los cristales para observar el cielo, aviva el fuego de la chimenea de su sala, y llena con su actividad la quietud de su *home*. Con su graciosa papalina y sus mitones de invierno, se la tomaría por una de esas adorables *mistress* de los interiores burgueses de Londres, que tan tiernamente pintó Dickens en sus cuentos y novelas.

Su vida no es una novela, precisamente. Su esposo está enfermo, y es ella quien se ocupa de la dirección de la casa y del cuidado de la hacienda. Vigila la administración de su fortuna; recibe y distribuye las rentas; estudia las oscilaciones del cambio argentino; deplora los quebrantos que sufren las remesas que le hacen de Buenos Aires; lleva la contabilidad doméstica; paga las cuentas; va a los Bancos a efectuar los depósitos y a cobrar los cheques; se ocupa de mil pequeños menesteres; tiene tiempo todavía para mantener el orden de la casa; para vigilar la cocina y la portería, para recibir y retribuir visitas y, sobre todo, para mantener activamente su correspondencia. En esto, como en todo, es un prodigio de orden y trabajo. Sus correspondencias son numerosos; mas, ella lleva cuenta corriente de las cartas recibidas y contestadas, y jamás está en retardo.

Todo esto lo hace sencillamente; pero, poniendo ese sello de dignidad que es propio de las personas

que han ocupado altas posiciones. Cuando los domingos preside su pequeño salón, se dijera que algo de la niña de Palermo reapareciese en ella; cuando sus hijos la besan en la frente y le piden la bendición, sus pálidas manos acarician con tierno imperio; cuando en el abandono de la correspondencia íntima prodiga las frases de supremo cariño y amistad, lo hace como una reina que otorga una merced.

¿Es esto, acaso, lo único que queda de la antigua princesa pampeana, de la amable Manuelita, cuyas manos, hechas para derramar el bien y posarse compasivas sobre los ajenos dolores, tuvieron que soprotar el sacrílego contacto de los legajos de "clasificaciones"? No; queda además, en esa mujer el ciego amor a "tatita", la hipnótica adoración al "glorioso general Rosas" y el culto a los recuerdos del pasado que, constantemente, acuden en tropel a su memoria. De ese pasado queda también el tierno afecto que la unió desde la infancia a Antonino Reyes, y que sobrevivió a los años, a la ausencia y a los cambios de la fortuna.

Reyes, quien sin duda le inspiró un amor juvenil, compartido y acrisolado por el silencio y el sacrificio, una vez extinguido el ardor sentimental y aceptada por ambos la realidad de la ausencia y la necesidad de buscar nuevos destinos, fué para Manuelita algo más que un amigo y que un hermano; fué así como la supervivencia del pasado

después del naufragio de la tiranía. De él hizo la hija de Rosas el espejo de los recuerdos de su extinguida grandeza, y de su juventud sentimental, agostada por el egoísmo paterno. Él se los devolvía agrandados y como animados por una nueva vida. En esta compenetración íntima y mutua, la desterrada hallaba una dulce delectación, una especie de vaga embriaguez que, a veces, la sustraía a la realidad y la volvía a sus mejores días de Palermo. Muerto Rosas, Reyes se hizo aun más necesario a Manuelita. A él dirigió desde entonces todas sus confianzas, sus requerimientos y sus quejas. Le hizo su confesor laico, su consejero, su secretario universal, como se complacía en llamarle. Lo eligió así, para que fuese el depositario de sus pensamientos íntimos, y en vez de escribir un libro de memorias, escribió este largo epistolario.

Estas cartas de una septuagenaria están escritas con la volubilidad, el encanto y el candor de una niña. Leyéndolas, se piensa, a veces, en aquella afluencia afectiva de Santa Teresa, cuando se dirigía a sus monjas y a sus confesores. La sensibilidad se confunde con el ingenio y con cierto delicioso abandono que les da singular valor psicológico. Abundan en ellas los giros elegantes e ingeniosos, las bellas frases, y están llenas de elevados pensamientos. En la época en que los epistolarios estuvieron en boga, este paquete de cartas habría sido

un feliz hallazgo; hoy, lo sigue siendo todavía, y fuerza será que vea la luz pública, ahora que la novela, el teatro, y, por fin, la historia, se han apoderado de esta figura femenina. Estas cartas completarán el conocimiento de la estructura moral de Manuelita Rosas y de algunas peculiaridades de su carácter. Además, si en la historia de las letras platenses hemos de buscar una Mme. de Sévigné, o siquiera una Mme. de Genlis, aquí tenemos a esta original mujer que escribe con encantadora gracia y, a veces, con rara elegancia.

II

EL CONFIDENTE Y LA AUSENCIA

Antonino Reyes, el confidente y corresponsal de Manuelita, fué, durante la tiranía, el familiar de Rosas y su hombre de confianza. Desde 1832, año en que entró a servir bajo sus órdenes, conocía casi todos los secretos del dictador. Su amistad con la familia de Rosas y la inclinación que desde la infancia demostró hacia Manuelita, le dieron, junto al tirano, posición excepcional. Cuando aún no había cumplido los treinta años, Rosas lo hizo mayor, edecán y comandante en jefe de la Secretaría de Su Excelencia el Gobernador de la Provincia. Echó así sobre sus espaldas el duro peso de las fun-

ciones, mitad militares, mitad civiles y administrativas, que, en la extraordinaria administración del tirano, significaba aquel puesto. Le tuvo constantemente a su lado, y, a veces, le hizo objeto de sus confidencias; pero, más a menudo, exigió de él la ciega y silenciosa obediencia que imponía a todas las personas que formaban su extraña corte. El mismo Reyes, en la declaración indagatoria que prestó cuando fué procesado como cómplice del tirano, dijo que había servido "a sus inmediatas órdenes"; que recibía los "trabajos de manos de Rosas para poner en limpio las notas que en borrador le entregaba, y que las repartía también entre otros empleados".

Cuando Rosas abandonó Santos Lugares y se fué a Buenos Aires, Reyes quedó en el cuartel general, al frente de la antigua secretaría. El edecán de Su Excelencia, general Corvalán, le hizo reconocer allí como "representante de la persona misma de Su Excelencia en su ausencia", y declaró "que las órdenes que comunicase por disposición de Su Excelencia, debían ser tan respetadas y cumplidas como si Su Excelencia las diera en persona o bajo su firma". Esta terrible autoridad de que lo investió el tirano, fué para él potro y tormento. Se convirtió así, en ejecutor de las órdenes de Rosas, y ya se sabe lo que significaban estas órdenes: el cumplimiento inmediato o la muerte. Le tocó hacer allí de Gran Justicia de la dictadura, y aun cuando, con

peligro de la propia vida, logró a veces atemperar las órdenes del tirano, otras, las más, vió, estremecido de horror, y a veces de indignación y repugnancia, correr la sangre que manaba de los bárbaros patíbulos. Sus "Memorias" están llenas de este horror a la sangre. Las páginas en que narra, en forma realmente homérica, el fusilamiento de la desventurada Camila O'Gorman, trascienden la mortal angustia, y el trágico automatismo, con que los agentes de Rosas ejecutaban las órdenes del implacable déspota.

No es raro que la posición que ocupó Reyes en el Gobierno de Rosas, le hiciera el centro del odio unitario. Así cayó sobre este bravo soldado, que fué un gentilhombre y un hombre gentil, la execración y la ignominia. Panfletistas y moralistas transformaron a esta figura caballeresca en un Fouquier Tinville; pero, hubo más: caída la tiranía, la justicia lo procesó y condenó a muerte como asesino alevé.

El nuevo régimen iniciado en 1852, después de Caseros, al principio, lo respetó. Urquiza lo nombró oficial mayor del Ministerio de Guerra; pero cuando, en 1853, comenzaron las represiones, fué encarcelado con Troncoso y Badía, y sometido a la justicia con el estigma de famoso asesino. Todos pidieron la cabeza de Reyes; se le abrió causa, y aun cuando jurídicamente nada se probó en ella,

fué condenado a la última pena. Padeció en la cárcel lo indecible, mientras su esposa, requerida por el juez de la causa, buscaba la suma de dinero que debía cubrir el precio que el peculado puso a la vida del reo. Mientras la Cámara de Apelaciones revisaba la sentencia, y la cabeza de Reyes vacilaba sobre sus hombros, huyó el preso novelescamente de la cárcel, ayudado por amigos leales. Su nieto, Alberto Reyes Thévenet, conserva, colgados del muro de su estudio, en Montevideo, la llave que sirvió al prófugo para abrir la puerta de la prisión, y que él fundió en su propio calabozo, y uno de los grillos que torturaron sus pies. Montevideo le dió asilo; el general don Venancio Flores, entonces Presidente de la República, le prestó ayuda y protección. Allí le encontró la sentencia absolutoria de segunda instancia, que le declaró limpio de culpa y pena y vindicó para siempre su nombre.

En todos estos azares, jamás dejó Reyes de volver el pensamiento a Manuelita. La hija de Rosas sufría entre tanto por su amigo, y lágrimas y plegarias fueron el único tributo que pudo ofrecerle en la desgracia. Cuando sobrevinieron días serenos, y el tiempo fué borrando el horror de la tragedia, todo aquello quedó en la memoria de los amigos como el recuerdo de una pesadilla. La adversidad fué un lazo más para sus corazones.

Aquella fuerte y tierna amistad, lejos de debilitarse con la ausencia y el transcurso del tiempo, se

engrandeció y se hizo más honda y fraternal. Después de cuarenta años de separación, casi octogenarios los protagonistas de este romance, se prodigaban todavía las más íntimas y cariñosas palabras. Las confidencias y expansiones de Manuelita, el tono de intimidad y abandono de sus cartas, revelan la diafanidad y pureza de su afecto. Llama a Reyes su amigo del alma y se complace en aplicarle los más tiernos epítetos. Le nombra hermano, alma mía, Reyecitos, "papá Reyes", abuelito; le envía los más vivos cariños, lo besa como a un hermano, lo abraza como a un padre. "Toma de mí cuanto quieras. Te doy carta blanca porque es tanto lo que te quiero", le dice.

Todo esto, torpemente interpretado, podría hacer sospechar en el juvenil amor exacerbado por la edad senil; pero, es preciso rechazar el pensamiento. Que de tal manera es puro e inmaculado este afecto. A propósito de la pérdida de una carta de Manuelita, ésta escribe a su amigo: "Felizmente, nuestra correspondencia no nos trae compromiso. Solamente verán nuestros coloquios, y como mi marido los consiente, estamos limpios de conciencia y libres de acusación injusta". En otra ocasión le dice: "Mi esposo dice que parecemos dos amantes, y yo le digo que parecemos lo que somos, pero lo consiente".

Es verdaderamente conmovedora esta amistad de dos ancianos, próximos ya a morir, separados por

casi medio siglo y las aguas del océano, y sobre todo por la natural transformación que el tiempo imprime a los hombres, las cosas y los sucesos, que encuentran aún en el corazón aguas tan puras y transparentes, movimientos tan juveniles y espontáneos, latidos tan hondos y vibrantes. Es único este caso de una mujer de ochenta años que se dirige a un amigo de más edad aún, y le habla de sus "deliciosas cartas", de sus "lindísimas letras". "Tus cartas — le dice — son tan cariñosas y zalameras, que me transportan a la época feliz de nuestra edad temprana". Y evoca en seguida, con delección, esa época "en que, empezando por mi querida madre, todos tanto te queríamos y amábamos". De otra carta de Reyes le dice que es "un *bouquet* de exquisito perfume para su fiel amiga, la "china" de aquellos inolvidables tiempos". "No temas — agrega en otra carta — que mi cariño y lo que llamas "exquisita galantería" para tí, puedan cambiar; es decir, mientras me seas fiel y no andes coqueteando con alguna otra prenda, que me quite el lugar predilecto que con tanta picardía me haces creer poseo en tu amistad, y al que me considero con derecho absoluto, no tan sólo por habernos ligado desde nuestros primeros años, sino porque nadie puede quererte más que yo, pícaro mimado".

Otra vez, refiriéndose a una amiga que ha visto y hablado a Reyes, exclama: "Envidio a la que escribió esas líneas, pues ella puede verte y con-

versar contigo, lo que con tanta verdad deseo me permita Dios hacer, y concluir mis días habiendo tenido ese contento, abrazándote con toda la fuerza y sinceridad de la amistad que nos ha ligado desde nuestros primeros años. ¡Oh, Reyes! ¿Podrá tener lugar esto algún día? A nuestra edad ya me parece un imposible”.

Era, en verdad, un imposible; pero la imaginación de Manuelita acercó a Reyes cada vez más a su vida. En sus cartas habla al amigo constantemente: de su casa, de su esposo, de sus hijos, de sus nietos, y le refiere hasta los más mínimos detalles de su vida doméstica. “Mi vida es tan retirada — le dice — que mi sociedad se limita tan sólo a lo que tengo en mi casa, siempre cuidando de mi compañero querido. Mi día fijo de recepción — agrega — es el domingo; pero siempre que vienen amigos entre semana, y me es posible recibirlos, lo hago, con más particular placer si son mis compatriotas, a quienes recibo sin etiqueta y con la urbanidad que tú sabes me es característica. Soy quien maneja esta casa; toda orden doméstica es dada por mí, y llevo mis libros de los gastos, sin ayuda. Por mi carácter, estudio el gusto de todos, y esto, hijito, da también trabajo”.

Le comunica, alborozada, el nacimiento de sus nietos, habla con morosidad de sus gracias, de sus juegos. La primera sonrisa, el primer diente, los primeros balbuceos, los primeros pasos, hacen que

su corazón desborde de ternura. Les enseña a pronunciar el nombre de Reyes, a llamarle papá Reyes, a reconocer su retrato; quiere que los nietos de su amigo le llamen su vieja abuelita; sueña con futuras alianzas de familia; y confía a los pequeños infantes la permanencia en el tiempo de la amistad que une a los abuelos.

Todos estos desbordamientos de ternura revelan los tesoros de sensibilidad que ocultó esta mujer, e inclinan a considerar cuáles debieron ser sus secretos sufrimientos y torturas en los años de la tiranía, cuando, después de marcharse la brillante sociedad de Palermo, extinguidas las luces, y hecho el silencio, cruzaba, como una sombra, con su soledad moral a cuestras, las desiertas salas y los lóbregos corredores donde dormitaban los soldados, los esbirros y los histriones, y, penetrando de puntillas en la habitación en que velaba el dictador, inclinado sobre los legajos de “clasificaciones”, llegaba hasta él, le pedía la bendición, y, al poner sus labios en la pálida frente paterna, sus ojos leían en los hondos surcos, con horror y amor a la vez, las sentencias de muerte que acababa de firmar la impasible mano del déspota.

III

LA IDOLATRÍA FILIAL

La muerte de Rosas no debilitó la idolatría filial de Manuelita. La ausencia eterna del objeto de aquella adoración pareció dar a su afecto mayor abnegación y desinterés. Sus cartas están llenas del recuerdo del muerto. Vigila la memoria del tirano con intrépido fervor. Con el esposo, mantiene vivo el culto del pasado. "No omito esfuerzo, dice, para que mis hijos se impongan de la vida y actos de su ilustre abuelo, el general Rosas". A propósito de una caricatura del "Quijote", de Sojo, que le envía Reyes, en la que se hace alusión a la necesidad de un nuevo Rosas en Buenos Aires, exclama: "Es lástima reconocer la falta que hace Rosas para poner orden en la terrible actualidad". Al coronel Arnold, que ha emprendido la defensa del tirano, le estimula y alienta, como lo haría en un torneo antiguo una dama con su caballero. Habla, en cambio, con amargura, del doctor D'Amico, que, olvidado de los beneficios recibidos, se ha vuelto contra la memoria de Rosas. Escribe, sin fatigarse, a todos los amigos que permanecen leales. El 1.º de año, el día de su santo, el día nefasto de Caseros, su incansable pluma llena pliegos y esquelas. El 3 de Febrero de

1893 exclama: "Día de terribles recuerdos; se cumplen hoy 41 años". Y agrega con amargura: "¡Oh, Reyes! ¿Y estamos hoy mejor que entonces?" Ni una vez olvida el aniversario. El 3 de Febrero de 1891 le dice: "Te escribo en este día, aniversario de tanta fatalidad para nosotros. Quien todo lo dispone, así lo quiso; sigamos sometidos a su divina voluntad". Al año siguiente pone lacónicamente debajo de la fecha: "¡Día inolvidable!"

Cuando Saldías comenzó a escribir la "Historia de la Confederación Argentina", ella siguió con ardiente interés el desarrollo de la obra. Por intermedio de Reyes, escribió copiosamente al autor y le envió documentos y copias; poco después recibió y agasajó al escritor en su casa de Londres y le entregó todo el archivo del general Rosas. Con tal motivo destruyó la versión de la existencia de las "Memorias" del tirano en el archivo de familia.

Otras rectificaciones hizo Manuelita en esa ocasión. Recordó a Reyes que era falso que al partir el general Oribe de Buenos Aires, para emprender la campaña contra Lavalle, ella lo hubiese despedido en carácter oficial. "Mi finado padre, el general Rosas, dice, jamás me hizo desempeñar un rol que no debiese o que ridiculizase, tanto a mí como a él mismo". "Tampoco es cierto que yo tomase parte alguna "oficialmente" en asuntos públicos o políticos, durante la administración de mi lamen-

tado padre, aun cuando creo que hice cuanto me fué dado para desempeñarme en los actos privados y sociales con la dignidad que correspondía a nuestra posición". En otra carta, a propósito de una publicación de "El Diario", de Buenos Aires, titulada "Rosas y Manuelita", insiste en que es "una solemne falsedad, que a la despedida del general Oribe de Buenos Aires, yo pusiese en sus manos las instrucciones para que siguiese la pauta". "Respecto a si con mi hermano, agrega, acompañamos a dicho general a su despedida, no recuerdo si es cierto, pero "sí seguro", que si lo hicimos, sería en carácter de atención y amistad, "no en oficial", pues vuelvo a repetir, con toda verdad, lo que en una carta del 16 de Noviembre: que jamás desempeñé carácter tal en caso alguno".

Interrogada sobre la intervención del doctor Vélez Sársfield en la sentencia de fusilamiento de Camila O'Gorman, episodio que tan terribles recuerdos dejó en la memoria de Antonino Reyes, le escribe el 17 de Agosto de 1892: "Tanto Máximo como yo te aseguramos ser cierto que mi lamentado padre, el general Rosas, escribió a una persona de nuestro país, en Buenos Aires, con motivo de ese mismo asunto, expresando terminantemente que a nadie había pedido consejo, y agregando que de todos los actos de su administración, buenos o malos, era él exclusivamente responsable".

Cuando apareció la obra de Saldías, Manuelita se sintió transportada de entusiasmo. "Realmente, Reyes, esa obra del doctor Saldías es "¡colosal!", escribe; recién estamos leyendo el primer tomo, yo en alta voz para que mi pobre Máximo no pierda el hilo, la comprenda bien y no fatigue su cabeza. Te aseguro que las verídicas referencias a los antecedentes y hechos gloriosos de mi finado padre bien me han conmovido". No se requiere gran fantasía para imaginar el cuadro de aquel interior de otoño londinense, en que la noble anciana, al calor de la chimenea del salón, lee en voz alta a su viejo compañero, a quien la enfermedad ha tornado un poco niño, el libro memorable. "Para que pueda entender bien esa colosal historia, sin perder el hilo, escribe, tengo que leérsela en alta voz, a veces sin parar durante seis u ocho horas; así cuando la toma por sí, puede comprenderla mejor. Ambos estamos encantados con tan grandioso libro; ¿cómo nuestro ilustrado escritor ha podido reunir tanto documento fehaciente, referencias tan fieles? ¡Es realmente admirable! Estamos concluyendo el tomo último, porque mi enfermedad me obligó a suspender la lectura en voz alta, pero Máximo no separa el libro de su lado ni me permite que lo aleje de su vista".

Su entusiasmo es realmente sincero. La apari-

ción del libro ha encendido en ella nuevas energías y ha multiplicado su actividad. Obtiene que los diarios y revistas de Londres se ocupen de la obra; envía el juicio crítico del "South American Journal" y promete otros; propone a Saldías que su hijo, Manuel, traduzca la obra al inglés; llama al autor "nuestro ángel protector"; en todas las cartas, el nombre de Saldías y de su obra, aparecen aureolados por la simpatía, la amistad, la admiración y la gratitud.

Entre tanto, no deja sin contestación los juicios sobre hechos de la tiranía, que reputa injustos, y que llegan hasta ella en libros y diarios. Rectifica diversas afirmaciones de Pelliza y envía a Reyes elementos para la réplica. "La Razón", de Montevideo, ataca a la hija del tirano; otros diarios de Buenos Aires hacen lo mismo; Manuelita da instrucciones a su amigo, y cuando recibe la defensa, estalla en palabras de reconocimiento.

Los juicios apasionados y las palabras ofensivas la sublevan; pero no la encolerizan. El perdón sube a sus labios con estas palabras, que brotan puras y límpidas de su corazón, como brota el agua de la roca virgen: "Son realmente muy malos nuestros enemigos. Yo les perdono sus horribles ofensas y calumnias".

IV

EL CREPÚSCULO

La vejez de Manuelita Rosas se vió entristecida por la enfermedad de su esposo, y la soledad en que la sumió la natural emancipación de sus hijos. Máximo Terrero, herido por un accidente congestivo que le dificultaba el proceso de la ideación y el enlace de las palabras, cayó en profunda melancolía. La esposa se consagró abnegadamente al cuidado del enfermo. Pasaba largas horas junto a él, vigiándole, animándole, leyéndole, procurando llenar el vacío, la confusión y la angustia que sucesivamente se apoderaban de su mente. Manuelita, torturada por la pena, describe el proceso de la enfermedad de su esposo: Máximo está ágil y fuerte; jamás ha gozado mayor fortaleza física; sale a la calle, va al paseo, camina largas horas, pero la palabra rebelde no acude a sus labios, y, a veces, las ideas se confunden y obscurecen en su cerebro. El enfermo se torna melancólico e irritable. La esposa sufre con este espectáculo; le apenan los pequeños caprichos del anciano, su mal humor y sus intemperancias. Hace prodigios de paciencia para no exacerbarlo; calla, sin duda, muchos de sus sufrimientos; pero, a veces, el exceso de ellos le hace exhalar

quejas que hallan eco doloroso en el corazón de su amigo: "Sé que me compadeces y piensas con el alma y entero corazón en tu "china querida", le dice. "Tu párrafo contestando mis desahogos, agrega, es como dictado por tu corazón tan bueno, tan fiel, y que me quiere tanto cual yo necesito sea; me ha hecho mucho bien, porque tus afectuosas y sentidas palabras me han llegado al alma y traídomme un verdadero consuelo. Gracias mil por ellas. Qué no daría por oírlas de tí mismo, de tí, mi fiel, queridísimo Antonino".

A veces busca en los viajes alivio para el enfermo. "Estamos de regreso, escribe, después de haber pasado tres semanas viajando por la afamada Escocia, en constante movimiento, de un lugar a otro, unas veces en coche, en medio de las espléndidas montañas, otras cruzando los bellísimos lagos, en preciosos vapores, y te aseguro, Reyes, que jamás he gozado más en mi vida; mis sentimientos religiosos se elevaban en admiración al ver tan magníficas obras que sólo la mano poderosa del Divino Creador ha podido formar".

Cuando regresan a su casa de Londres, la encuentran fría y sola, pero ella reanima animosamente el fuego del hogar. Los hijos y los nietos traen calor al salón de la casa de Belsize Park, donde las brumas del otoño y las nieves del invierno mantienen en clausura a los ancianos; cuan-

do los hijos parten les parece que la niebla es más espesa y que el fuego no calienta ni alumbra. La pareja ve transcurrir los días entristecida y solitaria. Cuando el hijo Manuel, que es el predilecto, también se va, Manuelita exhala esta queja que parece un arrullo: "sin él, me quedo como un pájaro sin alas".

Apenas vuelven los días de soles largos, parten para la costa del mar. Allí los encuentra el 24 de Mayo, día del cumpleaños de Manuelita. Están solos; sus hijos viajan por Escocia; la esposa de uno de ellos se ha ido a Rusia, llamada por su madre moribunda. "Los dos viejitos lo pasamos solos en la costa del mar, tan solamente acompañados de una antigua sirvienta que hace treinta y tres años que es como un perro fiel para nosotros". En esta melancólica soledad evoca Manuelita los remotos días de su santo, cuando era aun la "niña". "Para mí, ese día, amigo mío, es de recuerdos tan tristes desde que me faltó mi tan amado padre! ¡Pobre tatita!, me festejaba tanto! Todos los años iba con Máximo y mis hijos a festejarme a su lado. Comíamos en el medio del campo; él mismo elegía el lugar que hacía carpir y embanderar. Eran siempre nuestros compañeros en la fiesta el cura de la iglesia católica en Southampton, Mr. Wourf, el doctor Wiblin y su señora. ¡Oh, Reyes! Esos amenos días pasaron para no vol-

ver ya más, y para mí son más valiosos sus recuerdos que los que no puedo dejar de conservar de "aquel tiempo en mi Patria", en que me rodeaba tanta bulla, tanta demostración de cariño, fingido en unos, en otros verdadero".

La anciana se complace en estos recuerdos en medio de su soledad. "Con mi pobre Máximo, escribe, nada de aquellos tiempos olvidamos los dos, pasando muchas horas entretenidos como los viejos soldados que nunca cesan de referir sus campañas"; pero, la melancólica filosofía que le ha enseñado la vida, le hace exclamar luego: "¡Cómo corren los años, amigo querido! ¡Parece imposible la realidad de los muchos que han pasado después de nuestra separación de nuestro país querido!... Si fuésemos a mencionar todos los acontecimientos que han tenido lugar durante ese tiempo, la mayor parte de ellos sólo nos traerían tormento al recordarlos".

Hacia 1891 empieza a sentirse cansada. "Mi cabeza ya no puede mucho, escribe, está muy fatigada; los 74 y las contrariedades de mi vida me han puesto estúpida; además, tanto escribir me trae cansancio". Pocos meses después agrega: "No vivo entre flores, pues de veras mi vejez es muy agitada, bastante molestada, cosa que no esperaba, porque mis proceder y conciencia me hacían confiar en que tendría quietud y descanso, que, a mi edad,

es el mejor cordial". Poco después, se queja de un ataque de neuralgia al lado derecho y al brazo, que la atormenta, y dice amargamente: "así, pues, ya empieza la fiesta en la salud de esta tu amiga, que hasta ahora había sido providencial, sin duda". No puede escribir y tiene que dictar sus cartas: "mi brazo no me permite escribir todavía". Domina el ataque de reuma, pero sale de él débil y entristecida. "Estoy mejor, pero ha sido necesario envolver bien mi cuerpo en ropa interior de lana que antes jamás había usado", dice con desconsuelo. Cuando llega el verano parte para Weymuth en busca de aire y sol. "Los dos viejitos ya necesitamos el cambio de aire en esta estación".

Cada vez se siente más cansada y enferma. Se queja de dolor en la nuca. Máximo también declina y sus ideas se tornan más confusas. La soledad se hace mayor. Los hijos y los nietos están lejos. "Aquí estamos los dos viejitos, solos con la vieja sirvienta". Desde allí lanza este grito de angustia: "estoy tan vieja, que mi cabeza ya sólo sirve para cuidar de mi pobre viejo, quien, sin mí, temo no podría vivir".

La correspondencia se detiene el 31 de Agosto de 1893. Debe suponerse que se han perdido las cartas subsiguientes, o que, manos piadosas, las conservan celosamente. Hay, sin embargo, en el epistolario, una última carta de Manuelita fechada el 18 de Febrero de 1897. Es ésta una carta de tono

grave, como si hubiese sido escrita bajo la impresión de un fúnebre presagio. Trata del envío del sable de San Martín al gobierno argentino, y del pedido de devolución de los bienes confiscados al general Rosas. Manuelita se defiende contra observaciones que le ha hecho su amigo respecto a la forma en que fué enviada a Buenos Aires la histórica reliquia. "No sé cómo he podido escribir esta larga epístola, dice, pues desde Noviembre, a consecuencia de molestias morales, sufro de falta de sueño, y esto me pone muy desalentada, particularmente para escribir, pues siento mi cabeza estúpida. Ten compasión de mí y no me sermonées tanto, considerando que los ochenta están al caer".

Cuando Manuelita envió esta carta, ya había muerto don Antonino Reyes. Este, el 22 de Enero le escribió todavía, pero nada le dijo de su enfermedad. Pocos días después fué sometido a una delicada operación, y el 6 de Febrero falleció serenamente. El 4 de Marzo, Manuelita, impuesta por el doctor Saldías de la muerte de Reyes, escribió a su ahijada, doña Rosario Reyes de Tezanos, para darle el pésame. La carta es breve y lapidaria. "Máximo y yo hemos perdido un amigo de ejemplar lealtad, a quien jamás olvidaremos". Y nada más.

La muerte de Reyes desató el último lazo que la unía al pasado, y ella, también vieja, enferma y entristecida, poco tiempo sobrevivió a su amigo.

Se extinguió dulcemente en Londres, el 17 de Setiembre de 1898, traspuesto ya el umbral de los ochenta y un años. "Mi carácter nunca fué pro-picio a mi felicidad", escribió Manuelita a Reyes en un momento de íntimo abandono. "Yo nací para sufrir por todos y con todos", agregó. Estas palabras, reveladoras del secreto dolor que ocultó la dulce y compasiva sonrisa de la hija del tirano de Buenos Aires, podrían servir de epitafio a la losa que cubre los mortales restos de la "niña de Palermo".

MELCHOR PACHECO Y OBES ⁽¹⁾

I

EL HOMBRE

Cuando se erija la estatua de Melchor Pacheco y Obes será necesario que el artista que la modele erree una figura inquieta, fina y expresiva. "Era de talla baja, y tan sumamente delgado y rubio que parecía un niño", dice su contemporáneo y amigo, don Lorenzo Batlle. Así lo pintó Carbajal en el retrato al óleo que conserva el Museo Histórico de Montevideo. Con su cabellera y su barba de oro, recuerda a los donceles y caballeros con que Ghirlandajo, el maestro de Rafael, pobló los frescos de las iglesias de Florencia. En el basamento de la estatua habrá que colocar los símbolos

(1) La información de este ensayo procede de la tradición doméstica del autor, de algunos documentos originales, de la bibliografía corriente, y, sobre todo, de los apuntes biográficos que escribió el general don Lorenzo Batlle, del estudio que consagró al personaje el ilustre publicista, doctor don Alberto Palomeque y del libro "Vida de Melchor Pacheco y Obes", de que es autor el señor Leogardo Miguel Forterolo, historiador que ha dedicado largos años a investigar los hechos relacionados con la actividad del héroe.

de la patria, de la libertad y del honor, porque el amor a la patria, la pasión de la libertad y el sentimiento del honor fueron las grandes fuerzas morales que movieron a esta intrépida figura.

La patria que amó Pacheco es la que exalta el Himno Nacional:

Orientales, la patria o la tumba.

Es la patria que está en el corazón y en el entendimiento; pero, sobre todo, en el corazón. Él amó con irrefrenable pasión a la pequeña patria que le deparó la Providencia; patria desgarrada por guerras exteriores y luchas intestinas; patria que, a menudo, fué para él potro de tortura, y, constantemente, motivo de tristeza y melancolía.

La libertad por la cual rompió lanzas es también la libertad romántica del Himno:

¡Libertad, libertad, Orientales!

Se embriagó de esta épica libertad hasta sentirse tan poseído de ella que, en un momento solemne de su vida, exclamó: "Soy más que un ciudadano romano, soy un ciudadano de la Libertad".

El sentimiento del honor que llenó el corazón de Pacheco fué estricto, inflexible, terriblemente dinámico. Este sentimiento se manifestó, como en el caballero de la Mancha, con grandes gestos y pala-

bras altisonantes; pero, sobre todo, se exhibió en ese género de actos y acciones en que se juega todo cuanto el hombre puede jugar, incluso la vida.

Había nacido en 1809, cuando aun no estaban definidas las nacionalidades platenses. No se sabe a ciencia cierta si nació en Buenos Aires o en el pago de Paysandú, donde su familia tuvo vastas posesiones. Su padre, don Jorge Pacheco, ejerció allí las funciones de delegado militar y preboste de la Santa Hermandad. Este antiguo hacendado y vecino de la Banda Oriental figura en el cuadro de las milicias coloniales con el grado de capitán. El hijo pintó al padre como "hombre de fuerza hercúlea, de figura gigantesca y singular perspicacia". Pacheco el viejo era, según él, "el tipo de aquel valor caballeresco del mundo antiguo, que atravesó los mares con Colón, Pizarro y Vasco de Gama". También insinuó que don Jorge debió haber sido el jefe de la insurrección oriental, por propia deliberación de Artigas, y que ello no fué así porque, sorprendido en sus dominios de Casa Blanca por los españoles, éstos malograron el pronunciamiento. Otros le han atribuído la invención del "enchalecamiento", suplicio que consistía en encerrar al reo en un cuero de vaca fresco, fuertemente cosido, y ponerlo al sol a fin de que la lenta contracción que se produce en el cuero al secarse, causara la sofocación, el apretamiento y la muerte del supliciado. La esposa fué el polo opuesto de

este carácter. Doña Dionisia Obes, hermana de don Lucas, tuvo la belleza fina y aristocrática de su familia, a la que se atribuye estirpe inglesa y parentesco con el filósofo Hobbes. Esta niña delicada y frágil fué un remanso en la torrentosa vida de don Jorge. El rudo señor, al regresar de sus terribles cacerías de contrabandistas y bandoleros, o de sus épicas luchas con los "jaguaretés" y los toros salvajes, se sentía niño en brazos de aquella mujer que, con sus pálidas manos, le alisaba la rebelde cabellera y enjugaba su sudorosa frente. En el misterio de la vida se fundieron y mezclaron la vibrante sensibilidad y la aptitud sentimental e imaginativa de la madre con la indómita fiera del padre. Así surgió el niño, broto de los dos fuertes linajes, cuya ascendencia se acendró en el crisol de la conquista, la colonia y la Revolución.

Pacheco y Obes vió correr sus tiernos años en Buenos Aires y en Paysandú. En la ciudad sintió el influjo de la tertulia familiar: próceres, militares, sacerdotes, políticos, grandes matronas, que todo ello fueron y siguieron siéndolo sus parientes los Pacheco, los Obes, los Herrera, los Batlle, los Ellauri, los Alvarez, los Gelly, los Ferreira, los Chain, los Blanco, los Stewart, casas todas de estirpe colonial y patricia.

Las largas temporadas que pasó en el campo, lejos de las caricias maternas, dejaron en su espíritu profunda huella. Impresionable y sensitivo,

exaltado por precoces lecturas, como a Chateaubriand, niño, en Comburg, le sobrecogía secreto terror cuando, en la soledad del caserón de Casa Blanca, se veía en presencia de la adusta y recia figura del padre. A veces, don Jorge lo llevaba consigo a las faenas del campo. El niño, en aquellas ocasiones, puesto en contacto con la naturaleza, experimentaba impulsos irresistibles que le hacían lanzar su caballo a la carrera en persecución del ganado fugitivo, para regresar luego al rodeo y permanecer silencioso e inmóvil hasta la hora del regreso.

El doctor don Lucas Obes, hermano de la madre de Pacheco, a quien el niño profesó verdadero afecto filial que aquél retribuyó tiernamente, se encargó de su educación y lo envió, con su hijo Máximo, a Río de Janeiro, al cuidado de don Nicolás de Herrera, casado con otra Obes, a fin de que iniciara en un liceo de aquella corte el estudio de las humanidades. El espectáculo del trópico despertó la imaginación del niño y aguzó en él el sentido de lo pintoresco y de lo magnífico. Este destierro avivó, además, la sensibilidad de Melchor, quien ahogó la nostalgia del hogar embriagándose con lecturas furtivas que dejaron en su espíritu huella perenne. Las "Confesiones" y la "Nueva Heloísa" de Rousseau, y "Atala" de Chateaubriand, leídos en presencia de la esplendorosa naturaleza brasileña, exaltaron su adolescencia y le hicieron caer en una

especie de ardoroso ensueño. Se lanzaba en los días de asueto a los aledaños de la corte, trepaba los maravillosos cerros, se sentaba en los peñascos a escuchar el rumor de las pequeñas fuentes y cascadas, se internaba en los bosques y permanecía largas horas tendido sobre el césped, extático, oyendo el zumbido de los insectos y el canto de las misteriosas aves del trópico, saturado del voluptuoso vaho que brota de la tierra húmeda y caliente, aspirando las capitosas emanaciones de los helechos, las calagualas, las araucarias, las palmeras gigantes, los plátanos lujuriosos, el hipnótico perfume que exhalan las flores de monstruosas corolas, cuyos cálices fabulosos ocultan el sueño y la muerte. Este pequeño René, recuerda a aquel otro que, en la inmensidad de las florestas del norte, iba también de árbol en árbol, de peñasco en peñasco, de fuente en fuente, poseído de la frenética embriaguez del ensueño.

La realidad disipó la quimera del adolescente, que tuvo que regresar a Buenos Aires, con el fin de iniciar allí estudios superiores. El momento era propicio. Las reformas de Rivadavia habían producido una verdadera inquietud espiritual, estimulada por los debates de la Legislatura y del Congreso Constituyente. Pacheco halló tiempo y manera, a pesar de las exigencias de las aulas, para asomarse a las tribunas de la Legislatura que sesionaba, en aquella época, en el antiguo salón del Consulado.

Desde allí se le apareció la Asamblea como el escenario de un teatro y oyó, conmovido hasta las lágrimas, los arrebatos de elocuencia del doctor Agüero, la oratoria académica del Deán Funes, los discursos atildados y elegantes del doctor Gorriti y del doctor López, la palabra afluyente del doctor Valentín Gómez. Vió allí, también, como la vió don Vicente Fidel López, siendo niño, la imponente figura de Rivadavia, engrandecerse, arrebatada por el ardor de la improvisación. En la madurez, Pacheco repetía aun de memoria las cláusulas de los discursos que había oído siendo niño.

Todo aquello quedó flotando en su espíritu, conjuntamente con frases tales como "soberanía popular", "derechos del pueblo", que, aun cuando en aquella edad fueron entendidas a medias, despertaron su instinto de libertad y justicia. Estas mismas frases las volvió a hallar en los libros de la biblioteca de su tío, don Lucas. Tropezó allí con los discursos de la Convención y de la Asamblea Nacional francesa, con la Historia de Grecia y Roma y con la relación de las campañas de Napoleón. Leyó deslumbrado aquellos libros y aprendió de memoria las grandes frases de la antigüedad clásica, los discursos de Mirabeau, los apóstrofes de Dantón y Robespierre, las arengas y proclamas de Bonaparte. Esta literatura encendió su amor a la república y le hizo soñar con futuras empresas cívicas y con la gloria militar.

Los sueños de esta adolescencia inquieta, exacerbada por nuevas lecturas románticas, dejaron en su sensibilidad como un constante fermento que, ora se manifestaba en impulsos de exquisita ternura; ora en frenéticos arrebatos de ciega pasión; ora en verdaderas crisis de extático ensueño; ora en sostenidos períodos de formidable dinamismo. El mismo Batlle precisa esta peculiaridad del carácter de Pacheco cuando dice: "Tenía un temperamento fogoso y apasionado. Cuando nada lo estimulaba era indolente y perezoso, al punto de pasarse los días acostado, somnoliento, o entregado a la lectura; pero, que una ocupación cualquiera lo pusiese en acción, era activo y constante. . . Era tenaz e incansable, a punto de no admitir dilación, removiendo y dominando cualquier inconveniente o resistencia que le embarazase".

La mujer conmovió su corazón en edad temprana. Sus amores fueron romancescos. Se casó en Paysandú, siendo casi niño, luego de un idilio mitad pastoril, mitad guerrero. Fué su novia Manuela Tejera, a quien condujo al altar, ostentando el uniforme de teniente, en una breve tregua de la guerra de la independencia, entre batalla y batalla. Clarines marciales sonaron como fúnebre presagio en la bendición nupcial. Este romance de amor fué apenas un sueño, pues la joven esposa murió muy pronto dejándole un niño a quien

Pacheco dió el nombre de Máximo, que era el de su primo y compañero de estudios y de armas, Máximo Obes.

La vida militar lo sustrajo a la honda tristeza de su prematura viudez. Más tarde, se enamoró en Montevideo de Matilde Stewart, una bellísima mujer que se convirtió en su musa y Dulcinea, y a quien recién logró desposar en 1853, ya en el ocaso de su vida. Los versos que escribió para ella, las cartas que le dirigió, las dedicatorias con que le envió libros y obsequios desbordan honda pasión, exquisita ternura, purísimo afecto, y revelan cómo este hombre supo conservar, a pesar de los terribles episodios que menudearon en su atormentada existencia, la pureza y candor del sentimiento.

Esta aptitud sentimental le hizo amar, compadecer y proteger a los débiles. Los niños fueron el encanto de sus días serenos. Amó tiernamente a su hijo, Máximo, y en todas las circunstancias de su vida a él volvió su pensamiento. A los hijos de su primo, Manuel Herrera, los quería como si fuesen sus propios hijos; jugaba con ellos, les ponía los más festivos apodos, les llamaba jocosamente Coletín Polete, el Hombrecito, Cangalla, doña Cotorontón. En estas y otras ocurrencias desborda el sentimiento de tierna intimidad, la aptitud para experimentar intensamente los goces de la vida de familia, la jovialidad de su carácter, jovialidad sana y sin hiel que él supo conservar intacta y conci-

liarla con los sinsabores cotidianos. En las horas angustiosas del Sitio Grande solía desplegar el ceño para lanzar una frase aguda o simplemente festiva; en el destierro se burlaba de su propia miseria; en 1849, en París, apodaba cariñosamente a su joven secretario, Mariano Ferreira, "Monsieur de la Mariané", y en los días de mortal congoja de su última enfermedad, todavía lograba vencer la tristeza de verse morir en la plenitud de sus años, y retemplaba el ánimo de los suyos con ingeniosas ocurrencias o improvisadas estrofillas.

Pacheco hizo también de la amistad uno de los cultos de su vida. Se dió a sus amigos con tal prodigalidad de afecto que, a menudo, se olvidó de sí mismo. Tuvo para Máximo Obes, para Francisco Tajés, para Jacinto Estibao, para Lorenzo Batlle, para Garibaldi, para César Díaz, para Marcelino Sosa, para Andrés Lamas, para Manuel Herrera, para Juan Carlos Gómez, para Fermín Ferreira, delicadezas de afecto que a menudo llegaron al sacrificio. "Se fué usted, mi querido Juan Carlos, le escribía a Juan Carlos Gómez en el destierro, sin que tuviera el doloroso placer de darle un abrazo, y esto lo sentí, como que perdía en usted uno de los muy pocos amigos que he encontrado en la desgracia". Y al anunciar a su amigo días de paz y de ventura, agregaba: "Cuando este porvenir se realice, usted de vez en cuando tendrá un recuerdo para su desgraciado amigo, ¿no es verdad, mi que-

rido Juan Carlos?" Cuando el coronel Estibao sucumbió en el puesto que él le había señalado al estallar la revolución del 1.º de Abril de 1846, escribió a su viuda para darle el dulce nombre de hermana, puesto que era fraternal el cariño que a él y al esposo muerto los había unido, y para reclamar el derecho y cumplir el deber de velar por los hijos de su amigo.

Por educación y por natural inclinación espiritual, Pacheco se sintió poseído del sentimiento religioso. En la prosperidad y en la adversidad, siempre elevó el pensamiento al Dios de sus padres y le confió los destinos de la patria y la suerte de las personas a quienes amó. Practicó e hizo practicar el culto cristiano como una necesidad del corazón, y como un medio de defensa del orden social. "Mi base esencial en el Gobierno, dijo cierta vez, es la conservación de la Religión del Estado". Su imaginación le tornó, sin embargo, supersticioso. Afirma don Lorenzo Batlle que Pacheco "jamás emprendía cosa de importancia en día martes", y agrega que "le aconteció notar, al salir una vez de su casa para una empresa, que había bajado el umbral con el pie derecho y subió inmediatamente para partir con el izquierdo, porque había leído que un pueblo de la antigüedad tenía la preocupación de que salir con este pie era signo de buena fortuna".

Este hombre tenía que ser pródigo y lo fué en

términos increíbles; fué pródigo de su persona, de su vida, de su fortuna, de su propia pobreza. Cuando se inició el sitio de Montevideo ordenó que fuese desalojada la casa paterna e instaló en ella un hospital; en los días que precedieron y sucedieron a la revolución de Julio de 1853 entregó todo lo suyo y parte del patrimonio de su hermano Manuel a su partido; vendió cuanta cosa de valor había en su casa, incluso los objetos de su uniforme; enajenó sus sueldos futuros; tomó dinero al cuatro por ciento mensual; puso a contribución a todos sus amigos; y sobre estos sacrificios se cimentó el triunvirato de Setiembre.

Este aparente desorden no llegó jamás a perturbar su noción estricta y rígida del deber. En ello fué inflexible; jamás faltó al compromiso contraído ni a la palabra empeñada; no hubo fuerza humana capaz de torcer su conciencia ni de obligarlo a transar con lo que él creía malo o simplemente injusto. En el destierro, su constante preocupación fué que se examinasen las cuentas de su administración ministerial; que sus propios enemigos, constituidos en tribunal, juzgasen su conducta, sus actos, las medidas que tomó bajo el imperio de la ley marcial y de su autoridad, entonces omnímoda.

Nadie tuvo concepto más estricto del honor que él. En esto iguala y aventaja a los héroes de la comedia de capa y espada. El puntillo de honra del drama castellano no halló devoción igual a la

de este intrépido caballero, émulo en esto del andante señor de la Mancha. Acaso, este exagerado concepto del honor fué la fuerza que mantuvo constantemente activo el dinamismo heroico de su vida. Pacheco tenía una deuda pendiente con su juventud. Entonces se había dudado de su valor. Su pálida adolescencia, su poca destreza para montar a caballo, su repugnancia a las costumbres de campamento, disonaban en los primitivos ejércitos de la República. Además, en los corrillos del vivac, se refería una divertida anécdota que don Lorenzo Batlle narra con graciosa ingenuidad. Un día, Pacheco, entonces adolescente, se ofreció a ir a prender en pleno campo al coronel don Bernabé Rivera. Era una temeraria aventura la que emprendía aquel niño contra el bravo león de los desiertos. Pacheco se encaminó al sitio por donde debía pasar Rivera; pero próxima ya el alba, cansado de esperar en vano, se refugió en una casa vecina. Dormía Pacheco cuando penetró en su propia alcoba Bernabé Rivera. El cazador fué esta vez cazado, y el fiero león se contentó, sin embargo, con despedir desdeñosamente a aquel niño rubio; éste regresó al campamento corrido y avergonzado. Entre militares estos episodios no se olvidan. El héroe que palpitaba en la entraña de Pacheco tenía que saldar esta deuda, y la saldó. El honor militar, el honor ciudadano, el honor de la patria, el honor, siempre

el honor, fué su constante preocupación, y por él veló, centinela inflexible, arma al brazo, presto siempre a ser atacado y a defenderse.

Este concepto del honor le hizo llevar el valor hasta la temeridad y el sacrificio. Pacheco perteneció a esa raza de hombres que no temen el dolor ni tiemblan frente a la muerte. Puesto en trance de afrontarla, el héroe fué siempre serenamente hacia ella sin que le flaquease el corazón. Durante el sitio de Montevideo prodigó sin tasa su vida y se le vió a diario exponerse en los puestos de mayor peligro; en la revolución de Abril de 1846, cuando las tropas sublevadas gritaban en la plaza: "¡Muera Pacheco!", a pesar de los ruegos de los suyos, salió solo de su casa, y sin más armas que su espada se abrió paso entre los amotinados que le apuntaban con sus fusiles; así logró llegar al cuartel general.

La literatura llenó buena parte de la vida de Pacheco, y al servir de medio de expresión a su imaginación romancesca, y a los estados de su sensibilidad, contribuyó a definir su carácter y nos legó excelentes materiales psicológicos con que reconstruir la historia de su alma. El heroísmo y el infortunio hicieron de él un actor y un poeta. Se ha dicho que las arengas y proclamas de Napoleón son toda su vida. Lo mismo puede decirse de las proclamas y arengas de Pacheco, si a ellas se agregan sus decretos, sus panfletos, sus cartas, los simples billetes que escribió en el espontáneo abandono

de la intimidad o bajo el implacable acicate de su autoridad. En todos estos documentos humanos se siente la palpitación de su vida.

Como a Bolívar, con quien tuvo grandes analogías de carácter y de temperamento, jamás faltó a Pacheco en el momento supremo de la acción, la palabra inspirada y encendida, la frase lapidaria, el grito de arrebató y pasión. Tuvo en grado sublime la aptitud oratoria y el don de conmover profundamente a quienes le escuchaban. Batlle afirma que fué ésta su facultad más prominente. Juan Carlos Gómez agrega que "era el orador de las masas populares, que sólo encontraría su igual entre los grandes oradores de la antigua Roma o de la América del Norte".

En este espíritu armonioso tenía que haber un poeta y lo hubo realmente. Las humanidades le habían enseñado el secreto de la forma ática; su temperamento, los propios infortunios de su vida y la época en que le tocó vivir, le dieron la materia romántica con que dió color a sus poemas. Éstos están tocados por el romanticismo de los "Consuelos". El poeta aparece en ellos animando la forma clásica con el sentimiento personal que luego otros convirtieron en violento subjetivismo. Los versos de Pacheco, amargados por la consideración de los grandes infortunios y por los grandes dolores del alma, son serenamente melancólicos; hay en ellos como un profundo sentimiento estoico; no pare-

ce sino que la poesía hubiese sido en su tempestuosa vida motivo de quietud y recogimiento.

Tal fué este "personaje intrépido e inacabado", como Sainte Beuve llamó a Armand Carrel. Acaso, sin saberlo ni quererlo, fué un *dandy*. Cuando se le evoca en medio de las inquietudes de su vida, se piensa en Enjolras, en Marius, en un pálido personaje desprendido de "La Barricade" de Delacroix; y alguna vez ha de pintársele así: de pie en lo alto de las trincheras de la Nueva Troya, envuelto en el humo sagrado y empuñando el asta de la bandera de la libertad.

II

LA DICTADURA

Pacheco narra en su autobiografía, cómo se lanzó a la vida pública. "Yo cursaba entonces mis estudios; al conocer la noticia del desembarco de Lavalleja abandoné el colegio, vendí mis libros y mis ropas, y con el producto, compré una montura y un sable, y a ocultas de mi familia, partí y me hice conducir por una barca a la tierra oriental, para ir a reunirme a los libertadores de mi patria". No de otra manera procedían los niños espartanos. Con razón escribió luego estas palabras: "Aun antes de

poder servirme de un arma la tomé para defender la independencia de mi país". Y solamente para ello la tomó entonces y después; las campañas de la independencia y las que hizo contra las reacciones provocadas en el Uruguay por Rosas, y contra los ejércitos invasores del tirano de Buenos Aires, tuvieron para él un significado netamente nacional; en ellas defendió la patria sojuzgada, amenazada o invadida por el extranjero, y con la patria, defendió la libertad, que fué su constante aspiración cívica. En 1849, en París, escribía con profunda sinceridad: "Yo no he asistido jamás a un combate fratricida".

Hizo la campaña de 1825 y asistió a la batalla de Sarandí; partió luego a la campaña del Brasil con el ejército oriental-argentino y se batió en Ituzaingó. Juró la Constitución de 1830, y a ella se mantuvo fiel al producirse las primeras guerras civiles. La segunda invasión rosista, que siguió a la batalla de Arroyo Grande, librada en Diciembre de 1842, le halló en un puesto oscuro: la comandancia militar del departamento de Soriano. Con el parte de la derrota, recibió el texto de la ley de abolición de la esclavitud, y, olvidándose de aquella, mandó echar las campanas a vuelo y escribió: "esto vale más que diez batallas". "Bendito desastre de Arroyo Grande, agregó, pues él nos ha arrancado tal declaración". En seguida reunió a los negros libertos y formó con ellos un

regimiento de honor. Llamó a las armas a todos los hombres hábiles; organizó el pequeño ejército; reunió a las familias en un convoy digno de las emigraciones bíblicas, y con ellas se puso en marcha para incorporarse al ejército del general Rivera. Fué una emigración en masa; la repetición del éxodo artiguista de 1811.

La presencia de aquel oficial obscuro que conducía a su ejército y a su pueblo con la pericia y la dignidad de un general romano, levantó el espíritu de los fugitivos de Arroyo Grande. Pocos días después, el general Rivera revistaba frente a Montevideo sus cuatro mil milicianos, y constituía el Gobierno de la Defensa. Pacheco fué llamado a su seno y se le confió el Ministerio de la Guerra.

Su primer decreto fué una proclama y una terrible amenaza. "La Patria está en peligro; la sangre y el oro de los ciudadanos pertenece a la Patria. Quien niegue a la Patria su oro o su sangre será castigado con la pena de muerte". Estas palabras, este tono, esta literatura oficial, desconocidos hasta entonces, produjeron mágico efecto. Los decretos, las proclamas, las arengas, se sucedieron: breves, conminatorias, terriblemente elocuentes. Aquel hombre fascinaba y aterrorizaba; en sus escritos se mezclaba la belleza y el sentimiento trágico; con el mismo arrebató hablaba de la gloria y de la ignominia, de la vida y de la muerte, y, generalmente, hablaba más de ésta que de aquélla.

La palabra y los gestos de Pacheco tuvieron virtud de creación. Dinero, armas, pólvora, cañones, arreos, uniformes, murallas, trincheras, legiones, aliados, hospitales, cuarteles, escuelas, brotaron de la nada como por arte mágico. Y con la voz y la palabra, el Ministro estaba en todas partes: en los consejos de gobierno, en las murallas, en los combates, en las avanzadas, en los puestos de escucha, en los campos de batalla, en los buques de la escuadrilla, en los templos, en los hospitales de sangre, en las escuelas, en los hogares huérfanos, en las redacciones de los diarios, en los torneos donde se coronaban poetas mientras tronaba el cañón del Sitio.

En tanto el ejército invasor del general Oribe avanzaba sobre Montevideo, las murallas de la ciudad se levantaron como por ensalmo y los viejos cañones castellanos que servían de guardacantones, desenterrados y montados sobre carronadas y cureñas, coronaron las explanadas del recinto. Todos los hombres hábiles de quince a cincuenta años trabajaban en las obras de fortificación y en las maestranzas; hacían ejercicios militares y montaban la guardia en los cuarteles, en las baterías, en los puestos avanzados. Cuando el enemigo saludó a la plaza con sus cañones, ni uno solo de los defensores desertó de su puesto; mientras los hombres vigilaban en las murallas, el arma al brazo, en los hogares, las mujeres cosían ponchos y uniformes y los

niños hacían hilas para los hospitales, y cartuchos y tacos para los fusiles.

Este hombre no se detiene ante nada ni ante nadie cuando se trata de la salvación de la Patria. La ley marcial suspende las garantías individuales; él suspende o limita el derecho de propiedad y las relaciones jurídicas entre las instituciones y los individuos; dispone de los bienes públicos y privados; organiza el trabajo a su antojo; convierte los hogares en talleres donde las mujeres trabajan para el ejército bajo la implacable amenaza del plazo fijo. En esta obra no respeta jerarquías, privilegios ni vinculaciones; niega jurisdicción a la justicia ordinaria; se avoca el conocimiento de las causas; juzga y sentencia en única instancia; invade el fuero eclesiástico; apostrofa y amenaza a los agentes diplomáticos y jefes de escuadra extranjeros; habla de poner grillos a los propios miembros del Gobierno; crea la más extraordinaria dictadura ministerial que haya existido.

Cuando la defensa nacional requiere fondos, los exige en forma conminatoria de los ciudadanos; clasifica a todos de acuerdo con sus bienes de fortuna y les fija de antemano la cuota de contribución; envía notas y circulares que, más que pedidos, son amenazas. Cuando es preciso acuñar moneda, requisita los ornamentos de las iglesias, las vajillas y joyas de las familias, y todo ello va a los crisoles de la Casa de Moneda. Más tarde, fuera ya del

Gobierno, exigirá que se examinen las cuentas de su administración. "Yo he violentado a los ciudadanos para exigirles oro y sangre que aplicar a la defensa de la Patria", exclama, y pide que, para juzgarlo, se forme un tribunal con sus propios enemigos. Antes había declarado que si se probaba que, él, había obtenido ventajas en el Gobierno, consentía en ser declarado infame.

Al Alcalde Ordinario Zás, que entendía en un juicio ejecutivo iniciado a un soldado de la Defensa, le envió esta orden: "Suspenda usted toda diligencia o cobro contra Pedro Asandabart, mientras se halle al servicio de la República". Pacheco halló en Zás un émulo del Alcalde de Zalamea, celoso de su fuero y de la dignidad de la justicia, y entonces lo apostrofó con estas sarcásticas palabras: "No he de permitir que los hombres que se sacrifican por el país, mientras están en esta sagrada ocupación, sean las víctimas en que ensayan su celo los esbirros y corchetes". Al Provisor Eclesiástico que había tomado cierta medida dentro de su natural jurisdicción le objetó la ortodoxia de la misma y lo conminó con duras palabras, sin perjuicio de testimoniar su respeto a la religión del Estado y su acatamiento al dogma.

Las familias de Montevideo recibían esquelas así redactadas: "Se envían diez ponchos a fin de que se sirvan coserlos, debiendo estar prontos para mañana a la tarde en que pasará a retirarlos un

ayudante con escolta, sin que se admitan excusas''. Estas esquelas menudeaban sobre todo en las casas acomodadas, sin excluir las de los más altos funcionarios. La esposa del general Rivera pretendió reservar dos criados esclavos para el servicio de su casa. El Ministro los mandó prender en la misma casa del general y los incorporó a un regimiento de línea. Otro tanto hizo con dos de sus primos que creyeron poder eludir el servicio militar escudados en la amistad y en el vínculo de sangre que los unía a Pacheco.

La organización del ejército de la Defensa tuvo momentos épicos. La entrega de las banderas a los regimientos fué uno de ellos. Pacheco quiso reproducir la escena de la entrega de las águilas imperiales en el campo de Marte, o más bien la distribución de las banderas para la última campaña, después del Acta adicional. Estaban allí: la Guardia Nacional, los regimientos de línea, las legiones extranjeras. Pasó revista al ejército frente al enemigo; se dirigió al altar de la Patria, que había sido erigido al frente de la línea, y donde se hallaban las banderas custodiadas por la guardia de honor, y las distribuyó teatralmente entre los jefes de los regimientos. Al Coronel Batlle, jefe del batallón N.º 1 de Guardias Nacionales, le dijo al entregarle el estandarte: "el depósito de los colores de la Nación hecho al primer Batallón de Guardias Nacionales le impone el deber de alzarlos victoriosos el día

de la pelea''. Al Coronel Labandera, jefe del 1.º de línea, le recordó aquel otro primero de línea sacrificado en Arroyo Grande y le encomendó la misión de vengarlo. Al Comandante Orgán, jefe del cuerpo de libertos, le advirtió que sus soldados eran hombres de casta, emancipados. "Que ellos defiendan con valor de hombres libres bajo esta bandera que amparará su libertad, la independencia de la República que la ha proclamado''. Para todos tuvo una frase inspirada; al jefe de la Legión Argentina, Comandante Albariños, le dijo: "He aquí el pabellón, hijo de aquel vuestro con que juntos marchamos, de victoria en victoria, hasta la cúspide de la inmortalidad''.

Poco después el gobierno de Francia ordenó a sus súbditos que abandonasen la defensa de Montevideo; Pacheco proclamó a los legionarios y los invitó a alistarse bajo la bandera nacional. Formada la nueva legión con los franceses que se despojaron de la escarapela tricolor, dictó un decreto por el cual dió al nuevo cuerpo la derecha en la formación del ejército y él vistió desde entonces el uniforme de los legionarios. Poco después, al entregarle la bandera, arengó a la legión con estas palabras: "Franceses: el día del peligro tendréis la derecha en nuestras filas y de hoy para siempre el primer lugar en nuestros corazones''. Y agregó todavía: "Franceses: nunca fuisteis más dignos de este

nombre que cuando para conservarlo puro os habéis resuelto a no ostentarlo”.

La guerra le tornó implacable. En Mercedes, donde le halló la invasión del general Oribe, al convocar a los hombres a las armas había escrito: “No he de retroceder delante de ninguna medida por terrible que sea. La independencia de la Patria está de por medio; esta palabra lo dice todo”. Al doctor don Salvador del Carril y sus hermanos, que osaron murmurar contra las medidas dictadas, los amenazó con vestirlos de infantes y enviarlos a la línea de vanguardia. A un desertor que fué aprehendido por sus avanzadas, lo mandó fusilar, hizo destruir su casa, y, sobre los escombros levantó este cartel de ignominia: “Esta fué la casa de un traidor; la justicia nacional la ha arrasado”. En Montevideo, cuando fué sorprendido don Benito Baena en comunicación con el enemigo, lo sometió a un consejo de guerra que condenó al acusado a la última pena. Los momentos eran de suprema angustia económica para el Gobierno de la Defensa. Varios ciudadanos ofrecieron al Gobierno 60.000 patacones por la cabeza de Baena, que bien los valía, pues era un vecino de pro. Pacheco se mantuvo inexorable, y contestó a quienes impetraban su piedad: “La vida de un reo no se rescata jamás”. Y Baena fué conducido al patíbulo.

Rosas impuso la guerra sin cuartel. El sistema del terror y de la sangre imperaba en el ejército

sitiador. Pacheco conminó al general Oribe a hacer cesar los fusilamientos y le propuso el canje de prisioneros en una nota que empieza con estas terribles palabras: “Las leyes de la República me prohíben comunicarme con usted en su calidad de traidor”. Oribe no contestó esta nota, y entonces Pacheco dictó un decreto por el que dispuso que fuesen pasados por las armas los individuos del ejército de Rosas aprehendidos y que pertenecieran a la clase de jefe u oficial, “hasta el día en que el enemigo cesara en su práctica de matar a los soldados y oficiales de la República o de los aliados”.

La elocuencia, una sombría y fulgurante elocuencia, le acompañó en todas estas andanzas. A veces, su palabra adquiría el acento de los antiguos augures. Fué al cementerio a despedir a las víctimas de una emboscada del enemigo, y ante los cadáveres bárbaramente mutilados, exclamó como poseído de sagrado furor: “No traigo aquí sino un sentimiento: la ira; un pensamiento: la venganza; una esperanza: la libertad”. Sobre la tumba del coronel Marcelino Sosa, herido por una bala de cañón, clamó también venganza y concluyó llorando como un niño. Luego ordenó que se erigiese un monumento en el sitio en que Sosa cayó herido, dió su nombre al regimiento que comandaba el jefe muerto y dispuso que éste siguiese revistando a perpetuidad y que su puesto no se

llenase jamás. En aquellos momentos le dieron cuenta de que un oficial y dos soldados de la Legión Francesa acababan de pasarse al enemigo; “¡Tres traidores en tres mil hombres!, exclamó, tuvieron más los espartanos que contaron un fugitivo en trescientos”.

Su caída del Ministerio fué teatral como cuadraba a la psicología de Pacheco. Disensiones con el general Paz, quien tuvo que retirarse de Montevideo, y vagas acusaciones de que el Ministro de la Guerra conspiraba dentro de la plaza sitiada prepararon la crisis. En Noviembre de 1844, un desertor brasileño fué incorporado a la Legión Italiana. El almirante Gremfield, jefe de la escuadrilla imperial, exigió la entrega del desertor apoyando con los cañones de sus buques la reclamación. El Ministro Pacheco y Obes se embarcó con Garibaldi en el “28 de Marzo”, pequeño buque de la escuadrilla nacional, cubrió con él la ciudad, izó en el palo mayor la bandera oriental, tocó zafarrancho de combate y ofició al almirante brasileño para decirle que, solamente devolvería el desertor, en caso de que se tratase el asunto como correspondía entre pueblos civilizados y no quedaran vestigios del aparato bélico que tenía a la vista. Mediaron, entre tanto, en el conflicto, el jefe de la Defensa y su Ministro de Relaciones Exteriores, y lo solucionaron con prescindencia del Ministro de la Guerra, quien se mantenía a bordo en actitud ofensiva.

Cuando Pacheco recibió orden del Gobierno de devolver al desertor, envió en el acto a don Joaquín Suárez su dimisión. “Acaba de sancionarse por el Gobierno un acto infame que baldona para siempre el decoro de la República, decía Pacheco en su nota renuncia. Yo no puedo hacer parte de un gobierno cobarde; no quiero compartir la terrible responsabilidad de un hecho que repruebo y es el más sucio que conocen nuestros anales; por eso hago renuncia ante V. E. del Ministerio de la Guerra, del mando del ejército y del empleo de coronel graduado en él”. “Como soldado, no me ha permitido el Gobierno demostrar prácticamente que nuestros cañones no son de papel; como miembro del Gobierno no me ha consultado para una determinación importante”. Y concluía con este rasgo de suprema arrogancia: “No olvide V. E. que un Gobierno que es ultrajado, no es Gobierno. Ojalá mil veces que teniendo este recuerdo, proceda en consecuencia conmigo. Sólo viéndome víctima de un Gobierno cobarde, no me creo completamente lavado de la mancha que deploro”.

Este documento, leído en las trincheras, provocó un principio de sedición que el Gobierno dominó con mano fuerte. Pacheco fué aprehendido, conducido a la fragata “L’Africaine” y desterrado fuera de cabos, donde se le entregaron pliegos que lo acreditaban como plenipotenciario ante la cancillería imperial de Río Janeiro. El proscripto renunció

altivamente la misión diplomática y la pensión que se le ofrecía.

Así llenó sus dos años de dictadura ministerial este hombre extraordinario y así los terminó también con un gesto digno del momento histórico, del escenario y del personaje. "En la posición más elevada, dice él mismo, cuando un inmenso porvenir se abría para mí, cuando no existía un hombre bastante fuerte para derribarme, abandoné el poder, un día que mis colegas en el Gobierno hicieron al extranjero una concesión que yo no conceptué digna". Y así fué efectivamente; cuando todos creían que Pacheco conjuraba a sus compañeros de armas para tomar el mando de la plaza, el oficial que fué a su casa a prenderlo en nombre del Gobierno, lo halló solo, entregado a la lectura de las "Vidas Paralelas" de Plutarco.

III

EL DESTIERRO

Este destierro de Pacheco, apenas interrumpido desde aquella época por breves permanencias en la patria, es profundamente melancólico. El dictador de la víspera vaga de aquí para allá sin hallar asilo, y a veces sin encontrar el pan. Sin embargo, su espíritu no se doblega. "Cuanto más

pobre y desgraciada sea mi posición, escribe, tanto mayor es la altivez de mi alma". "Me conformo con mi destierro, agrega, deseando sólo que mi sacrificio sea fructífero a mi patria y que sea yo la última víctima inmolada en las aras de las animosidades civiles".

La vida en el extranjero es dura para Pacheco. Vigilado, perseguido, son escasas las manos que se le tienden y muchas las que lo rechazan. Para él ya no habrá reposo ni paz en la tierra. En Río Janeiro no hay sitio para el proscrito; la ciudad lo ahoga con su opulencia y tiene que emprender una peregrinación dolorosa. "Dentro de algunos días debo marchar de aquí, escribe melancólicamente a Manuel Herrera, de suerte que no debes escribirme más; cuando la tormenta rompe el árbol, el pájaro busca otro nido". En Santa Catalina se ve obligado a vivir casi oculto. "He estado temblando de verme echado de aquí, escribe, y para evitarlo preciso era evitar cuanto pudiese llamar sobre mí la atención". Después del desastre de India Muerta, asaltado por desconsoladora tristeza, estampa estas palabras: "Mañana marchó al Río Grande para unirme a los tristes restos de nuestro ejército; marchó porque es mi deber, no porque tenga ni esperanzas ni ilusiones. Mi alma está en un estado de abatimiento que tal vez nunca he conocido".

La enfermedad le postra en el destierro. "He

podido por algunos días, escribe, saborear esta idea: morir lejos de los míos; morir en tierra extraña, sin saber si habrá alguien que acompañe mi cadáver". Un amigo piadoso, pero pobre como él, le ha brindado su casa y le presta asistencia. La enfermedad es grave, larga y costosa. Postrado todavía, sin recurso alguno, se encuentra con una deuda que le abrumba. Debe ciento diez y ocho patacones y no sabe de dónde sacarlos. Entonces escribe a Fermín Ferreira y le pide que se los busque en Montevideo vendiendo sus sueldos atrasados a cualquier precio, sacrificando su yesquero de plata, sus alhajas, su puñal. "Si recaigo, exclama, iré al hospital". Y agrega estas terribles palabras: "No sé cómo te he escrito; hoy llevo nueve días sin tomar nada; me han dado once saugrías; tengo un cáustico; he tenido una porción de vómitos de sangre". Y concluye con esta queja: "Nadie ha venido a preguntar si vivo o muero".

Convaleciente todavía se lanza de nuevo a la lucha. El salvador de Montevideo, el héroe de 1843, ha conseguido algunos míseros recursos y monta en Río Janeiro una modesta fábrica de vinagre y allí se pone a trabajar personalmente; pero el infortunio le va a buscar entre sus alambiques. "Estoy explotando una fábrica de vinagre, escribe a Manuel Herrera y Obes, pero ya se me ha reventado un alambique y su pérdida equivaldrá a lo que con buena suerte hubiera ganado en medio año".

El doctor Luis Otero, que lo visitó en 1847 lo describe así: "Lo encontré muy delgado. Está hecho cargo de una fábrica de vinagre que le da poca utilidad, según me manifestó; y por la apariencia de su estado, vive miserablemente y apenas le da para gastos lo que vende".

Este destilador de vinagre bajo el sol del trópico mantiene intacta la admirable unidad de carácter del sujeto. El proscrito es aquel mismo personaje de cabellera y barba dorada que, uniformado de teniente coronel de la República, trabajaba en 1840 en Montevideo, en pleno día, acarreamiento tierra con una carretilla para ganarse el sustento, y que, por la noche, se reunía con Juan Carlos Gómez y Adolfo Berro a leer a Byron y a de Musset. Es también el mismo que al recibir ofertas de dinero que generosamente le hace en el Brasil el General Bentos Gonçalves, le contesta que lo que él desea es trabajar. "Yo podría acarrear ganado para alguna charqueada o estancia", le dice virilmente al magnate brasileño.

Para que nada falte en este capítulo de la expatriación, Pacheco, como Rivera, conoce también la lobreguez de las cárceles imperiales. Un incidente con un compatriota a quien se vió obligado a herir en plena calle de la corte, lo arrojó a la prisión. "Te escribo desde una prisión de Río Janeiro, le dice a su hermano Manuel. Tú dirás que esto es lo que me faltaba en la carrera de mis prosperida-

des, y así es la verdad". "El sufrir un poco más o un poco menos, concluye, ya no puede hacerme mella".

De todas estas tristezas, y de la profunda nostalgia de la patria y de los seres queridos, lo consoló la poesía. Se refugió en ella, y en ella halló la serenidad en medio del dolor. Al partir para su primer destierro, y mirar cómo se perdían en el horizonte las costas de la patria, se despidió de ella como antes lo había hecho Juan Carlos Gómez. Este adiós es una despedida y una confesión. Las primeras cinco estrofas, llenas de viril melancolía, están impregnadas de la serena conformidad con que el héroe acató su destino desde que sintió que su poder vacilaba.

Desprende el ancla el bergantín velero,
Vuelve la espalda a la ciudad querida,
Y tranquilo contempla el marinero
La blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata
Osada cruje la espumante prora;
¡Ay! del que en brazos de fortuna ingrata
Ve de su patria la postrer aurora!

En el mastil un pabellón ondea,
¡Y el desterrado con dolor le mira!
No es el de nueve fajas que flamea,
Amor del libre y del tirano ira!

Cautivo va sobre extranjera nave
A demandar al extranjero: "tierra".

¡Dios a la patria de la mancha lave!
¡Le dé victoria en su gloriosa guerra!

El alma siente estremecer de pena,
Que el llanto embarga su doliente voz;
El hado injusto contempló serena;
¡La abate sólo el angustiado adiós!

La segunda parte tiene mayor sabor psicológico. Pacheco revela en ella que el amor acibaró aun más su destierro. En Montevideo dejó a la mujer que amaba. Este amor de Pacheco fué ingenuamente idílico, tuvo el vivo color romántico de los castos amores de Pablo y Virginia. El héroe se despoja del ruido de sus arneses de guerra y de la pompa de sus arengas, para convertirse en un Bataño enamorado que loa a su amada, describe sus castos encantos y pide al sol, a las estrellas, a las aves, a las flores y a la brisa, que la reverencien y la guarden como preciado tesoro hasta su regreso. Muchas composiciones de este género escribió Pacheco, y todas ellas las reunió en un álbum íntimo que luego ofrendó a la mujer que las había inspirado y que más tarde fué su esposa.

Junto a estas composiciones de sabor amoroso, escribió otras de carácter filosófico, que revelan cuáles eran los pensamientos que lo poseían en el ostracismo. Una visita nocturna al cementerio de Alegrete dejó en su alma indeleble impresión y le inspiró un precioso poema de veintiséis estrofas.

Invita en él a los dichosos a que abandonen la sala de la orgía y se congreguen en el salón de la muerte.

Venid a este salón, a cuya puerta
Malgrado tocaréis en algún día,
Aquí, de los vapores de la orgía,
Vuestra alma libre se verá despierta,

Y es bueno conocer una posada
A que hemos de llegar precisamente,
Ya se marche en carroza refulgente,
Ya arrastrando entre zarzas la pisada.

Agrega el poeta que es útil contemplar lo que queda de lo que nos dió el mundo; así a los que como él están hundidos en el dolor, como a los felices. Es aquél un palacio con artesonados y columnas, y dentro de las tumbas hay riqueza y poder, belleza y gloria; pero todo ello convertido en lodo. Pregunta el poeta si la contemplación de este espectáculo no será un consuelo que Dios permite a los que sufren. Lo es, agrega, el constatar que, gloria, felicidad, poder, vienen a parar en esta nada; que a ella se precipitan el grande y el pequeño, el poderoso y el miserable, sin que haya medio de evitarlo. Nada importa el ataúd fastuoso, el soberbio monumento, el prócer con su grandeza, el rico con su fortuna, el héroe con su gloria.

Todo pasó cual humo disipado,
¡Todo pasó! pero quedó el olvido...

Y, ¿acaso en el sepulcro del mendigo
Un instante ese bien habrá faltado?

He ahí la suprema filosofía que el desterrado obtiene de esta cruel visita al cementerio; pero junto a la filosofía está el consuelo. El poeta concita a los dichosos a que vuelvan al mundo después del tétrico convite; que vuelvan al festín a incensar la fortuna, a adormecerse en el sitial dorado adonde llega la lisonja; que el débil sea hollado, que el mísero gima sin que le alcancen las sobras del banquete, que la espada sojuzgue y esclavice al pueblo y destruya las leyes y la libertad,

Que yo sobre las tumbas, recostado,
De vuestras dichas y poder me río;
En la justicia del Señor confío,
Que sólo el que le ofende es desgraciado.

Seis años después de su caída y expatriación, envuelto en la vorágine del mundo parisiense que ofrecía una tregua a su infortunio, estampaba en un libro íntimo esta página llena de ternura, que revela cómo el pensamiento del proscrito volvía constantemente hacia la patria y hacia los seres que formaban el único embeleso de su vida: "Más de seis años han transcurrido sin que la fatalidad que me aleja de mi patria se haya cansado de perseguirme. Siempre lejos de ella, siempre lejos de lo que amo; parece que es mi destino el de ese ser de imaginación de quien el poeta y la tradición

popular dicen que, a través de los siglos, marcha, marcha... Pero lejos de la patria y de los objetos de mi cariño, mi pensamiento los busca donde quiera... En medio de las tardes contemplo con la vista el espacio, y aunque teniendo a mis pies la capital del mundo civilizado, yo repito los nombres queridos, y lleno de fe pido al Dios de los buenos me dé a mí la parte de infortunio que a ellos estuviera reservada en su breve pasaje por el mundo”.

IV

LA CONQUISTA DE PARÍS

Cuando Melchor Pacheco y Obes regresó de su segundo destierro y se reconcilió con el Gobierno de la Defensa, le fué ofrecida, y aceptó, la misión de ir a abogar ante el Presidente de Francia, Luis Napoleón Bonaparte por la causa de Montevideo y evitar que fuese ratificado el tratado celebrado por el Almirante Leprédour con Rosas, mediante el cual se reconocía al general Oribe Presidente legal de la República del Uruguay, y se convenían los medios de restablecerlo en el gobierno. El ministro oriental se propuso superar sus instrucciones; iba a exigir a Francia el apoyo militar decisivo para imponer a Rosas y Oribe la paz

y el reconocimiento del Gobierno de Montevideo, o el abandono de la ciudad sitiada para que ésta pereciese bajo sus escombros.

Esta misión diplomática es pintoresca y heroica. Cuando Pacheco llegó a París aun estaba vivo el recuerdo de la insurrección de Junio de 1848 y de la sangrienta represión a que dió lugar la dictadura militar del General Cavaignac. Luis Napoleón había sido elegido Presidente de la segunda República y la Asamblea Legislativa estaba en manos de los partidos históricos. Solamente 200 republicanos se sentaban en la asamblea compuesta de 750 representantes del pueblo. El Príncipe-Presidente incubaba, bajo el fuego de la elocuencia republicana, el golpe de Estado y el *senatus consultum*. El Cuerpo Legislativo renovaba los grandes torneos históricos y consagraba sesiones enteras a discutir si el tratamiento de los diputados debía ser el de “señor” o el de “ciudadano”. Thiers resolvió el caso; subió a la tribuna y, dirigiéndose a las derechas, exclamó: “señores”, y luego, volviéndose hacia las izquierdas, agregó: “ciudadanos”. El gran orador estaba en la plenitud; Lamartine, después de su breve pasaje por el gobierno revolucionario, extinguidos los ecos de su discurso sobre la bandera roja, se envolvía en la tristeza de su decadencia política; Montalambert estaba en la expatriación; pero en los escaños de la asamblea se sentaban Berryer, Louis Blanc, Dupin, Ledru Rollin, Cavaignac,

Víctor Hugo, Guizot, Cormenin, Jules Favre, el conde Daru. Fué entonces cuando se inició la lucha entre reaccionarios y republicanos, ante la atenta mirada de las potencias europeas que observaban el singular espectáculo y secretamente intervenían en él. No se necesitaba más para exaltar la ya exaltada imaginación de Pacheco. Tal personaje para tal escenario.

Pacheco llegó el 9 de Agosto de 1849 a Marsella; el 16, por la tarde, la posta lo dejó en París; el 24 mantuvo la primera conferencia con el Ministro de Negocios Extranjeros, Tocqueville, y obtuvo en ella la seguridad de que el tratado Leprédour - Arana no sería ratificado y de que Francia mantendría el subsidio al gobierno de Montevideo. Inglaterra, entre tanto, movía su secreta diplomacia contra la misión Pacheco. Lord Palmerston, olvidado en su animosidad a Montevideo de la tradición de su antecesor, Lord Aberdeen, oponía trabas al reconocimiento de la investidura oficial del enviado de Montevideo. Pacheco venció a la diplomacia de Saint James; el Príncipe - Presidente lo recibió con los honores debidos a su rango y el "Monitor" dió cuenta de la ceremonia oficial. Luis Napoleón prolongó deliberadamente la conversación con el general oriental. "No sólo me acogió perfectamente, escribe Pacheco al Ministro de Relaciones Exteriores, Herrera y Obes, sino que se preocupó con interés y talento de los asuntos de mi misión. Nues-

tra conferencia duró tres cuartos de hora y me dió la casi seguridad de que ese alto funcionario nos será favorable. Sus dos secretarios, que son miembros de la Asamblea, tomarán la palabra en nuestro favor".

La teatralidad acompañó al general en su aventura diplomática de ultramar. Su barba merovingia, su cabellera de oro, su apostura romántica, la aureola heroica que le habían formado sus hazañas, su elocuencia, su uniforme y su séquito un poco "países cálidos"; todo contribuyó al éxito de Pacheco, cuyo nombre se pronunció con curiosidad en París: en las antecámaras del Ministerio de Negocios extranjeros, en los pasillos del Palacio Borbón, en las redacciones de los diarios y en las tertulias literarias.

Instaló su legación en un departamento amueblado de la calle Monsigny, cerca del Pasaje Choiseul, y se lanzó, con la intrepidez y la vehemencia que ponía en todas sus cosas, al torbellino de la vida parisiense. Los círculos políticos, literarios y periodísticos se abrieron a su paso; se vinculó estrechamente a hombres de Estado, escritores, banqueros y gentes del gran mundo; frecuentó los teatros, los cafés de moda, las redacciones de los diarios, los salones en boga, y se hizo un poco el hombre del día. Su presencia despertaba en todas partes curiosidad e interés. Cuando concurría con sus secretarios y ayudantes al paseo de la Plaza

del Carroussel y del jardín de las Tullerías, se le miraba a hurtadillas y se conversaba de él en los corrillos; cuando ocupaba el palco de Dumas en el Teatro de los Italianos, los anteojos de las damas se volvían hacia él; cuando penetraba en el Café Tortoni, su presencia era en seguida advertida y se oía repetir: "C'est le Général de la Plata". Su presencia en el baile del Hotel de Ville, dado en honor del Príncipe Presidente, causó sensación. Luis Napoleón, atraído por la fama del héroe, lo retuvo un instante a su lado y se les vió conversar animadamente. Esa noche se habló en los corrillos del baile: de Montevideo, de los cañones de la conquista española desenterrados por Pacheco para defender la ciudad, de la moneda acuñada con las vajillas y las joyas de las familias orientales, de las batallas dadas por este moderno Héctor a la sombra de las murallas de la Nueva Troya; pero alguien habló también de bárbaras crueldades cometidas por el exótico general en su remota ciudad, y las damas, que lo miraban con secreta simpatía, se estremecieron de horror y creyeron ver en él un pequeño Tiberio indiano. La versión llegó a oídos de Pacheco y éste envió al día siguiente un comunicado a los diarios en el que se refería a las versiones lanzadas en el baile del Hotel de Ville por alguien cuyo nombre no había logrado descubrir. "Declaro de la manera más solemne, terminaba, que

el autor de semejantes aserciones, quienquiera que sea, es un calumniador".

Pacheco, entre tanto, vencía resistencias y animosidades. Se captó la simpatía de Luis Napoleón; la del primer ministro, Barrot; la del canceller Tocqueville; la del Ministro de la Guerra, General D'Haptoul; obtuvo la adhesión a la causa de Montevideo del Ministro de Justicia, Rouher, y reafirmó la del Conde Darú, Presidente de la Comisión parlamentaria de créditos suplementarios de la que dependía el subsidio a Montevideo. Conquistó la amistad de Thiers, de Berryer, de La Roche Jacquelin, de Briffant, de Ferry, del General Brossard; estrechó la que le unía con los almirantes Lainé y Leblanc y sus fogosas requisiciones le valieron la adhesión de casi todos los diputados de la Montaña. Su amistad con Alejandro Dumas llegó a ser fraternal; el gran escritor vió a través de este afecto la epopeya de la Defensa y escribió el precioso librito que inmortalizó a Montevideo. Cuando se despidieron para no volver a verse, Dumas regaló a Pacheco su retrato, un curioso y bello pastel de gusto romántico que hoy posee el Museo de Montevideo. Poco antes, el hijo de Dumas, a raíz de una confidencia sentimental, le había regalado un retrato original de Mlle. Duplessis, la heroína del romance de las Camelias.

Cuando se anunció la discusión de los negocios del Plata en la Asamblea Legislativa la actividad

de Pacheco no halló límites. Tenía que luchar contra el Ministerio, presionado por el embajador inglés Lord Normamby, agente de la política personal de Lord Palmerston, y contra la mayoría de la Asamblea, para la cual Montevideo era una ciudad de indios, negros, aventureros y ladrones. En breves días inundó París de folletos y hojas sueltas, en las que se exponía la verdadera situación del Río de la Plata, se definía el carácter de la tiranía de Rosas y se hacía la defensa de la causa de Montevideo y el proceso del tratado Leprédour. A la vez, los diarios franceses abrieron sus columnas a los remitidos y comunicados de la legación oriental.

Esta campaña periodística estuvo llena de arranques de inspiración, de movimientos dramáticos, de cosas imprevistas. Cuando un diario de París subvencionado por Rosas lanzó la versión de que una compañía inglesa explotaba a Montevideo, Pacheco depositó 50.000 francos en la casa Rothschild e invitó a los detractores a que formasen un tribunal con jueces nombrados por ellos mismos, a fin de probar ante él la falsedad de tal aseveración, y declaró que si no lograba probarlo hasta la evidencia, autorizaba a que esos 50.000 francos se destinasen a obras de beneficencia. Cuando alguien invocó el testimonio de Lord Palmerston contra Montevideo, luego de destruir la afirmación, se burló jocosamente del noble Lord, dijo que los insultos de Su Gracia eran una cobardía y le acusó de sujetar su política

en el Plata a sus intereses personales. Otros injuriaron a la legión francesa. Pacheco se volvió contra ellos lleno de santa indignación, y tuvo este arranque de sublime elocuencia: "una de las cosas que más me honra es llevar el uniforme de la segunda legión de la Guardia Nacional Oriental, el uniforme de la legión francesa". En esta labor su pluma fué superior a la fatiga y el desaliento; según el testimonio de uno de sus secretarios, dictaba en aquellos días a dos copistas, simultáneamente, y, a veces, se interrumpía para dictar en francés a un tercero.

"¿Recuerda usted, pariente, el primer año de la administración de Febrero?, escribía poco después Pacheco al Ministro Herrera y Obes, refiriéndose a estos días de lucha, pues igual, perfectamente igual ha sido mi posición en Francia". Fué así, efectivamente. El hombre de los primeros años de la Defensa había reaparecido en él. Su palabra adquirió en aquellos días el tono y la elocuencia de los decretos y arengas de 1843. A las observaciones del ministro Tocqueville opuso el dilema de la vida con honor, o la muerte. "Montevideo no puede tratar, no puede capitular con Rosas; pero los restos del ejército oriental que defienden a Montevideo pueden romper sus estandartes contra las bayonetas enemigas y sancionar con un noble sacrificio la voluntad del destino".

Jamás las cancillerías escucharon iguales ad-

moniciones, semejantes confidencias, tales gritos de pasión. Insta a Tocqueville, Ministro de Negocios Extranjeros, a que Francia defina su actitud en el Río de la Plata. Invoca para ello el nombre de los ciudadanos que gobiernan en Montevideo y exclama: "Estoy autorizado a declarar solemnemente en su nombre que ellos aceptarán, sin hesitar, su exclusión de los negocios públicos, el hecho ya producido de su propia expatriación, el mismo destierro, si tales sacrificios pueden poner fin a la guerra". Nuevamente recurre ante el Ministro, que esta vez es el General d'Hautpoul, y le dice: "Si juzgáis que Montevideo no representa nada para Francia, abandonadla a sus propios esfuerzos, dejadla buscar en una catástrofe un fin digno de sus antecedentes, digno de una resistencia heroica, que si no ha podido salvarla, debe asegurarle, al menos, la estimación del mundo". Y concluye con esta dolorosa confidencia: "El 24 de este mes expira la suspensión de armas, la hora de los combates de nuevo va a sonar para Montevideo... y yo no me encontraré en medio de los peligros que van a asaltarla, y nada habré obtenido por los intereses de mi patria. General, al insistir para obtener una resolución inmediata sobre los intereses que represento, debo recordaros mi posición personal, y como soldado, vos la comprenderéis mejor que nadie. La fortuna me concedió el sublime honor de fundar la resistencia de Montevideo, y todos mis deberes

de militar y de hombre de honor, me prescriben el encontrarme en las filas, ya bien diezmadas de los defensores de Montevideo, el día en que Montevideo deba sucumbir". Al mismo General d'Hautpoul le dice patéticamente, al referirse al martirio que sufre la ciudad sitiada: "Meditad en esto, General. Que esos sacrificios no den por resultado la caída de mi patria, entre las maldiciones y el odio de los pueblos desgraciados del Plata hacia la Francia misma... Si no podéis salvarnos, dejadnos al menos caer con honor; dejadnos bendecir vuestras intenciones". ¿Hay, acaso, correspondencia diplomática igual a este epistolario oficial del representante del Gobierno de Montevideo en Francia?

Mientras dirigía estas notas a la cancillería, Pacheco estimulaba la noble pasión de Thiers, de Berryer y de Daru por la causa de Montevideo; visitaba, uno por uno, a los miembros de la Asamblea; obtenía formal promesa de los diputados de la Montaña de votar contra el tratado; agregaba treinta votos más a los conseguidos, y hacía tambalear el Ministerio Barrot - Tocqueville, que cayó ruidosamente antes de presentar el tratado a la asamblea.

El nuevo gabinete, presionado por la diplomacia inglesa, se presentó ante la Asamblea con el tratado Leprédour - Arana en el portafolio. La batalla parlamentaria duró tres días. El Conde Daru abrió

el fuego y arrastró a la mayoría con su elocuencia; el Ministro se defendió débilmente; Thiers debió dar el golpe de gracia; pero, al subir a la tribuna el gran orador, el gabinete planteó hábilmente en forma confidencial una casi cuestión de confianza: prometió mantener el apoyo y el subsidio de Francia al gobierno de Montevideo y enviar un nuevo plenipotenciario al Plata, apoyado por una poderosa expedición, con instrucciones para negociar una paz honrosa para la República Oriental. El discurso de Thiers, que debió ser un fogoso alegato en favor de la causa de Montevideo, se convirtió en una oración cordial y sedante, el verdadero *de profundis* del tratado Leprédour.

Si el rechazo del tratado no tuvo el carácter teatral que ambicionaba Pacheco, no por eso fué menor el triunfo del general oriental. Todos le saludaron como vencedor. Sus amigos de la Asamblea le rodearon en los pasillos del Palacio Borbón. El almirante Lainé lo visitó para felicitarlo. El Ministro de Negocios Extranjeros lo llamó para darle seguridades de que Francia no abandonaría al Gobierno de Montevideo. El Ministro Ellauri escribió a Herrera y Obes: "¡Viva la Patria! Montevideo está salvado; nuestra independencia está asegurada; y los sagrados principios que sostenemos, han triunfado".

El tratado Leprédour estaba rechazado; pero Pacheco exigía más. El representante de Montevi-

deo celebró con el canciller una conferencia memorable. El Ministro se quejó a Pacheco de los ataques de la prensa de Montevideo a Francia y a su representante, Mr. Devoize, e hizo una referencia imprudente al subsidio que recibía el Gobierno de la Defensa de su aliado. El general oriental rechazó con dignidad la ingrata alusión; se puso de pie y exclamó: "Señor Ministro, si hubiésemos sospechado que el apoyo de Francia se ofrecía a costa de nuestras leyes, lo habríamos rechazado. Preferimos perecer a aceptar servicios que se nos enrostran para avergonzarnos por haberlos recibido". El canciller dió explicaciones y la entrevista terminó con mutuas protestas de consideración. Francia mantendría el subsidio al Gobierno de Montevideo y enviaría nuevos contingentes de tropas para garantizar la soberanía de la República Oriental.

Además de aliados, Pacheco buscó en Francia y aún fuera de ella dinero y soldados para la Defensa de Montevideo. Pactó diversos empréstitos; abrió en París una oficina de enganche; contrató el embarco de una numerosa expedición de voluntarios que debieron partir al mando del general Brossard; y no cejó hasta que el Gobierno de Francia desbarató sus planes. Fracasada esta gestión pensó en Garibaldi; escribió a Mazzini para pedirle fondos; logró el enganche de centenares de aventureros y la promesa de que la legión Monti que se hallaba en Turquía se embarcaría para Montevideo. Fletó barcos y con-

vino con Garibaldi, a quien citó para entrevistarse en Tánger, que el caudillo italiano iría a ponerse al frente de los expedicionarios. Circunstancias adversas malograron sus planes y Pacheco, que soñó en presentarse frente a Montevideo con una poderosa expedición militar, tuvo que resignarse a volver solo a la plaza sitiada.

A pesar de las seguridades dadas por el Gobierno francés, el almirante Leprédour ajustó nuevas capitulaciones con Rosas. Pacheco voló nuevamente a Francia. En Setiembre de 1850 estaba ya en París. Leprédour había regresado con el nuevo tratado. La diplomacia de Saint James, movía nuevamente la opinión del Gobierno y la prensa de Francia en favor de la ratificación del tratado. Pacheco venció las resistencias que se opusieron a su reconocimiento oficial, conquistó la simpatía del nuevo Ministro de Negocios Extranjeros, Mr. de la Hitte, y obtuvo que el segundo tratado quedase detenido en las carpetas de la Asamblea Legislativa, luego de una empeñada gestión en que planteó nuevamente el dilema de la paz honrosa o la muerte y la apoyó con la renuncia solemne del subsidio de Francia a Montevideo.

Mientras ocurrían estos sucesos en Francia, la diplomacia de Montevideo vencía también a Rosas y a sus aliados. El General Urquiza, Gobernador de Entre Ríos, conquistado por el Ministro de la Defensa, Herrera y Obes, se pronunciaba contra el

tirano y se aliaba al gobierno de Montevideo; el ministro oriental, don Andrés Lamas, obtenía igualmente el pronunciamiento y la alianza del Brasil; las tropas aliadas, convergían sobre Montevideo, el general Oribe se veía obligado a firmar el tratado del 8 de Octubre de 1851 que puso fin al sitio de los nueve años, y poco después, la tiranía de Rosas caía para siempre en el campo de batalla de Caseros.

Pacheco permaneció entre tanto en París, el arma al brazo, en defensa del honor de Montevideo, puesto que ya no era necesaria otra cosa. Montevideo había triunfado sobre Rosas y Oribe, sobre las intervenciones, sobre la diplomacia europea; pero esto no se quería creer en Francia. El diario *La Presse* lo puso en duda, en forma injuriosa para la legación oriental. Pacheco envió los padrinos al redactor en jefe, Emilio de Girardin, y éste se excusó capciosamente. Pacheco lo castigó llamándole públicamente cobarde y acusándolo de peculado. *Le Journal des Débats* y la *Revue des Deux Mondes* calificaron de apócrifos los documentos publicados por la legación oriental; Pacheco, que se pudo batir con Girardin, no quiso hacerlo con Mr. Bertin, el redactor en jefe del *Journal des Débats*; pero exigió algo más. Invocó su investidura pública, recurrió ante la Corte de Assises, llevó ante el jurado popular a Bertin y a los redactores de la revista refundada por Francois Bulloz, y los obligó a retractarse y a pagar las costas del juicio. Aquel triunfo colmó

la inquietud romántica de Pacheco. satisfizo su puntillo de honra, su ambición de justicia y libertad; pero, sobre todo, justificó su misión diplomática.

Bien puede decirse que en aquellos momentos el general oriental se adueñó de París. Había vencido al Ministerio; había vencido a la diplomacia de Saint James y de las Tullerías; había conquistado la Asamblea Legislativa después de conquistar la opinión pública, y ahora conquistaba la justicia francesa e inutilizaba la prensa histórica para sus adversarios, al obtener la condenación del *Journal des Débats*. ¿Puede pedirse más en breves meses de diplomacia a pecho descubierto?

IV

ANTE LA CORTE DE ASSISES

El 14 de Octubre de 1851, después de medio día, la sala de audiencias de la Corte de Assises del departamento del Sena rebosaba de público. Políticos, diplomáticos, generales, literatos, periodistas, gentes del gran mundo, llenaban las tribunas. Presidía la audiencia Mr. Zangiocomi, y asistían a ella el Procurador General, Mr. Mongis, y los miembros del jurado. El general Melchor Pacheco y Obes, Ministro Plenipotenciario de la República Oriental en misión especial ante el gobierno

de Francia, ocupaba el banco de la parte acusadora, acompañado de su ayudante de campo, el capitán Gallardo. Asistía a ambos, como abogado, Mr. Flandin. En el banco de la parte acusada se hallaban el redactor del *Journal des Débats*, Mr. Armand Bertin, uno de los patriarcas del periodismo francés, el redactor y el gerente de la *Revue des Deux Mondes*, Mr. Alexandre Thomas y Mr. L. de Mars. Junto a ellos se sentaban sus abogados, Mr. Chaix-d'Est Ange y Mr. Nogent-Saint-Laurens.

Era espectáculo extraordinario ver a un general de estas remotas tierras de América comparecer ante un tribunal francés, sobre todo cuando ese general era Pacheco y Obes, cuyas aventuras y hazañas habían conquistado la curiosidad del público parisiense. No era espectáculo menos extraordinario ver comparecer como acusado ante la Corte de Assises a Mr. Armand Bertin, "el periodista más universalmente estimado en Francia", como dijo su defensor, el tercero de los Bertin que en el transcurso de medio siglo se sucedía en la dirección del *Journal des Débats*, el gran diario francés fundado en los últimos años del siglo XVIII por su abuelo, Armand Bertin l'Ainé, el conocido modelo del admirable retrato de Ingres, del Louvre.

Pacheco y Obes, invocando su investidura pública, había logrado llevar ante el jurado popular y la Corte de Assises, a los periodistas que tacharon de apócrifos los documentos oficiales publicados en

la prensa francesa por la Legación del Uruguay, relativos al pronunciamiento del general Urquiza contra Rosas, y a la alianza celebrada entre el Gobierno de Montevideo, el Brasil y el mismo general Urquiza con el objeto de llevar la guerra contra el tirano de Buenos Aires. Esos periodistas habían difamado al gobierno de Montevideo, y, por extensión, también se consideraba difamado su representante en París. La ardiente controversia acerca de la cuestión del Plata mantenida en el Parlamento y en la prensa de Francia terminaba así en la sala de audiencias del tribunal del Sena.

El público congregado en la sala se prometía asistir a un episodio movido y pintoresco. Conocía a los actores y sospechaba que el acto iba a ser memorable. El Presidente Zangiacomi, luego de requerir los nombres y calidades de las partes, mandó dar lectura a los artículos del *Journal des Débats* y de la *Revue des Deux Mondes*, considerados por el general Pacheco y Obes como injuriosos para el gobierno de Montevideo y su persona, y luego de obtener el reconocimiento de los mismos por los acusados, invitó a la parte civil a formular su demanda.

Mr. Flandin, abogado del general Pacheco y Obes, sostuvo la acusación: los periodistas llamados ante el jurado popular habían tachado de apócrifos los documentos oficiales emanados de la Legación Oriental; los requerimientos del general Pacheco

para que esa afirmación fuese rectificada habían sido inútiles; los acusados habían reincidido en su actitud, agregando la injuria a la calumnia. La justicia francesa debía amparar en su honor a todos los extranjeros, y muy especialmente a quien, como el general Pacheco y Obes, ostentaba carácter público, pues se trataba de un jefe de misión diplomática reconocido oficialmente por el gobierno de Francia al que se otorgaban las inmunidades y privilegios que el derecho de gentes acuerda a los ministros plenipotenciarios. Mr. Flandin aprovechó la oportunidad para hacer una animada biografía de su defendido y relacionarla con la pintoresca descripción de su país natal y de su historia, y terminó con un hermoso alegato en favor de la Defensa de Montevideo y de los principios que ésta sustentaba.

El abogado de los redactores de la *Revue des Deux Mondes* inició la defensa con un novelesco retrospecto en el que la causa de Montevideo quedó muy mal parada. La ironía, la burla, el sarcasmo y la falsedad histórica fueron sus armas. ¿Qué es Montevideo?, se preguntó Mr. Nogent - Saint - Laurent, y contestó: "Montevideo tiene un gobierno sin fuerza, sin influencia; su ejército está compuesto de hombres de todas las razas y de todas las naciones; sus finanzas son nulas; han sido hipotecadas todas sus rentas y su aduana; han sido vendidas las piedras de sus fortificaciones; sus plazas públicas; su

catedral. Todo eso ha sido vendido a una compañía inglesa; lo que quiere decir que Montevideo ha sido llevado al Monte de Piedad de Inglaterra". De ello dedujo el orador que no era posible tomar en serio ni el gobierno de Montevideo, ni sus prerepresentantes, ni mucho menos sus requerimientos ante la justicia francesa.

El defensor de Mr. Bertin esgrimió las mismas armas que su colega; pero las dirigió contra el acusador. "¿Quién es este general?, se preguntó. Yo lo ignoraba hasta el momento de penetrar en esta sala; acabo de escuchar su biografía hecha por su defensor. ¡Dios mío!, siempre es fácil esbozar una biografía bajo la inspiración del héroe; pero, todo ese panegírico que hemos escuchado, es tan fácil de hacer como difícil de verificar". Y con pérfida ironía agregó: "Os acuerdo todo, no rebajaré nada de vuestra gloria, de vuestros combates, de vuestras victorias, de vuestra generosidad, ilustre defensor de la República del Uruguay. ¿No nos traéis acaso la prueba de todo eso? ¿No os habéis hecho dar un certificado firmado por una docena de generales que comandan ese ejército compuesto de negros, de franceses, de italianos, de naturales del país?" La requisitoria del defensor de Mr. Bertin se prolongó en el mismo tono de burla y sarcasmo haciendo tabla rasa de los hombres y las tradiciones de la Defensa de Montevideo.

Cuando terminó Mr. Chaix-d'Est Ange, la causa

del general Pacheco y Obes parecía perdida. La elocuencia de su abogado y la simpatía con que el público miraba al general oriental habían sido vencidas por la ingeniosa ironía de la defensa. Los jurados se hallaban confundidos ante aquella sucesión de cuadros heroicos y grotescos que habían sido descritos por los oradores, y el auditorio, divertido hasta entonces por la novedad del espectáculo, comenzaba a fatigarse. Además, el sentimiento francés, herido por el abogado del redactor del *Journal des Débats*, despertaba contra aquel exótico general que se había atrevido a llevar ante el jurado al representante más insigne de la prensa parisiense.

Pacheco y Obes se dió cuenta del peligro, y hombre como era de inspiraciones súbitas, se propuso vencer a sus adversarios con un rasgo de intrepidez. Se puso de pie y pidió la palabra. Un movimiento de sorpresa y curiosidad recorrió la sala; el mismo Presidente del Tribunal no pudo sustraerse a él, y con voz que revelaba mal disimulada complacencia, exclamó: "¡Muy bien! Tenéis la palabra".

El general Pacheco y Obes apareció así por primera vez en la tribuna francesa. Esta escena histórica quedó fijada en el relato de la audiencia que insertó el diario *Le Droit*. El redactor anotó "la apostura distinguida y la hermosa y enérgica fisonomía" del acusador. "El general Pacheco y Obes, agrega, vestía frac azul con doble fila de

botones de oro y una insignia en el brazo derecho". El orador tendió la vista sobre la sala y comprendió que aquel gesto le había reconquistado la simpatía del auditorio. Pidió entonces energías a las potencias de su espíritu; tenía que vencer las dificultades que le imponía la improvisación en un idioma que no era el suyo, y, además, tenía que luchar contra la peligrosa elocuencia de sus adversarios y la impresión que ésta había producido en el jurado.

Comenzó su alocución en medio de imponente silencio; nadie se movía en la sala de audiencias. Pidió indulgencia por la dificultad con que iba a expresarse: primero, porque el idioma no le era familiar, y luego, porque era aquélla la primera vez en su vida que comparecía ante un tribunal. Enardecido por la improvisación se lanzó a rectificar las falsedades acogidas por la parte contraria respecto a su país, primero; respecto a su persona, después. "Os habéis burlado de nuestras guerras y batallas y de nuestra pequeñez. Realmente, somos muy pequeños; pero cuando Rosas invadió nuestro territorio, logramos reunir 12.000 combatientes. Hoy nos quedan 5.000, contando entre ellos aquellos que, niños cuando llegó el enemigo, han podido ahora tomar las armas". "Los otros, exclamó con patético acento, han perecido bajo el fuego del enemigo, porque en esas batallas tan pequeñas de que se acaba de hacer burla, se muere, señores; ¿y es que en vuestras grandes batallas se hace otra cosa?". El

acta de la audiencia señala la emoción colectiva acotando este párrafo del discurso con estas dos palabras: "(sensación prolongada)".

"Os burláis de nuestra debilidad y pequeñez, agregó; está bien; pero al hacerlo olvidáis una cosa: ¿os habéis preguntado qué dirá el mundo de vuestro gobierno, que ha consagrado diez años a ese país tan pequeño e insignificante, cuyos asuntos, revoluciones y guerras no pueden excitar más que la sonrisa? Diez años sin lograr imponerle su voluntad; diez años durante los cuales se ha prodigado vuestro dinero, y se han empleado allá vuestras escuadras, y se han enviado allá vuestros mejores diplomáticos".

Se había hablado también con desprecio de las legiones extranjeras de la Defensa, y de un cierto carnicero fallido llamado Thiébaud que, con el título de coronel, firmaba uno de los documentos exhibidos por la parte civil. "Ese ciudadano es un francés, dijo con grave acento Pacheco, y hace ya tiempo que bajó a la tumba. Murió en su puesto, en la pobreza, después de haber rechazado ofertas considerables que el enemigo le hizo para que abandonara nuestras filas... Si era un carnicero y un fallido, eso no se refiere a nosotros". Agregó en seguida que al comenzar el sitio de Montevideo había 18.000 franceses en el Uruguay, de los cuales, 3.400 se alistaron para formar la legión francesa, la cual eligió por jefe al coronel Thiébaud, cuya

memoria acababa de ser injuriada. "Si entre 18.000 franceses que vosotros teníais allá, exclamó, el primero, el más digno, era un fallido, no es a nosotros a quienes alcanza ese reproche. ¡Desdichados de vosotros, señores, desdichados de vosotros! Y no olvidéis que de ese hecho proclamado ante un jurado francés, tomarán nota los pueblos lejanos a los cuales vosotros tenéis necesidad de enviar vuestra población exuberante".

Terminada la defensa de su país, Pacheco volvió sobre la biografía que de él había trazado su defensor. Desdeñó ocuparse de la verificación de los hechos; pero se refirió al documento firmado por los generales de Montevideo, en el que se declaraba la necesidad de su viaje a París. Ese documento había sido irónicamente designado por la parte acusada de "certificado de honor". "¡Yo no tengo necesidad de certificados de honor!", exclamó con grave dignidad, dirigiendo la mirada al banco de los acusados. "Cuando alguien duda del mío es por intermedio de quien duda que yo me hago dar tal certificado".

Cuando Pacheco y Obes terminó su discurso, su causa estaba ganada. El jurado, el tribunal, el ministerio público, el auditorio, hasta la parte contraria se sentían subyugados por el bello espectáculo ofrecido por aquel general sudamericano que de tal manera removía y conmovía el sentimiento fran-

cés. "Gracias a la elocuencia arrebatadora y llena de imágenes del general Pacheco y Obes, dijo un diario francés, la audiencia resultó tan pintoresca y atrayente como jamás lo habían sido las discusiones de los recintos parlamentarios".

El acto concluyó sumariamente; el abogado del general Pacheco duplicó la acusación; el ministerio público pronunció una breve alocución para sostener que los acusados no habían tenido el propósito de atacar ni a la persona ni al honor del ministro oriental, y terminó con estas bellas palabras: "Y bien, deseamos proclamarlo así: si el general Pacheco y Obes ha creído obtener para él y para la causa de su país alguna ventaja de este debate, no se ha engañado. Su actitud está llena de nobleza y de dignidad y su lenguaje vigoroso y coloreado ha dejado advertir, a pesar de las dificultades de la palabra rebelde, pensamientos siempre elevados, verdaderamente nobles, verdaderamente dignos, y, que se nos perdone, verdaderamente franceses. Una sentencia condenatoria no agregaría nada a la buena opinión que llevarán de él, todos aquellos que le han escuchado".

Interrogados en seguida los prevenidos por el tribunal, declararon solemnemente no haberse referido para nada en los escritos acusados al general Pacheco y Obes. El abogado de la parte civil, requerido por el Presidente, dijo que, en vista de la retractación de los acusados, concluía pidiendo

por concepto de daños y perjuicios que aquéllos fuesen condenados al pago de los gastos del juicio. El jurado deliberó más de una hora; el veredicto fué favorable al pedido del abogado del general Pacheco y Obes. La Corte de Assises del Sena condenó a los redactores del *Journal des Débats* y de la *Revue des Deux Mondes* al pago de los gastos del proceso.

Pacheco y Obes abandonó la sala de audiencias en medio de aclamaciones. La víspera del juicio de imprenta había escrito a su gobierno: "Me considero feliz de ser yo quien, en la capital de Francia, pruebe lo que vale el noble título de ciudadano oriental". Y lo probó cumplidamente.

Ya nada le quedó que hacer a Pacheco en París, sino emprender el regreso a Montevideo, que había arrojado los arreos de guerra después de salvar la libertad y los principios de la civilización desconocidos por la tiranía. Antes de regresar tuvo otro rasgo de intrepidez. Se lanzó a los aires en un globo aerostático. El aeronauta fué arrastrado por el viento sobre el cielo de París y de los departamentos del Norte. Después de un peligroso viaje descendió en el puente de Nogent sobre el Marne. Este fué su último gesto en Francia. Pocos días después, al mediar el año 1852, navegaba sobre el Atlántico en demanda de las murallas de la nueva Troya. Héctor, esta vez, había vencido a Aquiles.

VI

EL OCASO

Cuando Pacheco llegó a Montevideo, ya nada quedaba del heroísmo y de la inquietud del Sitio Grande. Los antiguos defensores de la ciudad, y también los sitiadores, enervados por la larga guerra y embriagados por los goces de la paz, se sentían a gusto en el sedante ambiente que había sucedido a los combates. Solamente se hablaba de conciliación, de fusión de los antiguos partidos, de repudio de las divisas, de olvido del largo drama guerrero. Y era tal el olvido, y tan honda la aspiración de paz, que el propio partido de la Defensa había entregado voluntariamente al enemigo las más altas posiciones del Gobierno.

Pacheco no reconoció en aquella ciudad de políticos amables, de diligentes funcionarios, de laboriosos comerciantes, de honestos menestrales, de gente tranquila que se levantaba con el alba y se acostaba al toque de queda, a su ciudad de 1843. Recorrió entristecido sus calles y advirtió que en ellas comenzaban a levantarse modernos y suntuosos edificios; se asomó a lo que antes eran cuarteles, maestranzas, hospitales de sangre y escuelas de guerra, y los vió convertidos en pacíficas viviendas; se dirigió a la línea de fortificaciones

que él y el general Paz habían levantado en los días angustiosos que precedieron al sitio, y halló que las murallas, las trincheras, los fosos, los reducidos, los cañones, ya no estaban allí; tendió la vista a todas partes buscando ansiosamente algo que le recordara la Nueva Troya; nada, nada, todo había desaparecido. ¿Qué había sido de 1843, de los cañones de la conquista desenterrados, de las murallas levantadas como por ensalmo, de las vajillas domésticas fundidas para hacer moneda, de la Guardia Nacional, de las gloriosas banderas distribuidas a los regimientos, de las legiones extranjeras, sus amadas legiones, de la sed de sacrificio, de la fiebre de gloria, de la embriaguez de heroísmo en que había vivido Montevideo los años del sitio?

Volvió entonces los ojos hacia los hombres y se sintió espantado. Un antiguo ministro del Cerrito era Presidente de la República; otro consejero de Oribe era Ministro universal; el Cuerpo Legislativo estaba dominado por los enemigos; solamente quedaban los restos del ejército de la Defensa, diezmado en la campaña de Caseros y enervado por la vida de cuartel. Abrazó con dolor a sus antiguos compañeros de armas: a César Díaz, a Lorenzo Batlle, a Francisco Tajés, a Palleja, a Muñoz, a Solsona, y quiso encender en su pechos el antiguo fuego de la Defensa. Un instante creyó advertir que reaparecía el fervor de 1843 y que iba a reanudarse la lucha entre la libertad y la tiranía. ¡Heroico

espejismo! Pacheco se batía contra molinos de viento. La caída de Rosas había puesto fin al ciclo heroico; los antiguos aliados del tirano, reincorporados al hogar común, ya no eran una amenaza para la libertad.

Pacheco requirió al general Rivera, que permanecía todavía en el destierro, para que viniese a encabezar la reacción defensiva. Mientras llegaba el proscrito, arrastrado por la ilusión que lo poseía, se lanzó a la revolución, depuso al Presidente Giró, organizó con don Venancio Flores el frustrado triunvirato de 1853 y sostuvo con su espada, su pluma y su palabra al exótico gobierno, a la espera de que el general Rivera ocupara su sillón de triunviro. Abrigaba la ilusión de que la presencia del héroe en Montevideo galvanizaría el ardor de sus antiguos compañeros; pero Rivera murió cuando, después de larga y dolorosa proscripción, pisaba las fronteras de la patria.

La muerte del general Rivera llamó a Pacheco a la realidad. Advirtió que con el héroe se extinguía toda una época y se preparaba el advenimiento de nuevos tiempos. Se sintió solo e incomprendido; el escenario se había reducido y el actor apenas podía moverse en él; sus antiguos compañeros comenzaban a vacilar y le miraban con secreto temor. Comprendió recién que él estaba demás y que ya nada le quedaba que hacer. Le cogió entonces la misma secreta angustia que había experimentado en París cuando

conoció la noticia del pronunciamiento de Urquiza, la alianza, y el nombramiento del general Garzón para jefe del ejército nacional. "La influencia del general Urquiza y la presencia del general Garzón en nuestra política es la señal de mi retirada, había escrito en aquella ocasión a un amigo. Yo soy una de las muy pocas individualidades que deben sacrificarse, y a ello estoy dispuesto con la misma abnegación con que siempre me he prestado a todo lo que exige el interés de la patria... Bien considerado todo, estoy resuelto, además, a vivir fuera del país. . En el rincón en que me esconda, esté usted cierto, mi amigo, de que ninguna amargura ha de acompañarme". Abandonó sin vacilar toda posición y buscó en la intimidad del hogar que acababa de reconstruir consuelo a sus decepciones.

Hasta allí lo persiguió la saña de sus enemigos y la indiferencia de sus amigos. Alguien se atrevió a llamarle extranjero y a formular cargos injuriosos contra el héroe de la Defensa. Era lo único que le faltaba para sentirse extraño en la patria y en la sociedad de la que había sido árbitro y señor.

Aquello fué su vaso de cicuta. Desde ese momento resolvió expatriarse para siempre; pero antes, volvió por su honor ultrajado. Emplazó ante el jurado popular al calumniador, y cuando se halló en la sala de audiencias, frente a él, y ante una muchedumbre que esperaba suspensa, se dirigió al tribunal, y exclamó con voz severa y grave en la

que se transparentaba el dolor de que se hallaba poseído: "Hace algunos días me habría presentado ante vosotros pidiendo justicia en nombre de las leyes de mi patria; hoy, menos feliz, invoco su protección, no como ciudadano, sino como "extranjero"; y lo que es más, como un hombre que no ve en el ámbito de la tierra el pueblo a cuyo hogar pueda sentarse diciendo: "estoy en mi casa". Debo al hombre que tengo delante de mí este triste desengaño; de los tiros que se me han dirigido con tanta alevosía, es el de él, el solo que ha llenado su objeto, pues me ha herido profundamente. Entre vosotros recibí niño las maternas caricias; para correr vuestros peligros abandoné la carrera de las letras que seguía con distinción; os había consagrado mi vida; sirviendo siempre con lealtad y con entusiasmo vuestro pabellón, suponía que era el mío, suponía que nadie podría contestar mi derecho al bello título de "oriental". De repente he visto que me engañaba... Una voz me ha llamado "extranjero"; y cuando ninguno en el país se ha presentado a contradecirla, he comprendido que tenía razón el que así me llamaba. La decepción fué terrible; pero he aprendido en el curso de una larga vida cómo se sufre. He sufrido, pues, y he sufrido más al tomar la resolución de entregaros la posición honorífica que me habéis confiado y de abandonar una patria que no podría llamar mía".

Animado luego por el impulso de una de las no-

bles pasiones que movieron su vida moral, agregó en un arranque de sublime elocuencia: "Si esta resolución no ha sido ya llevada a cabo, si todavía el "extranjero" está entre vosotros, es porque cuando todo ha podido daros, no puede ni debe daros el honor. Permanezco entre vosotros para confundir al que se ha atrevido a calumniarme". Y luego de un apasionado alegato en el cual confundió a su adversario, inició su defensa: "¡Ya sabéis que soy el hombre del 43!" exclamó arrebatado por la improvisación, y el hombre del 43 hizo pública confesión de su vida, de sus luchas, de sus sacrificios, de sus glorias, de sus infortunios. Aquello fué su autobiografía y su testamento político. La multitud que llenaba la barra de la sala de audiencias, dominada por el extraordinario espectáculo, aclamó al héroe mientras el jurado condenaba a seis meses de destierro al calumniador.

En el curso de la improvisación, Pacheco había dicho con dignidad y tristeza: "Sabéis que acepto francamente la posición de extranjero que me da ese hombre, y que tengo la resolución de no darle a él ni a nadie el derecho de reprocharme otra vez los honores que me concediera la patria. Sabéis ya que el general Pacheco y Obes os habla en esta calidad por última vez, y debéis saber que él no ha de faltar al compromiso que aquí toma de retirarse de entre vosotros". Aquél fué un bello gesto oratorio que conmovió profundamente a la muche-

dumbre, pero fué también el anuncio de un sacrificio real, de un holocausto romántico en la pira del cual arrojó su propia vida. Pocos días después de este memorable episodio, Pacheco, despojado voluntariamente de su dignidad de general oriental y de sus ejecutorias de ciudadano, abandonaba la patria y se refugiaba en Buenos Aires.

Iba enfermo del alma y del cuerpo. El vaso frágil que encerraba aquel poderoso espíritu estaba quebrado; la pasión de ánimo, que le había cogido en Montevideo, acibararía los días de su último destierro. Al comenzar el mes de Mayo de 1855, apenas un año después de su partida, sus males se acentuaron, y ya no pudo abandonar el lecho. Pacheco se moría de un mal misterioso con el que no acertaba la ciencia. Pájaro de tormenta, necesitaba como el albatros la tempestad para tender las alas. Nacido para la lucha, al faltarle ésta, se moría de nostalgia como el águila salvaje robada a la libertad de sus montañas. El 21, al obscurecer, comenzó la agonía. Ya entrada la noche, el enfermo parecía reposar serenamente. El pálido rostro, orlado por la cabellera y la barba de oro, había adquirido soberana belleza. Tañían las campanas a silencio cuando el moribundo abrió lentamente los ojos, se incorporó en el lecho, se llevó las manos al cuello y con voz apagada murmuró: "No es nada". Dobló en seguida la cabeza, y expiró.

ALEJANDRO MAGARIÑOS
CERVANTES

I

EL POETA

Este poeta y publicista está un poco olvidado; los que conocieron su apogeo, desorientados por la alteración de valores literarios producida en lo que va de nuestro siglo, apenas si hablan de sus poemas y novelas; las nuevas generaciones, que saben mucho, pero que, sin duda, ignoran más, desconocen su obra. Sin embargo, este escritor que cultivó con censurable prodigalidad todos los géneros literarios, ejerció, durante más de medio siglo, indiscutible e indiscutido magisterio intelectual sobre su país. Agreguemos que ejerció este magisterio con singular dignidad y cordial mansedumbre. Fué siempre generoso para sus cofrades y jamás escatimó palabras de estímulo y elogio a los jóvenes que buscaban su consejo, y a los que, sin serlo, procuraban la sombra de su prestigio. Este magisterio fué, por otra parte, cosa real, fundamentada en el consenso pú-

blico y en el juicio que merecieron sus obras a los más ilustres críticos y literatos españoles y americanos de la época; y él supo mantenerlo con tal brillo y decoro, con tan elevado concepto del puesto y de la autoridad adquiridos, y, sobre todo, con tan noble y desinteresado amor a todo lo que significó un movimiento superior del espíritu, que nadie se atrevió a disputárselo. Su vida fué un ejemplo de consagración al trabajo literario; pocos sitieron más profundamente que Magariños esa alta dignidad de las letras que Don Quijote no dejó del todo bien parada en el famoso discurso que echó en la venta ante la reina Micomicoma y demás acompañamiento de mesa.

Magariños Cervantes fué en su país y su época "el poeta" por antonomasia. Él consideró siempre este bello título con religioso respeto. Para darle mayor prez escribió páginas de profusa poesía y de abundante prosa, libros pintorescos, cargados de chirimbolos retóricos y de retazos anecdóticos en que se ven aglutinados los más heterogéneos asuntos. A dejarse llevar por su idealismo juvenil, Magariños habría vestido el traje de los trovadores y se habría lanzado por los caminos con el laúd a la espalda; pero en este poeta había también un hombre saturado de realidad y de sentido práctico que hizo de él lo que debía ser: un poeta ciudadano, un poco vagabundo en la juventud, cuando se dió a recorrer medio planeta y a vivir en las grandes

capitales de Europa y América; verdaderamente "prócer" cuando regresó a la ciudad paterna y en ella restableció sus lares. Nada lo distrajo del culto de las letras: ni la alegre bohemia literaria; ni la política que lo llamó al parlamento; ni el sillón azul de los ministros; ni la alta magistratura que requirió sus luces de jurisconsulto; ni la Universidad que le entregó el aula de derecho político y le eligió Rector; ni la diplomacia que confió a su tacto misiones delicadas; ni la vida de salón que lo reclamó constantemente. Siguió escribiendo en prosa y verso con el mismo entusiasmo de los días juveniles; y ministro, senador, o Rector de la Universidad, se le veía llegar un poco furtivamente a las redacciones de los diarios y dejar en ellas sus colaboraciones líricas, acompañadas de pequeñas e ingeniosas esquelas dirigidas a los redactores, en las que el poeta exageraba siempre la importancia de sus ofrendas literarias. No había en esto vanidad, sino espontáneo movimiento del espíritu; Magariños creía en sí mismo; pero creía con sencillez, sin que ese concepto del propio valer le vedase apreciar el valer de los demás.

En su salón de la vieja casa de la calle Sarandí, como en todas partes, era un gran señor; y lo era con bondad y nobleza de castellana cepa. Su mano fué cordial como su palabra, y su hospitalidad generosa y, a veces, magnífica; en su tertulia las horas se deslizaban veloces y amables; reinaba en

ella soberana la belleza de su hija Sara, que fué la musa doméstica del poeta. Acudían allí políticos y escritores; jóvenes y viejos; antiguos camaradas de los tiempos juveniles; "los highlanders" de las campañas literarias que siguieron al Sitio Grande, como se complacía en llamar jovialmente Magariños a sus compañeros de "El eco de la juventud"; poetas que comenzaban su carrera y buscaban la buena sombra del maestro; periodistas que gustaban de sus relatos y anécdotas; antiguos discípulos del aula de derecho político que no siempre aplicaban en la vida pública los principios de la escuela romántica a que pertenecía Magariños y en la que murió impenitente. Se hacía en el salón música, letras, conversación, tertulia, en fin, de vieja y noble cepa. Estaban allí a mano los libros de la biblioteca del maestro, magnífico repertorio de obras de derecho, de literatura y de historia; sus manuscritos, sus cuadros, los objetos de arte que reunió en sus correrías por el mundo; los muebles de su estudio, de tallada madera; los de su salón, tapizados de antiguas estofas; y, colgados de los muros, los retratos de familia, los Magariños, los Cervantes, los Chorroarín, cuyas figuras hidalgas recordaban los tiempos del coloniaje, los cabildos abiertos y los besamanos del Fuerte.

Magariños Cervantes presidía su salón con dignidad en la que para nada entraba la afectación. La ancianidad había puesto majestad y señorío en

aquel hombre de talla mediana, en cuyo rostro enérgico y varonil, poblado de nevada barba, brillaban intensamente, bajo las pobladas cejas, los ojos oscuros, sobre los cuales se levantaba y huía hacia atrás formando una cúpula perfecta, la ancha frente calva. Plateados cabellos caían sobre sus sienas. La expresión habitualmente solemne de su rostro, solía verse iluminada por la sonrisa, una sonrisa afable y a menudo jovial, porque también este noble espíritu supo cultivar la jovialidad, que es don no concedido a todos. Vestía con espontáneo desaliño la levita, el traje señoril de la época, y toda su persona física y moral tenía cierto parentesco o analogía con la de la generación prócer española que pasó por el aula de don Alberto Lista.

El salón de Magariños, cuyos ecos fueron recogidos por la generación a que pertenezco, fué una verdadera institución histórica a la que están vinculados no menos de treinta años de sociabilidad y de actividad intelectual. En él se disciplinó buena parte del movimiento ateneísta producido durante la dictadura de Latorre, último lampo del romanticismo que hacía entonces su tiempo y que, no obstante las protestas de su patriarea, pronto cayó abatido por las escuelas naturalistas que le dieron tormento y muerte.

II

LOS MAGARIÑOS

Magariños Cervantes nació en Montevideo el 3 de Octubre de 1825 en la casa solariega de sus mayores, "detrás del Fuerte", como decía Juan Carlos Gómez al evocar melancólicamente, desde su voluntario destierro, los tiempos en que, mozo él y adolescente Magariños, solía concurrir al caserón colonial que todavía permanece en pie, a leer versos románticos en la tertulia literaria donde, como a Fontenelle en su época, nadie le discutió el cetro de la conversación y de la elegancia. La casa todavía está en pie, digo, y la verdad es que, al pasar por el sosegado y poético barrio donde muestra, frente a la plaza Zabala, su achaparrada y mísera arquitectura, afeada por las restauraciones que ha sufrido, se la mira con cierta veneración no exenta de tristeza. Fué aquélla la casa solar de don Mateo Magariños y Ballinas, el "rey chiquito", como llamaron a este prócer y potentado de la época colonial sus contemporáneos. Hombre de leyes y un poco de letras; banquero y asentista de la monarquía cuando ya estaba ésta de capa caída en América; político y agitador cuyo liberalismo se concilió con la fidelidad al rey, pero no transó con la burocracia de ultramar, este recio y pintoresco personaje, que había na-

cido en la isla de León en 1765, fué traído por sus padres a Buenos Aires cuando sólo contaba ocho años, y en esta ciudad vistió el uniforme del Real Convictorio Carolino. Es dudoso su doctorado, aunque no el uso del título, pero no hay duda de que fué hombre docto y que en los cabildos abiertos de Montevideo de 1808 y 1810 su dialéctica no fué en zaga a la de Herrera, Elías, Obes y Passo. Don Mateo fué tronco del linaje de los Magariños de Montevideo que dió al país hombres eminentes en la política, la ciencia, las armas y las letras, y aun dejó descendencia en el Perú y en el Ecuador, en una de cuyas ciudades murió después de terminado el drama de la Revolución.

Hijo de este prócer fué el coronel don José María Magariños, hombre de educación europea, discípulo del colegio militar de San Fernando y padre de nuestro poeta don Alejandro. El Cervantes de éste lo hubo de su madre, doña Encarnación, bella andaluza cuyo linaje procedía de la casa de don Miguel de Cervantes Saavedra, como así lo afirma uno de sus descendientes. En la galería de familia de los Magariños figuran también don Francisco de Borja, político, diplomático y funcionario; don Mateo Magariños Cervantes, político y escritor de altos quilates; don Juan Antonio Magariños, político también; don Bernabé Magariños, general de la república; y en generaciones posteriores, Mateo Magariños Solsona, Julio Magariños Roca y Mateo Magariños

Borja, novelistas los tres, cada cual con su carácter y su polaridad literaria personal.

Hay todavía otros Magariños que recordar, y entre ellos aparecen algunas figuras femeninas dignas del romance. Manuelita Magariños, hija del "godo" don Mateo, es una de ellas. Fué, esta delicada niña, novia de don Nicolás de Vedia en los días azarosos que precedieron a la Revolución. Cuando el bizarro oficial partió de Montevideo para unirse a los patriotas se llevó el corazón de Manuelita y dejó el suyo en rehenes. Vino Vedia al segundo sitio al frente de la artillería patriota y sus cañones comenzaron a bombardear la plaza donde aguardaba la enamorada el regreso del novio. ¡Cuántas veces subió Manuelita al mirador de Magariños para contemplar con afán la línea sitiadora, desde la cual Vedia afilaba la puntería de sus piezas! Un día, al final del sitio, se hallaba reunida la familia de Magariños en el comedor de la casa paterna; don Mateo y su esposa, doña Manuela Cerrato y Chorrorín, presidían la mesa patriarcal. Comentaba el "rey chiquito" las últimas noticias de la guerra, cuando sonó la campana de alarma, y una bomba encendida lanzada por los cañones sitiadores penetró en la habitación y fué a herir de muerte a Manuelita. La niña quedó exánime en medio del horror de la familia. Poco tiempo después entraron los patriotas en Montevideo, y Vedia, apenas traspuesto el portón de San Pedro, ajeno a la tragedia, se di-

rigió alegremente a la casa de su novia. Doña Manuela, enlutada y fiera, rechazó los brazos que le tendía Vedia y lo increpó con estas terribles palabras: "¡Usted es el asesino de mi hija!" ¿No es éste, acaso, un bello argumento de novela?

Pues aun podría escribirse otro romance de amor, casto y trágico como el de Manuelita. La protagonista de este otro drama fué otra hija del "rey chiquito": doña Petrona. Conocí a esta ilustre matrona, ya nonageria, cuando la sombra empezaba a hacerse en su espíritu, pero sin obscurecer todavía la memoria de las cosas remotas. A veces, su alma senil despertaba y entonces salían de sus labios marchitos largos parlamentos en prosa y verso del repertorio romántico que había hecho las delicias de su juventud. Guardaba también esta anciana en su memoria el drama de sus primeros amores. Niña convertida apenas en mujer; bella, con esa belleza prócer de las Magariños, había cambiado promesa de casamiento con Pedro Bazán, joven y bravo oficial de la Independencia que ostentaba sobre el pecho los cordones de Ituzaingó. En 1829 este oficial acompañó a don Nicolás de Herrera en la misión que lo llevó al Janeiro para someter al emperador el texto de la Constitución de la República; y fué él quien condujo desde la corte imperial a Montevideo el texto aceptado por don Pedro I. Próximo a unirse con su prometida, el presidente Rivera requirió sus servicios para que acom-

pañase a su hermano don Bernabé en la campaña que en 1832 abrió contra los últimos charrúas. Partió Bazán a la campaña, y después de la acción de Yacaré Curuzú, habiéndose aventurado con su jefe en la persecución de los indígenas, fueron ambos rodeados por éstos y sacrificados a lanzazos. Los restos mortales de Bazán recibieron en Montevideo singulares honores. La tradición, que ha sido rectificada por alguien, pero que por ser legendaria no es menos bella, dice que Petrona Magariños, ante el cadáver de su novio, se despojó de la cabellera y la depositó en el féretro del héroe como ofrenda de su virgen amor. Esta noble mujer, con el correr de los años, unió su vida a la del ilustre patricio doctor don José Gabriel Palomeque, de quien fué compañera amante, abnegada y fiel; pero siempre mantuvo el culto de su amor primero, como lo recuerda su propio hijo, el doctor Alberto Palomeque, quien afirma que su madre conservó hasta su muerte el casco de guerra y un rizo del oficial inmolado en los bosques del Cuareim.

III

LA OBRA

Mucho de esta tradición social y doméstica se refleja en la obra de Alejandro Magariños Cervantes. Creo que es Gastón París quien ha dicho que en la obra de Villon hay todos los elementos de una topografía parisiense. Pues bien; en los libros de Magariños, tanto acaso como en los de Acuña de Figueroa, existen los elementos de una topografía montevideana. Y digo una topografía montevideana, así en lo físico como en lo social y moral. Con este escritor se piensa y se siente como en la época de los miriñaques, de los sombreros de copa y de las capas a lo Montecristo; cuando nos entregamos ingenuamente a la lectura de sus libros, él sabe tomarnos de la mano, conducirnos por las calles de nuestra vieja ciudad y hacernos penetrar en los zaguanes, patios y salas de las casas que ya no existen, donde, al conjuro de su fantasía, se congrega la sociedad que le proclamó su poeta y mentor, que suspiró con sus versos y se conmovió con las escenas de sus romances y novelas.

En años posteriores a la muerte de Magariños acaecida en 1893, digámoslo francamente, en los días que corremos, se ha puesto en tela de juicio el mérito de la obra de este escritor y apenas si se le ha

concedido valor histórico, y cuando más documental de una época y de una cultura literaria casi incipiente. Este criterio es, más que severo, injusto. La obra literaria de Magariños colocada dentro de su marco y de su época, y juzgada con el criterio crítico que corresponde, resulta muy superior al valor que se le atribuye.

La bibliografía de este autor es muy copiosa. Desechada su labor de juriconsulto y de periodista que no halló forma de libro, el estudioso se encuentra frente a muchos volúmenes que encierran poesías, novelas, comedias, páginas de crítica y de historia, etc. Su obra poética comprende el poema "Celiar" y las colecciones líricas "Brisas del Plata", "Horas de Melancolía", "Violetas y Ortigas", "Palmas y Ombúes" y el "Album de poesías uruguayas", antología ésta muy apreciada por los críticos. Sus novelas forman un extenso repertorio; además de "Caramurú", novela de ambiente nacional que es natural complemento de "Celiar", poema de la vida autóctona, escribió y editó "La estrella del Sur", "No hay mal que por bien no venga", "Farsa y contra farsa" y "Veladas de invierno", amén de las publicadas en "El Correo de Ultramar", la "Revista de Ambos Mundos" y otros periódicos europeos y americanos. Su producción dramática logró los honores de las tablas en Madrid, Buenos Aires y Montevideo, y de ella se recuerdan las comedias "Amor y patria", "Un

mártir de la conquista", "Percances matrimoniales", "El rey de los azotes" y "Suicidios y desafíos". Su obra histórica, "Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata", de la cual solamente publicó un volumen, fué muy estimada en su época y lo sigue siendo todavía.

Todo esto lo escribió Magariños en medio de una vida agitada de viajes, largas residencias en el extranjero y lances políticos. En su juventud, vivió varios años en España, donde intimó con los tertulianos del café del Príncipe, hasta llegar a ser algo caudillo entre la inquieta juventud literaria. Vivió también en París, entregado al cultivo de las letras y a la dirección de la "Revista de Ambos Mundos", y luego en Buenos Aires, donde fundó la Biblioteca Americana, con el concurso de Gutiérrez, Domínguez, Cané, Sastre y otros escritores. Fué así Magariños Cervantes, además de autor, verdadero agitador de ideas y propulsor perseverante de la producción literaria del Río de la Plata. La Biblioteca Americana es el esfuerzo editorial y crítico más respetable de los realizados en su época, y mediante él, la posteridad ha podido conocer obras y autores que habrían permanecido inéditos y desconocidos hasta el presente.

Es muy interesante el examen de la obra de Magariños. Como poeta, no es indigno del parnaso español de su tiempo, donde su obra figura dignamente, aun-

que sin gran relieve y, a veces, concedamos esto, con deplorables caídas. Es un romántico de buena cepa que sintió la influencia de los poetas españoles y franceses, pero que se inclinó más al "parnasillo" que a los corifeos de Hernani. Su romanticismo no le impidió imitar con éxito a Quintana y Arriaza, aunque siempre con menos pompa y más escasa retórica que estos modelos. Menéndez y Pelayo dijo de sus versos que suenan bien, que se dejan leer con facilidad y aun con cierto agrado. Como novelista, tampoco tiene nada que envidiar a la mayoría de sus colegas españoles y americanos, entre los cuales gozó excelente fama. Sus novelas, escritas cuando estaba en boga Fernández y González, son episódicas, animadas y pintorescas, pero se echa de menos en ellas el trazado de caracteres. Sus dramas y comedias pertenecen también a esa clase de producción incolora de que fué pródigo el romanticismo español, producción que, sin ser subalterna, no agregó gloria a la literatura del siglo XIX. Por lo que hace al historiador sus títulos y méritos están escudados por el juicio de don Modesto Lafuente, quien analizó prolijamente el "Ensayo histórico político sobre las repúblicas del Plata" y dijo de él que le parecía notable y que descubriría en su autor "las más bellas disposiciones para este ramo importante de la literatura; facultad analítica para examinar, concretar, clasificar y eslabonar los hechos; perspicacia para descubrir las relaciones que los unen, y remon-

tarse hasta su origen; estilo animado y vigoroso, aunque a veces no muy castizo; instrucción y conocimientos históricos; un espíritu de investigación y laboriosidad recomendables; intenciones siempre puras y elevadas que le disculpan a los ojos del lector, cuando éste no está de acuerdo con sus opiniones".

El escritor, por fin, poseyó todas las cualidades y defectos de la escuela literaria a que perteneció. Su literatura es afuente, generosa, y por lo general adquiere el tono oratorio. Sus páginas de prosa y verso son movidas, coloreadas, y no faltan en ellas chispazos de inspiración y rasgos de buen decir. La imaginación y la fantasía, no siempre bien vigiladas por el sentido crítico, priman en la obra, la cual muy a menudo se resiente de exceso de artificio y falta de proporción. Este predominio de la imaginación y la inventiva personal hace que a veces sufra el lenguaje, con perjuicio de la tradición castiza. Recordemos al respecto que fué preocupación literaria de la generación a que perteneció este personaje destruir los vínculos que nos unían, y felizmente nos unen, a la madre patria, y que Esteban Echeverría llegó al extremo, rechazado por Magariños Cervantes y acerbamente criticado por Cánovas del Castillo, de estampar estas palabras: "Destruyamos hasta el idioma de España"; pero, cualesquiera sean los defectos del escritor, se debe reivindicar para Magariños la primacía en el esfuerzo de crear en el Uruguay, con elementos universales, una literatura propia, en medio de cuyas galas

retóricas se ven aparecer escenas, moverse personajes y agitarse ideas, sentimientos y pasiones nuevos en la literatura española. Magariños, como Echeverría en la Argentina, pero con menos numen que el autor de "La cautiva", realizó en "Celiar", en sus poesías americanas "Brisas del Plata" y en la novela "Caramurú" una verdadera tentativa de emancipación literaria que fué muy apreciada por los críticos españoles de la época.

Estos ensayos de Magariños, realizados precisamente en España, llamaron la atención de los escritores más eminentes y atrajeron sobre el entonces joven autor, el interés del público. Ventura de la Vega hizo una crítica muy cordial y entusiasta de "Celiar", en el prólogo que escribió para la primera edición del poema; Eugenio de Ochoa agregó que en él se hallan "descripciones de países que en nada se asemejan a nuestra caduca Europa; caracteres que, en fuerza de ser extraños, parecen imposibles, y sin embargo son reales; costumbres que para nosotros los españoles tienen un interés vivísimo porque son las de una gran porción de nuestros hermanos", y luego hizo caluroso elogio de las bellezas literarias de la obra. Luis Mariano de Larra puso también de relieve el "nacionalismo" de los ensayos de Magariños y comparó a éste, un poco audazmente, con Fenimore Cooper. Cánovas del Castillo señaló la inspiración netamente americana de Magariños y dijo que, apartándose de la tradición de Gar-

cilaso y Herrera, había desenterrado los romances y los cánticos del descubrimiento y los poemas de la conquista, dándole a todo ello colorido local que nada tenía que ver con el estilo de Pulgar, Mendoza o Coloma. "En sus escritos se ve el espíritu de la literatura americana", concluyó el ilustre escritor español. José Zorrilla, además de alabar al poeta, confesó que "Celiar" le había inspirado su leyenda "La rosa de Alejandría"; Emilio Castelar habló también largamente de la obra de Magariños y lo mismo hicieron Amador de los Ríos y otros escritores españoles. Si tales cosas se escribieron en España, otras semejantes escribieron Rafael María Baralt, Juan María Gutiérrez, Juan Carlos Gómez, Sarmiento, Andrés Lamas, Cané y Nicolás Avellaneda, quien anunció que "Celiar" sería colocado en el Parnaso del Río de la Plata, a continuación de "La cautiva", de Echeverría.

En realidad, Magariños, excelentemente dotado para el cultivo de las letras, perseguía un propósito definido que los críticos interpretaron en su verdadero significado. El propio poeta dijo, refiriéndose a su obra: "El pensamiento que predomina en todas mis composiciones poéticas se reduce a buscar nuestra poesía en sus verdaderas fuentes, es decir, ya en el pasado, ya en el presente, ya en el porvenir de América: ora en las maravillas de nuestra espléndida naturaleza inerte y animada, ora en las escenas originales de nuestras estancias y

desiertos". La realización más o menos afortunada de este propósito dió a sus páginas literarias esa nueva sonoridad que sorprendió a sus críticos y en la que creyeron oír, como en las páginas de Cooper, la voz de las montañas, de los ríos y de los bosques de la América virgen. Las descripciones románticas de paisajes, tipos y escenas desconocidos para el público europeo produjeron impresión semejante a la que, guardando las distancias, habían producido Chateaubriand y Cooper al develar con su maravillosa prosa los misterios del mundo americano del Norte.

Junto a Chactás, el personaje fabuloso de "Los Natchez" y a Uncas, "El último mohicano", no pudieron desmerecer ante el público europeo las románticas figuras de Celiar y Caramurú, encarnaciones ambas del gaucho caballeresco que no reconoce señor; que confía la vida, el honor y la libertad, a su valor y a su brazo; que defiende al débil; que castiga al delincuente y al traidor; que lucha contra la naturaleza y contra el invasor de su patria; que ama y es amado; que rapta castamente a la mujer que en él confía; que perdona generosamente las ofensas y es capaz de sacrificar su vida para salvar la de su ofensor. Este gaucho literario, hermano del Lázaro de Ricardo Gutiérrez, vestido con su original indumentaria, señor de su caballo, de sus armas y del desierto; un poco poeta y un poco músico cuando hace gemir la guitarra y canta sus

desventuras; héroe cuando empuña el puñal o la lanza; "pater familias", cuando arraiga por fin en el rancho y funda la familia rural, interesó al público europeo por su carácter, por sus hazañas, por el sentimiento pintoresco que trascendía su figura física, por la pujante fuerza exótica que había en toda su vida.

El gaucho, que recién nos ha conquistado a nosotros con Martín Fierro y con Don Segundo Sombra, al extremo de que su figura ha sido fundida en bronce para que la conozca la posteridad, ya conquistó en aquella época el mundo romántico, donde los melodiosos nombres indígenas de los personajes de Magariños se mezclaron al de Chactas y al de Ojo de Halcón y el Siervo Agil, sus hermanos mayores literarios del Norte.

También la descripción de la naturaleza americana subtropical, con sus onduladas colinas, sus maravillosas praderas, sus grandes y majestuosos ríos, sus bosques vírgenes, su flora y su fauna exóticas interesaron vivamente al público europeo. No fué menos fuerte la impresión que causó la descripción de la vida dramática de la campaña oriental; las escenas primitivas en que el caballo, la lanza, el puñal, el lazo y las boleadoras fueron los elementos que el hombre empleó para imponer su señorío; los cuadros de costumbres con atisbos psicológicos que revelaron que en el desierto del sur, el amor a la patria y a la mujer, la amistad, la lealtad, la abnega-

ción, el honor, fueron fuerzas indomables sobre las cuales se fundamentaron la mentalidad y la sensibilidad de la población rural del país.

No menor interés ofrecieron las novelas de costumbres urbanas en que Magariños fijó el cuadro de la sociabilidad nacional de mediados del siglo XIX; los dramas en que reprodujo páginas de la conquista y de la independencia; la interpretación sociológica que, al estudiar los factores de la civilización de América dió de la tiranía que hizo presa de Buenos Aires y las provincias después de la Revolución.

Magariños Cervantes tiene, pues, en su haber literario e histórico, cuantioso caudal que ha de salvar su nombre del olvido y ha de conquistarle la inmortalidad. Además de su largo y fecundo magisterio que llena más de treinta años de nuestra historia literaria; de su noble función de mentor intelectual, con la que contribuyó al desarrollo de las bellas letras en el país; de su labor de bibliófilo, erudito, editor y crítico; además de su vasta obra en prosa y verso que abarca todos los géneros, este autor ostenta el laurel inmarcesible que le conquistaron en Europa y América sus felices ensayos de "literatura nacional culta", en los que Cánovas del Castillo reconoció "el verdadero espíritu de la literatura americana". A ese espíritu permaneció fiel toda su vida Magariños Cervantes.

Ya en la ancianidad dió a la estampa su última

colección de poesías y la bautizó con este sugestivo título: "Palmas y Ombúes", uniendo así en lírico abrazo dos familias típicas de la flora del país, simbólicas ambas, y las dos vinculadas al folklore nacional. Al servicio de ese exaltado sentimiento nacionalista puso también el poeta sus energías cívicas y a él se debió en buena parte la erección del monumento a la Independencia que se levantó en la plaza de la Florida a pesar del formidable ariete que contra su basamento lanzó desde el ostracismo Juan Carlos Gómez. Las últimas actividades de su espíritu las consagró también a servir ese ideal desde el Senado de la República.

Cuando en su primera juventud Magariños Cervantes resolvió consagrarse al cultivo de las letras, escribió estas palabras, que constituyeron el verdadero programa de su vida: "Creemos que el poeta, y el poeta americano más que ningún otro, tiene una misión eminentemente social que cumplir, si quiere merecer ese honroso dictado. Para conseguirlo debe arrancar de su lira todas las cuerdas profanas, revestirse de dignidad y fortaleza, confiar ciegamente en la Providencia y en los grandes destinos que reserva a la América, no desmayar por los reveses y contratiempos que vengan a entorpecer su marcha; ser moral en su vida pública y privada como nuestro Berro, que exhaló el último suspiro preocupado con la idea de mejorar la condición de su pueblo; aprovechar su inteligencia,

ensanchando la esfera de sus conocimientos, y con este fin dedicarse a estudios severos y de aplicación inmediata a las necesidades de su país, para que si algún día necesita éste sus servicios pueda acudir a su llamamiento y cooperar con sus luces a su bienestar presente y futuro, sosteniendo sus derechos en la prensa, en el foro o en la tribuna”.

El poeta realizó cumplidamente su programa y lo enaltecíó con la limpidez de su vida pública. Su nombre ha de grabarse algún día en la piedra de los fastos cívicos, y su figura de patricio, fundida en bronce, ha de erigirse en la fronda de algún poético rincón de nuestros parques públicos. Las hojas de las palmas abanicarán su pensativa frente; los ombúes lo saludarán de lejos con el movimiento cadencioso de su ramaje; los pájaros revolotearán junto a ella y le ofrendarán sus melodiosos trinos; el agua de un arroyuelo amigo murmurará al pie del pedestal de la estatua, y por éste treparán hasta llegar a las plantas del poeta, los rosales, las glicinas, las madreelvas, las rústicas campanillas, mientras desde el jardín las tímidas violetas le enviarán su perfume, y en la maleza, alguna ortiga se empinará para mirar con amor a quien no desdeñó su humildad ni temió el ardor de sus caricias.

MÁRMOL, POETA DE SU TIEMPO

I

EL OLVIDO DE MÁRMOL

Cuando yo era niño muy a menudo venían a mis labios los apóstrofes de la composición “A Rosas”, de Mármol. A toda mi generación le pasó lo mismo; declamábamos aquellos versos conmovidos hasta las lágrimas; nuestros padres y nuestros abuelos nos habían transmitido el fervor de los días de la Defensa en que por primera vez fueron escuchadas y leídas las terribles estrofas. Cosa parecida nos ocurría con el “Canto a la Libertad” de Juan Carlos Gómez, antecedente inmediato del poema de Mármol. Gómez y Mármol eran entonces para nosotros los dos mayores poetas de la tierra. La adolescencia no entibió la férvida admiración infantil. A los sonoros alejandrinos de la Libertad, sucedieron los melancólicos de la Partida:

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
La tempestad continua que asalta mi bajel?

y a los apóstrofes a Rosas, sucedieron los desmayados versos de "Melancolía":

Llevad en vuestras alas,
oh, brisas de la tarde,
los huérfanos suspiros
de mi secreto amor.

Es un dulce deliquio recordar las ardorosas horas de la adolescencia; a la embriaguez del alma y de los sentidos se mezclaba cierta indefinible tristeza que hallábamos misteriosamente expresada en esta estrofa de Mármol:

Mi amor no es un delirio
de ardiente fantasía,
mi amor está en el alma
con lágrimas y fe;
placer que se confunde
con la melancolía,
corona de jazmines
con hojas de ciprés.

Luego cambiaron las cosas. La juventud, y con ella las copiosas lecturas, nos tornaron versátiles; y olvidamos a Mármol y a Gómez y, ¿por qué no confesarlo?, nos sentimos un poco avergonzados de haber incensado tales ídolos. La revolución literaria nos hizo olvidar a Rosas y a la libertad, y ya no soñamos más que con "princesas tristes", "duquesas de la Fronda", "marquesas de Versalles" (¿por

qué no podrían ser de otra parte?), gavotas y minués que concluyeron por volvernos la cabeza. ¿Quién se hubiera atrevido entonces a oponer a aquello:

Era un aire suave de pausados giros

tan misterioso, tan exquisito, tan sutil, el estentóreo alejandrino de Mármol:

¿De tigres nada dijo la voz del Sinaí?

Cuando nos sentíamos vestidos de casacón de raso y calzón corto, con peluca blanca y chapines, haciendo pausadas reverencias frente a una marquesa Pompadour, ¿era posible que pensáramos en ceñirnos el enlutado frac del Peregrino para repetir aquello que entonces nos parecía de tan mal gusto:

Como hombre, te perdono mi cárcel y cadenas,
Pero, como argentino, las de mi patria no.

Fué preciso echar un velo sobre nuestros primeros amores literarios, y lo echamos; y bien tupido por cierto. Cuando se escriba la historia de aquel momento peculiar en que el romanticismo murió intoxicado por el estilo Luis XV, que, no contento con invadir nuestras salas y alcobas para desterrar de ellas los muebles familiares de jacarandá y caoba y apestartos con sus complicadas curvas y doradas

cornucopias, pobló nuestros poemas de marqueses, abates, parques versallescós, motivos todos de segunda mano tomados de Watteau y Fragonard, será necesario, decía, documentar el sentimiento de pudor, verdadero "respeto humano", como dicen los teólogos, con que mi generación guardó en el arca de los recuerdos la vieja *attrezzeria* romántica.

En el fondo, — no sé si a otros les pasó lo mismo, — yo sentí una gran pena por este olvido, y, sobre todo, por este desdén, impuesto, no solamente por la moda literaria, sino, y en primer término, por el natural progreso de las letras. No era posible, claro está, seguir sintiendo y pensando con Mármol cuando ya nos hallábamos a más de medio siglo del Peregrino. ¿Qué de extrañar es que Mármol sufriese este desvío, si poetas más próximos a nosotros, y muchos de ellos contemporáneos, — y ¡cuán grandes poetas! — fueron víctimas del olvido y el desdén de la juventud literaria de principios del siglo?

Por lo que se refiere a Mármol, yo no olvidé jamás del todo sus versos, y muchas veces, aunque en voz baja, solía repetirlos con secreta simpatía. No es raro, pues, que ya de vuelta de los entusiasmos juveniles, acendrado el juicio e iniciada la revisión de los valores literarios olvidados, haya reanudado mis coloquios con el Peregrino. Estos coloquios tienen secreto encanto. Los versos de Mármol los tenemos impresos en la memoria y también

en el corazón. Además, con Mármol se vive intensamente la época acaso más interesante de la historia del Río de la Plata en lo que se refiere a la sociabilidad, la cultura y las costumbres políticas. Él la describió en su novela "Amalia", y la hizo sentir en los "Cantos del Peregrino", adivinando quizá el interés que iba a despertar en las generaciones futuras "la época de Rosas", que nosotros los orientales precisamos aún más, llamándola "los tiempos de la Guerra Grande".

II

LA EMIGRACIÓN UNITARIA

Mármol fué uno de los ciudadanos de la Defensa de Montevideo y su nombre se inscribirá en el monumento que esta ciudad ha de erigir en el futuro a la preclara memoria de la emigración unitaria argentina. Este monumento es una deuda del corazón. Montevideo está todavía todo lleno del recuerdo de los proscriptos. Cuando se recorren las calles de la ciudad y la imaginación se siente propicia a la evocación del pasado, nos salen al paso, en todas partes, vestigios o huellas de la inquieta vida de aquellos hombres. Hasta hace poco permanecía intacta la casa que habitó el general Paz en

la calle Yaguarón, casi sobre la línea de las fortificaciones del Sitio Grande. Esa casa fué refugio de muchos emigrados; en ella durmieron sobre la tarima del soldado y comieron el pan negro de la tropa, Mármol, Mitre y Echeverría. Se ha ido ya la vieja casa de la calle 25 de Mayo, donde estuvo instalada la botica de Cantilo, que fué centro de la tertulia unitaria, pero aun existe el caserón de la calle Buenos Aires, donde pasó sus últimos años y murió el doctor Agüero, como está en pie la casa de la calle Florida que habitó el general Vedia y donde se casó el entonces capitán de artillería don Bartolomé Mitre. Puede señalarse todavía el solar que ocupó la casa de los Varela en la calle Misiones, en cuya puerta fué asesinado don Florencio una noche de Marzo de 1848; en la calle Maciel, frente a la Iglesia de la Caridad, existe la pequeña casa en que vivió el doctor Cané y donde nació su hijo Miguel; y aquí y allá, tropezamos con la casa del general Rivera, donde habitó el general Lavalle; la de don Valentín Alsina; la de don Vicente Fidel López, donde Lucio Vicente vino al mundo; la del general don Enrique Martínez; la del general Rondeau, próxima a la que ocupó el general don Martín Rodríguez. Además, todas las figuras de aquella emigración nos son conocidas; las vemos moverse sobre el fondo de la tradición doméstica; las hemos sentido vivir en los relatos de nuestros mayores; dejaron huella en nuestras casas; en el afecto de

nuestros abuelos y de nuestros padres; sus retratos están en los álbumes de familia; recordamos su carácter y su vida; son casi nuestros viejos amigos. La historia ha incorporado a su acervo gran parte de la tradición anecdótica de la emigración unitaria. Sabemos cuáles fueron las estrecheces que pasó Esteban Echeverría durante el Sitio; sabemos que Mármol, para ir a recibir el premio en el certamen literario de 1841, tuvo que pedir prestado el frac a uno de sus amigos; conocemos las pintorescas aventuras de Rivera Indarte en sus días de miseria; Mitre nos narró los últimos días del general Rondeau y describió la solemne escena de su muerte; aun existe quien vió al doctor Agüero en los días en que la enfermedad lo mantenía largas horas inmóvil, sumido en imponente y sombrío silencio; todos, por fin, repetimos de memoria los versos de Domínguez:

Ahí estás, Montevideo,
 Extendida sobre el río,
 Como virgen que en estío
 Se ve en el lago nadar.
 La Matriz es tu cabeza,
 Es la Aguada tu guirnalda,
 Blancos techos son tu espalda
 Y es tu cintura, la mar.

Es éste el Montevideo de los emigrados argentinos, el mismo que conoció Sarmiento cuando se

quedó arrobado ante el espectáculo que ofrecía la ciudad con sus casas enjalbegadas de blanco, en cuyas azoteas y miradores las señoritas, peinadas al estilo Luis Felipe, y ostentando vistosos trajes claros a la crinolina, leían novelas o cuchicheaban acerca de lo que pasaba en la calle, sin preocuparse de que un disparo de cañón de los sitiadores viniera a turbar la quietud de las tardes estivales.

Cuando, en 1839, Mármol huyó de la cárcel de Buenos Aires, buscó asilo en Montevideo. Desde la ballenera que lo condujo a ella, la ciudad se le apareció tendida sobre la península, envuelta en la niebla matinal, con sus casas blancas de rectas azoteas y graciosos balaustres, sus esbeltos miradores dominados por las elegantes torres de la Iglesia Matriz y el cimborrio barroco del Convento de San Francisco. En el extremo de la península se alzaban los pardos parapetos del fuerte de San José; al oriente se erguía la fábrica gris de la Ciudadela con sus baluartes y su revellín semi derruídos. Aquí y allá se veían todavía trozos de cortina de la antigua muralla, bastiones, explanadas, cubos y parapetos que, aunque desmantelados y sin bocas de fuego, daban marcial empaque a la que fué otrora plaza fuerte.

En la época de la emigración la figura de Mármol fué familiar a Montevideo. Se le veía a diario recorrer la calle Real, desde la casa del general Paz, junto a las fortificaciones, donde vivía con

otros compañeros de destierro, hasta la redacción de "El Nacional", instalada entonces en la antigua librería de Hernández, en la vieja calle del Portón. El dejó en "Amalia" una descripción pintoresca y animada del Montevideo de 1840, cuando la ciudad dormía "bajo la acción del beleño de una transitoria pero halagüeña felicidad". Eran los días que sucedieron a la victoria de Cagancha, antes de que el desastre de Arroyo Grande despertase a la ciudad de su sopor. Tiempos felices de la capa y la esclavina, de las rejas floridas y de los faroles de aceite. Los *dandyes* de la vieja calle del Cabildo, perseguidos por la tiranía, habían traspuesto el Plata. No existía aquí el café Tortoní, pero teníamos el café de don Antonio, próximo a las tapias del convento de San Francisco. Allí se reunían los emigrados y fué allí donde Daniel Bello, el héroe de la novela de Mármol, encontró a Alberdi, a Gutiérrez y a Echeverría, antes de celebrar la dramática entrevista con Florencio Varela y el doctor Agüero.

Mármol vivió en Montevideo sus mejores años. Aquí amó y sufrió; aquí ofrendó su sangre y sus ideas a la causa de la libertad; aquí balbuceó sus primeros versos mientras afilaba la pluma contra la tiranía. Casi toda su obra literaria está fechada en Montevideo; los mejores Cantos del Peregrino, aquí fueron escritos e impresos, y también aquí lo fueron sus poesías líricas. Fué en esta ciudad donde ciñó su frente con el laurel de los poetas en el certamen literario de Mayo de 1841. Su famosa compo-

sición a Rosas está fechada en Montevideo, el 25 de Mayo de 1843, y, por fin, su novela "Amalia" también lleva al pie, junto al año 1851, el nombre de esta ciudad. Cuando llegó la hora del regreso a los patrios lares, donde lo reclamaba la obra de reconstrucción social y política que se edificó sobre los escombros de la tiranía, se despidió de Montevideo rebotante de gratitud y amor.

Adiós voluptuosa coqueta del Plata,
De en medio las ondas te envío mi adiós,
El alma que abrigo jamás será ingrata,
Y pues fuí dichoso, bendígate Dios.

III

EL PEREGRINO Y SUS CANTOS

Claro que esto no es del mejor gusto literario ni de la más acabada técnica; pero, junto a ello, Mármol escribió composiciones bellísimas que no han de pasar. El poeta fué desigual, desaliñado, incorrecto; mas fué poeta, y poeta como se era en aquella época en que esta palabra fué el signo de una idea y una imagen bien definidas. Lo vemos así como a Childe Harold, de pie en la proa de la nave, entregada la cabellera a los vientos que azotan su frente donde la fatalidad ha dejado el sello de los

predestinados al dolor. La muerte en el alma, la amargura en el corazón, va el Peregrino sobre las olas desafiando las borrascas del trópico y los peligros de los mares polares. Ante sus ojos se desarrolla el magnífico espectáculo de la naturaleza: las infinitas aguas, las playas serenas, las hoscas costas acantiladas, la vegetación ecuatorial, las nieves eternas del polo. Claman los vientos y las tempestades o se hace el solemne silencio de las noches del mar, en que las aguas parecen muertas y las constelaciones se encienden con inusitado brillo. La proa de la nave del Peregrino surca las aguas que bañan las riberas de extraños países; a veces, aparecen en el horizonte las playas nativas, pero si el corazón del proscrito apresura sus latidos y las lágrimas acuden a sus ojos, de sus labios brotan palabras de amargura y desesperación, terribles anatemas que hinchan las octavas reales y las hacen estallar como petardos.

¿Por qué sufre este hombre? Es un proscrito. En su patria, donde la tiranía impera, padeció hie- rros y prisiones por hablar de libertad; su cabeza vaciló sobre los hombros; tuvo que huir abandonando todo: patria, familia, afectos; y ahora el mundo es estrecho a su dolor y al sentimiento de venganza que arde en su corazón; pero el dolor del desterrado tiene, como los torrentes, sus esteros, donde el agua se calma y espeja y deja ver el fondo del cauce. Entonces la melancolía invade sere-

namente el alma del Peregrino y acalla en ella los rugidos de indignación y dolor para dejar espacio a la queja, al dulce plañido, a la honda nostalgia, a la evocación suplicante del pasado. Si Mármol es el poeta de la maldición, como dijo Sarmiento, también es el poeta de la intimidad, del amor entristecido por la ausencia, de la melancolía de los recuerdos. Sus versos líricos son los que con mayor color expresan ese sentimiento romántico, desmayado y tétrico de 1840, que, más que imitación o reflejo del romanticismo europeo, como se ha dicho, fué expresión genuina del estado de alma que la tiranía, con sus crímenes y proscripciones, creó en la juventud de la época que fué su presa preferida.

La obra literaria de Mármol no es de mera imitación como pudiera sospecharse. Cierto que aquí y allá asoman en sus versos las influencias de sus lecturas. Byron y Espronceda, sobre todo, fueron demasiado familiares al poeta y de ellos tomó el tono y a veces la forma de dición; pero, dentro de ello, hay un impulso lírico personal que se sostiene y en muchas ocasiones se engrandece hasta llegar a la perfecta originalidad. Su manoseada filípica lírica contra Rosas tiene arranques y movimientos que no son indignos de los mejores poetas de todos los tiempos que manejaron el apóstrofe y el anatema. Donde más se advierte este impulso sin desmayo es en los "Cantos del Peregrino", de los cuales dijo Sarmiento, en 1846, "que es el raudal

de poesía más brillante de pedrería que hasta hoy ha producido la América". Sarmiento comparó a Mármol con los grandes poetas de su tiempo, y al evocar la lectura de los Cantos, hecha en Río Janeiro, agregó todavía: "Imposible seguir aquel torrente de pensamientos y de imágenes que van cayendo y levantándose como el agua que desciende de las alturas de los Andes; la imaginación se fatiga al fin con el relampaguear de las figuras y de las comparaciones, que revisten de un empedrado reluciente aun los pensamientos más comunes". Florencio Varela hizo un juicio crítico más detenido y hondo del famoso canto XII del Peregrino. Reconoció las extraordinarias dotes poéticas de Mármol y acordó a su poema valor filosófico y social, no inferior al estético. Además, descubrió en Mármol un rasgo verdaderamente original. El poeta es esencialmente lírico y, en cierto sentido, los Cantos del Peregrino tienen acentuado sabor épico. Sin embargo, Varela halló en toda la obra de Mármol "un movimiento casi dramático, una variación incesante de situaciones y de entono". El crítico tiene razón; el lirismo de Mármol muy a menudo toma la forma dramática para manifestarse. La misma composición a Rosas no es sino un soliloquio o monólogo que adquiere por momentos vigoroso movimiento dramático. Juan María Gutiérrez consagró, por fin, el valor épico de la obra poética de Mármol cuando, refiriéndose al Peregrino, escribió en 1845: "Toda nuestra generación

hallará en él su historia y toda ella bendecirá a su autor”.

Estamos hoy muy lejos de la campanuda retórica de 1840; la ideología actual poco tiene que ver con las abstracciones políticas y sociales de aquella época; la sensibilidad contemporánea, hecha a corrosivos y a mordientes, ya no vibra con la espontaneidad con que vibraba la de nuestros abuelos; pero aun así los versos de Mármol se leen hoy con interés, emoción y deleite. Con sus incorrecciones, sus arrestos enfáticos, sus exageraciones, sus ingenuidades, sus huecos y rellenos, mueven nuestra curiosidad, sacuden nuestro sentimiento y nos obligan a terminar la lectura. Cuando concluimos experimentamos la sensación de haber leído uno de esos antiguos libros ilustrados con viejas viñetas y estampas en los que se conserva, más que la historia el espíritu de una época.

Razón tenía, pues, Juan María Gutiérrez al decir que toda su generación hallaría en los Cantos del Peregrino su historia. Nosotros la hallamos también; y cuando sea necesario escribirla, luego del trabajo de investigación documental, será necesario recurrir a los versos de Mármol, como a los de otros poetas de su tiempo, para completar, con su materia espiritual, el cuadro de la sociedad de mediados del siglo XIX.

DON JOSE DE BUSCHENTAL

I

EL GRAN SEÑOR

Fué un curioso personaje don José de Buschental: gran señor, dilettante, político, un si es no es diplomático; con vinculaciones en Madrid, en Saint James, en las Tullerías, en San Cristóbal; gran camarada de Lord Palmerston; gran Cruz y diputado a Cortes en España; privado del emperador del Brasil; ciudadano universal con carta en ambos continentes; banquero un poco trashumante; fué todo eso, y, además, hombre de empresa y de fuerte garra.

Aquí se le conoció de cerca el año 49, cuando ya había tenido larga historia en la corte imperial como hacendista de gabinete y fautor de opulentos negocios que le valieron una quiebra ruidosa, rescatada luego desde Europa al treinta por ciento. Había pasado ya por las cortes europeas como un rutilante Nabab, acompañado de su consorte, la hija del Barón de Sorocaba, la bellísima Mariquita Bus-

chental, a quien la crónica escandalosa del Imperio atribuye origen augusto. Ciudadano español bajo el reinado de Isabel II, la reina le dió con su diploma de diputado la gran Cruz de Carlos III. Su talento de financista y su imaginación pródiga en recursos para colocar empréstitos, le habían hecho don preciso de gobiernos y gabinetes, y los banqueros y políticos del Brasil, España, Portugal, Francia e Inglaterra lo mimaban y lo colmaban de dones. Vinculado a la generación romántica española; íntimo de Olózaga, Escosura y Salamanca; Narvaez le había expulsado de España, y fué durante el destierro, en París, que el mercado del Río de la Plata se presentó a su imaginación romancesca como un remoto El Dorado. Allí conoció al agente diplomático del Uruguay, doctor Ellauri, y con éste contrató un empréstito para la República, un poco fabuloso al fin, luego de inclinar el espíritu de Lord Palmerston a mirar con benevolencia las cosas del Uruguay y dar la voz de orden a los banqueros ingleses.

En Enero de 1849 la "Antoinette" condujo a Buschental a Montevideo en procura de la ratificación del empréstito. La ciudad, agotada por seis años de asedio y abandonada a sus propias fuerzas, parecía próxima a sucumbir bajo los cañones de Rosas y la acción de la diplomacia de las potencias interventoras. "La alarma es inmensa y la postración mayor", escribía con profundo desaliento el ministro de Relaciones Exteriores de la Defensa, don Manuel

Herrera y Obes, a don Andrés Lamas, representante diplomático de la República ante el Emperador, urgiendo la obtención de recursos para sostener la guerra.

Con Buschental llegó a Montevideo una racha de esperanza: el empréstito podía ser la salvación de la República. "Usted no puede tener idea de la impresión que la noticia causó; fué admirable"; decía el mismo Herrera y Obes a Lamas refiriéndose a aquel empréstito, que él juzgaba sin embargo fantástico. La causa de Montevideo se sentía salvada; pero Buschental traía también en sus maletas secretas credenciales diplomáticas y con su colega, el Barón de Mauá, iniciaron aquella política financiera del "torniquete", poderoso y decisivo auxiliar de la sutil diplomacia de San Cristóbal, que poco a poco había de obligar a la República a suscribir los tratados del 51.

Buschental regresó en seguida al Janeiro; pero volvió más tarde acompañado esta vez de su esposa, la más hermosa mujer que nos haya enviado el trópico. La graciosa ciudad había conquistado la imaginación de aquel gran señor aventurero, que quiso completar sus principescas residencias de la montaña suiza, de la Côte d'Azur y de los fantásticos cerros tropicales, con un pequeño alcázar platense.

Entonces afinó don José en Montevideo y creó su señorial mansión del Miguelete, un breve condado de setenta hectáreas, donde construyó un delicio-

so "manoir" de estilo renacimiento, sobre la loma, y una granja suiza, sobre el río, y los rodeó de maravillosos jardines, parques y bosques. Buschental hizo de aquella posesión un retiro encantado. El Miguelete fué canalizado y sobre el cauce se tendieron pequeños puentes de arqueria; se construyeron lagos artificiales y hermosas piscinas con juegos de agua donde se reprodujeron exóticos peces traídos del trópico, de la India y del lejano Japón; los parques se poblaron de las más raras especies de árboles de las cinco partes del mundo; los invernaderos, húmedos y cálidos, se llenaron de plantas tropicales y flores fabulosas: grandes cactus velludos de membranosos miembros en cuyos extremos florecían fantásticas orquídeas, begonias de afelpadas e irisadas hojas, calagualas y helechos gigantes, familias desconocidas de Madagascar, del Indostán, de Borneo, de Malaca, de los más remotos países. En el patio de la granja, especie de plaza de armas cerrada por altas verjas de hierro, la fantasía exótica de Buschental creó un pequeño jardín zoológico con fieras menores: alegres y revoltosos simios, osos hormigueros de largos hocicos, aves de plumajes multicolores, cobras y pitones de las selvas del Brasil.

Las grises mansardas del "manoir" y los rojos techos de la granja en pocos años se envolvieron en la fronda de los bosques y de las alamedas. Las gentes sencillas se detenían en aquella época detrás de las forjadas rejas del portón principal, flanqueado

por pilares sobre los cuales reposaban estatuas esculpidas en mármol, para admirar las riquezas acumuladas por aquel gran señor que a veces recorría el parque precedido de criados y *grooms* que conducían perros atraillados, y otras trasponía el portón en el gran "landeau" con sopandas y lacayo galoneado, o guiando desde el alto asiento de su "faeton", la doble yunta atalajada a la Daumont.

II

CABEZA A PÁJAROS

Buschental hizo de su quinta del Miguelete un refugio de artista y una mansión de magnate. Su esposa, aquella hermosísima Mariquita Buschental cuyo ocaso melancólico y solitario contrasta con el brillo de su largo reinado, pudo trasplantar al Río de la Plata los saraos, festines, conciertos, cabalgatas y partidas de caza, con que entretuvo sus ocios la elegante sociedad de diplomáticos, políticos, banqueros, periodistas y hombres de mundo que Buschental reunió siempre en sus salones. Reina y señora de la belleza, de la fortuna y del buen tono, pudo allí recordar su rutilante pasaje por las cortes de Europa, y su aparición deslumbradora en los salones de la condesa de Montijo, en Madrid, cuando el palacio de la Plaza del Angel era centro de la aris-

toeracia de la sangre y del talento madrileños; el triunfo de su belleza en Londres, en París, en la corte imperial de Río de Janeiro, donde las más linajudas damas le rindieron vasallaje. Sus caprichos de princesa, sus locas imaginaciones, sus deliciosas quimeras, sus galanteos y fantasías pudieron ser renovados a orillas del Miguelete, en el fantástico alcázar platense, como realización de su alegre y audaz divisa.

Aquella divisa había sido proclamada por Mariquita la noche en que por primera vez apareció en el salón de la de Montijo. Su resplandeciente belleza había hecho palidecer de ira a la condesa de Tebas, futura emperatriz de Francia, y a la duquesa de Alba, las más hermosas mujeres de la corte de Madrid. Vestía en esa ocasión un regio traje oriental recamado de joyas; del extremo de los pequeños rizos que rodeaban su cabeza pendían, como una animada aureola, minúsculos colibríes de brillantes colores; y ante la corte de adoradores que le rendían pleito homenaje y admiraban aquel fantástico tocado, había dicho alegremente: "Es mi divisa: "cabeza a pájaros".

"Cabeza a pájaros", esa fué la divisa de Mariquita y un poco también la de Buschental. Las arcas del banquero desafiaron la prodigalidad de lujo, de opulencia y de imaginación de su consorte; pero en Buschental había además una fuerte cabeza de hombre de negocios. Junto al gran señor,

vigilaba el banquero y el empresario. La belleza de los parques del "Buen Retiro" no le impidió levantar junto a ellos un gran molino mecánico para moler trigo, y pidió entonces por primera vez en el país, a la máquina de vapor, la fuerza que no habían podido arrebatarse a los aires en cantidad suficiente las aspas de los molinos de viento. Estableció, además, una cabaña para criar animales de "pedigree" y trajo los primeros ejemplares de la raza Durham, con lo que abrió nuevos horizontes a la ganadería nacional. Más tarde, en 1862, soñó en dotar a la ciudad de un gran hotel de tipo europeo, y en breves meses hizo trazar los planos en Londres y construyó el severo y elegante edificio del Hotel Oriental que hoy todavía resiste la comparación con la opulencia barroca de los modernos hoteles.

Compró luego seis suertes de estancia en el Rincón de Solsona, en la barra del río Santa Lucía y San José, las cercó con alambre, cosa desconocida hasta entonces en el país, y fundó en esas tierras la estancia "La Trinidad". Levantó hermosas construcciones, plantó grandes bosques, pobló las praderas de ganado de sangre, e hizo de aquella posesión un establecimiento modelo. Para llegar cómodamente a él, construyó una balsa a vapor sobre el río Santa Lucía, y propuso al Cuerpo Legislativo la canalización de los dos grandes ríos y la construcción de un ferrocarril de Santa Lucía a Nueva Pal-

mira. Planteó en seguida otro establecimiento análogo en Paysandú, al que llamó "San Javier", y pobló sus praderas con ovejas merinas y ganado mayor Durham. Adquirió por fin un vapor, al que dió el mismo nombre de su establecimiento, y con él navegó el río Uruguay.

Entre tanto, el general Urquiza había cultivado su amistad, y cuando estalló la guerra contra la provincia de Buenos Aires, le hizo su agente político y financiero. Conquistó la confianza de los doctores Derqui y Vélez Sarsfield, y no resultó estéril el cuarto a espadas que echó en la política platense. Cuando se restableció la paz, se asoció al Ingeniero Wiltroat, que en aquella época proyectaba el trazado del ferrocarril trasandino. A pesar de su edad y de sus achaques, quiso estudiar personalmente el país y el trazado, y para ello atravesó la pampa, cruzó la cordillera a lomo de mula por Uspallata y Juncal, y llegó hasta la capital de Chile. Regresó luego a Montevideo; pero, reveses de fortuna y pesares domésticos lo alejaron del Río de la Plata.

III

LA ÚLTIMA VISITA

Huésped de paso en sus últimos años, el "Buen Retiro" permaneció callado y solitario durante mucho tiempo. En 1870, ya viejo y cansado, Buschental llegó hasta allí; por última vez el "landeau" que lo conducía se detuvo ante las puertas de su palacio. El gran señor quería despedirse de sus tierras platenses, de los maravillosos parques y jardines que él hizo brotar de la campiña primitiva. El tiempo transecurrido había patinado los muros del silencioso "manoir". Los árboles, ya añosos, prodigaban su sombra al anciano. Debajo de ellos, por las largas alamedas, los solitarios parques y las perdidas sendas, discurrió Buschental por última vez para evocar dulces y melancólicos recuerdos y acallar con ellos dolorosos pensamientos. Un poco encorvado ya, el rostro cuidadosamente rasurado, la plateada cabellera cubierta por el sombrero de copa de anchas alas, el cuello envuelto por el negro corbatín, la levita ceñida al talle, las manos calzadas con guantes grises de piel de Suecia, la diestra empuñando el junco con puño de marfil, conservaba intacta la noble distinción que le hacía asemejarse a los grandes señores ingleses que pintó Raeburn.

Poco después de partir, ese mismo año 1870, llegó la noticia de que Buschental había muerto en Londres. Con la ausencia y la muerte, la señorial posesión se arruinó: los parques desaparecían, el palacio y la granja se desplomaban, los invernáculos se destruían, los puentecillos se derrumbaban, el embarcadero, quebrantados los tramos de la escalera de piedra, se hundía en las aguas muertas.

El Estado salvó, al fin, la señorial mansión y la transformó en el riente paseo público que hoy se llama El Prado, acaso el más hermoso parque de la América del Sur. En él ha quedado el recuerdo de su antiguo dueño; el gran señor aparece hoy en la imaginación de los viejos que le conocieron y en la de los jóvenes que conservan la tradición paterna, como un Nabab llegado del trópico, con algo de Nemrod y más de Simbad el Marino, que con su varita mágica hizo brotar de la tierra estéril: palacios, castillos, fábricas, granjas, lagos, parques, jardines, bosques y pobló éstos de maravillosas flores y fabulosos animales.

En su antiguo señorío, convertido hoy en paseo público, tiene su pequeño monumento. La cabeza de bronce de Buschental emerge de un macizo de flores, sostenida por un breve pedestal de piedra, rodeada de robles, laureles, pinos y sicomoros que le prestan abrigo. Falta allí la imagen de Mariquita, la hermosa castellana, cuya sombra parece discurrir por las sendas enarenadas del que fué un día su encantado alcázar.

DON CÁNDIDO JUANICÓ

I

LA JUVENTUD SENTIMENTAL

En un círculo de hombres de letras se habló estos días de don Cándido Juanicó, una de esas figuras consulares que llenaron el largo tránsito que media entre la generación de la independencia y las generaciones que no han terminado aún su última jornada de vida. Con tal motivo se recordaron episodios y anécdotas relacionados con este personaje singular: espíritu armonioso y transparente; talento ágil y robusto; artista y "causer"; encantador poeta a su modo; gran amor de la vida en su juventud; pesimista y misántropo en su solitaria vejez, cuando la concepción escéptica del mundo y de los hombres, y cierta amarga jovialidad con que vestía sus juicios, nada pudieron contra la melancolía y la tristeza de sentirse morir sin que el árbol del espíritu hubiese dado todos sus frutos.

Juanicó había vaciado su espíritu en un molde ecléctico hecho con reminiscencias clásicas sorpren-

didadas a través del epicureísmo del Renacimiento, tocadas por la filosofía del siglo XVIII y adaptadas al romanticismo de 1830. Don Vicente Fidel López dijo de él en cierta ocasión que era la cabeza mejor organizada del Río de la Plata, y mi abuelo, don Pedro Bustamante, que fué hombre áspero con el adversario, habló siempre con respeto de su talento.

El vaso correspondía al contenido; era un hermoso ejemplar de la especie: cuerpo esbelto y fuerte; magnífica cabeza digna de uno de aquellos grandes señores de la época de Buckingham que pintó Van Dyck; continente grave y solemne; noble euritmia de gestos y movimientos; poder de seducción en el sonoro timbre de la voz. "Tenía, escribió alguien que lo conoció muy íntimamente, los contornos de un D'Orsay, la voz y el estilo de un orador de los tiempos de Sheridan y las aberraciones de Diógenes dentro de la primorosa arcilla en que lo había fundido la naturaleza". "Ha sido el hombre más lindo que hemos conocido, agrega; con un cuerpo digno de Apolo, y un espíritu sensible al ritmo como el de Orfeo".

Este hombre de excepción, que parecía predestinado a ser favorito de la fortuna, no halló escenario adecuado a sus condiciones, ni vió culminar su vida en la grandeza; la vió, en cambio, declinar en medio de la indiferencia de sus contemporáneos, y, nuevo Diógenes, amó la soledad como el filósofo

cínico y sintió amargo deleite en verse aislado en medio de la sociedad en que vivía.

Sus últimos años, años de indiferencia y olvido pasados en el lecho, tienen la melancólica serenidad de la larga agonía de Heine, con quien tuvo analogías de espíritu y carácter. Como él había sido un ironista ágil y sarcástico, y si no escribió las agudas páginas de crítica y filosofía del desterrado de Dusseldorf, derrochó, en cambio, en el Parlamento, los círculos y los salones, la sal de su espíritu que fué inagotable como la del mar. También él quería ser escéptico y superior a la realidad y a su destino, y cuando lo cogió el desastre de las fuerzas físicas y la materia empezó a desatar los lazos del espíritu, tuvo palabras tan bellas, tan amargas y tan filosóficamente sintéticas como aquellas con que Heine solía saludar a los escasos amigos que llevaron un poco de luz a la pequeña habitación donde aspiró por última vez el aire de la tierra.

Juanicó había nacido en cuna opulenta. Su padre, el maestre don Francisco Juanicó, bravo marino mallorquín que hizo el corso contra los ingleses, fué uno de los grandes señores que construyeron solar en Montevideo hacia los primeros años del siglo XIX. Cabildante en 1806, magistrado y prócer de la época portuguesa, nadie tuvo más prestigio que este noble caballero dentro de los muros de la pequeña plaza colonial donde nacieron sus hijos. Los tiempos de

la patria exaltaron a estos bravos patriotas españoles, que al ver germinar en el alma de sus hijos el espíritu de rebelión, pretendieron ahogarlo con las aguas del océano y los halagos de las cortes europeas. Juanicó, adolescente, marchó a Europa con los Magariños, los Ellauri, los Giró, los Salvañach, la prez del coloniaje.

El año 25 inició su vida de estudiante en un liceo presbiteriano de Londres: vida pintoresca, inquieta y sentimental, repartida entre el aula, románticas aventuras, viajes furtivos al continente y excursiones y parrandas a través de Londres, París, Lieja y Madrid. Tres años de ciencia y disciplina inglesa dejaron perdurable impresión en su espíritu. En 1828 pasó a Lieja a terminar sus estudios preparatorios, y los culminó batiéndose con los proscritos españoles en las barricadas de 1830 y huyendo a París, donde echó también su cuarto a espadas en la insurrección romántica y en las revueltas del arrabal de San Antonio. Entre tanto inició sus estudios de derecho en la Escuela de Leyes de Londres y en los cursos libres del Colegio de Francia.

La época romántica le envolvió y saturó para toda la vida. Fué de los que se pusieron el chaleco rojo de Gautier, montaron la guardia de "Hernani" y se batieron contra los filisteos. David d'Angers pudo esculpir su bello perfil de adolescente, y Gavarni trazar su silueta de "dandy". De los cafés del Barrio Latino pasó a Madrid, arrastrado por la ola

romántica que envolvió a Espronceda, a Saavedra, a Escosura, a Madrazo, a Ochoa, a García Gutiérrez, la prez del Parnasillo del Café del Príncipe. Las lecciones de don Alberto Lista no pudieron contener la anarquía de este adolescente que traía en sus labios el áspero licor de la poesía revolucionaria. Se embriagó entonces de literatura, de arte y de vida sentimental.

Su varonil belleza, la distinción que emanaba de toda su persona, la seducción de su palabra, su cultura, su temperamento artístico que le permitía ejecutar al piano con singular maestría y original color interpretativo las más célebres páginas musicales, le valieron envidiables éxitos en las grandes casas de Madrid. Amigo íntimo de Vicente Fidel López, que en aquella época acompañaba como Secretario al general Mansilla en la corte de España, fué introducido por ambos en los círculos aristocráticos. Se hizo contertulio del salón de la Condesa de Montijo y amigo predilecto de la Condesa de Tebas, que fué luego Emperatriz de Francia. La tradición doméstica de la casa de Juanicó mantiene el recuerdo de las cuadrillas y contradanzas en que don Cándido fué pareja de los más grandes títulos de España.

A esta época pertenece un episodio caballeresco que lo vinculó íntimamente a Espronceda. Juanicó había conocido en Lisboa a Teresa, la célebre amante del poeta inmortalizada en uno de los can-

tos de "El Diablo Mundo". En el destierro había sido el confidente y el amigo de la enamorada. Testigo del doloroso drama que devoró el corazón del sombrío poeta español, cuando Espronceda partió para el destierro fué Juanicó quien acogió y protegió a su amante, y más tarde, fué también él quien la acompañó y condujo hasta la frontera de Francia para que se reuniera con el proscrito. "Llegó, por fin, mi Teresa a endulzar mi triste soledad, le escribía Espronceda desde Bayona; ella me ha dicho cuántas bondades y atenciones has tenido para nosotros". Las desventuras de aquellos amores fueron el tema de muchas de las cartas que periódicamente llegaban al modesto albergue de "Albany Street", en Londres, donde pasó luego con Ochoa, y el mismo Espronceda, los mejores años de su inquieta juventud.

Nada más encantador que las cartas íntimas de esta época que de él se conservan. Sus aventuras de estudiante están narradas allí con deliciosa espiritualidad: son episodios de capa y espada; burlescas farsas, empresas caballerescas, risueños y melancólicos lances que recuerdan los capítulos de Murger: el piano inválido donde Schaunard perseguía su romanza; los muebles pintados sobre bastidores por Marcelo; las disputas de Colline y Barbemuche; el amor a lo Mimí y Musette; las parrandas y locuras del "clan" romántico acaudillado por Nerval.

Apaciguado el hervor de la primera juventud,

y ya acendrado el juicio, Juanicó se instaló nuevamente en París. Habían terminado las grandes campañas de "Hernani" y "Chatterton", y el romanticismo, dueño del teatro, de la poesía, de la novela, de la historia y de las artes plásticas, conquistaba ahora las cátedras de la Escuela Normal y de la Sorbona, las tribunas del Palacio Borbón y los salones de las Tullerías, donde Guizot y Thiers eran los amos. Juanicó fué a vivir a un segundo piso de la Place Royale, "donde el original se libraba a eternas confidencias con los gorriones del barrio", como pintorescamente escribió Lucio Vicente López; pero desde cuya ventana se dió a observar con profunda atención el espectáculo que ofrecía la sociedad europea trabajada por la inquietud esencial que dió origen a las grandes revoluciones políticas, sociales y económicas de la primera mitad del siglo XIX.

II

IDEAS Y DOCTRINAS

Aunque Juanicó había sentido en sus primeros años el aura revolucionaria de 1810, su tradición doméstica y la educación recibida en el hogar lo inclinaban naturalmente hacia las derechas históricas. Joven indiano de casa rica sustraído al am-

biente nativo por la previsión paterna, no sospechó ésta que el espectáculo de las cortes europeas, lejos de estimular la adhesión del adolescente al antiguo régimen, lo apartaría cada vez más de él. Estudiante de universidades reaccionarias, sus humanidades fueron rígidamente clásicas en el aula, pero totalmente emancipadas y revolucionarias fuera de ellas. Fué su maestro de matemáticas y letras divinas y profanas, don Alberto Lista, quien estimuló la inclinación que ya había revelado en el Liceo de Londres hacia el cultivo de las lenguas muertas y de las literaturas clásicas. Se hizo así humanista en el trato diario con los poetas y oradores griegos y latinos. El primer romanticismo educó su sensibilidad, exaltó su imaginación y completó su gusto literario. Uno de sus maestros de filosofía fué el Barón de Gèronde, antiguo sensualista de la escuela de Condillac, que con Rousseau debajo del brazo, enseñaba un sistema evolucionado en el que se anunciaba ya el eclecticismo. Esta enseñanza, unida al doctrinarismo histórico de la cátedra de Royer Collard y al eclecticismo filosófico de Cousin y Jouffroy disiparon el ergotismo escolástico del aula del liceo londinense. Sus estudios de derecho político experimentaron la influencia de la escuela constitucional inglesa de que era representante Benjamín Constant, y orientaron su polaridad hacia la Carta de 1814 y las inquietantes afirmaciones de los legitimistas liberales. Sus ideas filosóficas y po-

líticas, quedaron así un poco imprecisas y oscilantes, ya conquistadas por el espiritualismo casi religioso de Royer Collard; ya por el naturalismo que asomaba debajo de la doctrina construída por Cousin; ya inclinadas hacia las declaraciones democráticas de 1789, ya hacia la monarquía constitucional de la Restauración.

En esta situación espiritual asistió al estallido de la insurrección romántica de 1830 y escuchó el fuego de mosquetería de las barricadas de Julio. Ya en España había visto la abrogación de la Constitución y las violentas represiones de Calomarde, y casi compartió la ansiedad revolucionaria de la generación proscrita por el absolutismo. En Francia asistió al fracaso de la Carta de 1814 y a la segunda claudicación de la monarquía, que fué como la claudicación también de los teóricos de la Restauración; vió, después de las jornadas de Julio, los esfuerzos realizados para conciliar al rey con la nación, y abandonó el país con la sensación de que Luis Felipe, paseándose como un buen burgués por las calles de París, era el símbolo de la realeza abatida y conquistada por la soberanía del pueblo.

En Inglaterra respiró a plenos pulmones y se embriagó de libertad con el *bill* de 1668. El funcionamiento armónico de las instituciones políticas inglesas le dió la sensación del orden y de la estabilidad. Comprendió que la convivencia del rey y sus lores, representantes de la tradición histórica y de los

antiguos privilegios que en Inglaterra constituían y constituyen una fuerza poderosa, con la Cámara de los Comunes, verdadera depositaria de la soberanía popular, era el producto de un pacto en el que el pueblo inglés había revelado su admirable tolerancia y buen sentido. El espectáculo del Parlamento fué para él la más grande lección de democracia. Desde entonces se convenció de que América estaba definitivamente perdida para España, y así se lo escribió a su padre en momentos en que el viejo realista se sentía también conquistado por las nuevas ideas.

Inglaterra le dió más, le ofreció el caudal de su ciencia jurídica, de sus monumentos de jurisprudencia, de su derecho abstracto y procesal, cuyas fuentes son el admirable sentido práctico del pueblo anglosajón; le ofreció también el ejemplo de su administración de justicia, amada y temida por todos, verdadera institución popular en que la dignidad, el decoro y la moral se elevan a la más alta jerarquía.

Con este acopio de ideas y observaciones volvió al Continente en momentos en que se hallaba convulsionado para la reacción democrática que pugna por destruir la herencia de despotismo legada por la Santa Alianza. Frente a este espectáculo y al que ofrecía Inglaterra, engrandecida y próspera bajo el régimen de sus instituciones libres, cobró fe en el sistema político representativo y comprendió que las jóvenes repúblicas de América

se habían adelantado, pero habían resuelto bien el problema de su organización política.

III

REALIDADES

Juanicó regresó a la patria aquel terrible año 40, en que al decir de Saldías, un delirio de sangre y destrucción acometió a las poblaciones del Plata. Rosas llegaba a su apogeo; Buenos Aires enmudecía y temblaba de pavor; las provincias argentinas se desangraban en la lucha contra el tirano; solamente en Montevideo se hablaba de libertad. Rivera acababa de destruir al ejército de Echagüe. La guerra a muerte entre la tiranía y la libertad estaba abierta y se prolongaría diez, doce años, hasta que luciera el día de Caseros. Montevideo, refugio de los emigrados argentinos, y baluarte de la libertad, iba a sufrir durante nueve años el implacable asedio del ejército rosista. Fué en esa década de terribles confusiones cuando se definieron con precisión los dos partidos tradicionales del país: los hombres, venciendo resistencias u obedeciendo a tendencias e inclinaciones personales, se incorporaron definitivamente a las filas coloradas que cubrían las trincheras de la ciudad sitiada o a las filas blancas que bajo el pabellón de Rosas tendían sus escuadrones desde el

cuartel general del Cerrito hasta el Pantanoso y el Buceo.

Extraordinaria debe haber sido la impresión que el espectáculo de estas sociedades convulsionadas produjo a aquel espíritu saturado de cultura europea y ajeno a las pasiones que movían los sucesos. Trasplantado bruscamente de París a Montevideo, se halló privado de su ambiente natural, y al tender la mirada sobre el nuevo panorama que se abría a sus ojos, se sintió instintivamente rechazado por el "sistema" de Rosas y advirtió que su espíritu gravitaba hacia el programa de principios sostenido por el gobierno de Montevideo. Además, se hallaba intelectualmente vinculado a la generación prócer de los Lamas, los Herrera y Obes, los Vázquez, los Pacheco y Obes, los Muñoz, los Magariños, los Varela, los Paz, los Cané, los Mármol, que mantenía en Montevideo la resistencia contra el tirano.

Cuando estalló la Guerra Grande, él, como Eduardo Acevedo y como otros, permaneció en Montevideo; pero pronto comenzó a sentir la irresistible atracción del Cerrito, desde donde le llamaban afectos domésticos y vinculaciones sociales. Su padre, anciano y achacoso, se había visto obligado a salir de Montevideo, y se hallaba refugiado en su magnífica posesión del Miguelete que caía bajo la jurisdicción del general sitiador, con quien los Juanicó mantenían estrechos vínculos de amistad. Otras personas de su familia vivían también al amparo

de los cañones del Cerrito. Cartas y secretos mensajes lo requerían constantemente desde el campo del general Oribe; pero él resistió la tentación y optó por correr los riesgos y peligros de la ciudad sitiada y hacer causa común con el gobierno de la Defensa.

Siguió sirviendo el cargo de Juez del Crimen y de lo Civil para que había sido nombrado poco después de regresar de Europa, y halló en el ejercicio de la magistratura y en el comercio de los libros, distracción para su espíritu atribulado por el espectáculo de la guerra. En 1846 agregó a estas funciones públicas la de miembro de la Asamblea de Notables, corporación política con que el gobierno de Montevideo llenó la acefalía del Cuerpo Legislativo.

Algún tiempo después, ya adaptado al ambiente, comenzó a sentir que vacilaba su fe en la causa de Montevideo, y el raciocinio le dió elementos bastantes para justificar ante sí mismo y los demás lo que iba a ser calificado de deserción. Este estado espiritual hizo crisis cuando se produjeron las intervenciones diplomáticas y militares de Francia e Inglaterra en los asuntos del Río de la Plata. Él, como otros, creyó que en aquellos momentos el general Rosas encarnaba el principio de la soberanía americana desconocido por Europa, y que la intervención de las potencias constituía la mediatización de la nacionalidad oriental. Uno de aque-

llos días abandonó con peligro de vida la ciudad y se refugió en el campo sitiador.

Es difícil concebir la impresión que produjo a aquel hombre acostumbrado a la vida europea la sociedad del Cerrito. Junto al cuartel general de Oribe y a lo largo de la línea, se habían formado pintorescos núcleos de población que se extendían desde el Paso del Molino hasta el Buceo. Los núcleos más densos eran la Villa Restauración y el propio Cerrito de la Victoria, en cuyas inmediaciones se hallaban las quintas y residencias de los familiares del general Oribe y primaces del sitio. Allí estaba también la quinta de Juanicó, cuyo portón señorial permaneció en pie hasta hace pocos años.

El sitio había dado vida a una extraña sociedad, mitad guerrera, mitad civil, en la que se confundían los militares con los paisanos, los caudillos con los togados, la gente de pro con la plebe, los campesinos y menestrales con la soldadesca y la chusma adventicia que jamás falta en los campamentos. Junto a los cuarteles y a las maestranzas sesionaban la legislatura y los tribunales; próximos a los reductos y a las trincheras funcionaban la academia de jurisprudencia y el colegio de humanidades; en medio del caserío, que tenía algo de aduar o de toldería, se fusilaba a los prisioneros, se enseñaba la cartilla y los palotes, y los tipos de imprenta ponían alas a las ideas. ¡Extraña sociedad! Mientras las turbas federales lanzaban su grito

de guerra y exterminio y los soldados de gorra de manga esgrimían el puñal de "la refalosa", el enigmático general, vestido de gran uniforme, impenetrable en su impassibilidad, presidía su consejo de gobierno y recibía con ceremoniosa frialdad a los diplomáticos extranjeros; las prensas imprimían, además de gacetas y proclamas de cuño rosista, las "Observaciones de Agricultura" de Pérez Castellano; Acevedo redactaba el Código Civil; Berro y Villademoros traducían a los poetas latinos, y en las propias carpas militares, engalanadas con ricas estofas, muelles alcatifas y vistosas luminarias, se celebraban torneos de sociabilidad en los cuales las grandes damas bailaban con donaire y señorío el minué federal. De tal manera se confundían entonces la civilización y la barbarie, las dos deidades que dieron tema a Sarmiento para su libro inmortal.

Juanicó se incorporó a esta sociedad con desconfianza; pero el general sitiador lo recibió con singulares demostraciones de amistad y lo agregó a su consejo áulico, en el cual conquistó en seguida autoridad e influencia. El "prófugo" de Montevideo observó en la sociedad del Cerrito, además de su aspecto exterior pintoresco, un estado moral que tenía semejanza con el que poseía a muchos de los defensores de Montevideo y con el que había hecho presa de él en aquellos días. Buena parte de los orientales que acompañaban al general Oribe se hallaban profundamente disgustados ante el predo-

minio de los jefes argentinos, que eran quienes en forma jactanciosa imponían las normas que regían en el cuartel general sitiador. Estas normas mantenían en constante tutela la dirección del asedio y solían invadir el campo civil y político. Los ciudadanos orientales aspiraban a sacudir esa tutela y algunos de ellos conspiraban secretamente contra la influencia argentina. Juanicó se incorporó a este núcleo de resistencia, y con la cooperación de los doctores don Eduardo Acevedo y don Jaime Estrázulas logró organizarlo y darle orientación. Un incidente imprevisto favoreció los planes de estos personajes. El general Oribe enfermó gravemente, y durante muchos días se esperó por momentos su fallecimiento. En tales circunstancias Juanicó y sus amigos celebraron una reunión secreta, y después de juramentarse, resolvieron que si se producía el fallecimiento del general Oribe, los orientales pactarían de inmediato la cesación del sitio y el reconocimiento del gobierno de Montevideo. La mejoría del general sitiador malogró la realización del plan. No obstante, las secretas reuniones celebradas por los juramentados a espaldas del elemento radical del Cerrito dieron origen al nacimiento de una nueva fracción política que, a contar de 1851, propició todos los movimientos llamados fusionistas, y que, con el andar de los años y la evolución de los sucesos, denominóse "partido nacional".

IV

LA PRIMERA ETAPA

Juanicó fué de los hombres que no perdieron pie en medio de las efusiones cívicas a que dió lugar el pacto de paz de 1851 que puso fin a la Guerra Grande. Comprendió que aquel estado espiritual era favorable al desarrollo de sus ideas y a la aplicación de los principios de restauración constitucional que había propiciado ante sus amigos del Cerrito y se preparó a representar en el escenario político el papel preponderante que le asignaban las circunstancias.

Por uno de esos inexplicables caprichos de la historia, el partido victorioso en 1851 renunció espontáneamente a su derecho mayoritario, y, no obstante la situación precaria en que la realidad del tratado de Octubre colocó al general Oribe, las elecciones de Noviembre de 1851 le entregaron la mayoría de la Asamblea Legislativa. Esta asamblea, con el concurso unánime de la minoría colorada, eligió el 1.º de Marzo de 1852 Presidente de la República a don Juan Francisco Giró, personaje consular del Cerrito. Don Bernardo Berro, consejero áulico del general del sitio, fué investido con la Presidencia del Senado, que equivalía a la Vice-Presidencia de la República; y esta misma asamblea

eligió Ministros del Supremo Tribunal de Justicia, que era la más alta jerarquía del tercer poder del Estado, a tres juriseconsultos blancos, quedando también en minoría en esa cámara el partido colorado.

Juanicó recibió en las elecciones de Noviembre de 1851 el diploma de diputado y tomó asiento en la asamblea; ésta, poco después, lo invistió con la toga de justicia, pues lo eligió Ministro del Supremo Tribunal, haciendo recaer así sobre él, la doble dignidad de magistrado y representante del pueblo.

La asamblea de 1852 reunió a los hombres más notables del país, y entre ellos, a una nueva generación de políticos doctrinarios formados en el romanticismo teórico de la segunda República. En esta Cámara prócer reveló Juanicó sus aptitudes políticas y sus soberanas facultades de orador. No había entre sus amigos quien le aventajase en jerarquía intelectual; ni aún Eduardo Acevedo, que había sido reconocido jefe del grupo parlamentario; porque si éste tenía más ciencia jurídica y política, y le superaba en la expresión escrita, carecía, en cambio, de la universalidad de conocimientos y, sobre todo, del instinto estético que hizo de aquél un orador excepcional.

Tenía en aquella época cuarenta años y estaba en la plenitud de sus fuerzas físicas y morales. Tomó asiento en su escaño en medio de la mayoría que lo miraba con la misma secreta admiración con que los legitimistas de 1830 miraban en la Cámara

francesa a Berryer. Además de la pálida pero enérgica figura de Eduardo Acevedo, en cuya ardiente mirada se advertía el fuego interior que comenzaba a destruirlo, formaban la fracción: el doctor don Ambrosio Velazco, poderosa inteligencia movida por un carácter adusto que reaccionaba violentamente ante amigos y adversarios; el doctor don Jaime Estrázulas, juriseconsulto y político que recuerda a Floridablanca y que no habría despegado en el Consejo de Carlos III; y formando ese término medio de la inteligencia, la experiencia y el buen sentido, elementos indispensables en todo parlamento: don Atanasio y don José Martín Aguirre, don Antonio María Pérez, don Doroteo García, don Rafael Zipitria, don Joaquín Errazquin, don Juan Carlos y don Juan Ildefonso Blanco, don Mariano Haedo y don Plácido Laguna. Poco después se incorporó también don Federico Nin Reyes, hacendista y gran señor de la política que parecía reclamar la sala de Westminster para su decorativa persona.

Si la mayoría consideró con admiración a Juanicó, la minoría, en cambio, miró con prevención a aquel hombre de porte severo y majestuoso, de maneras elegantes, de palabra pulcra y sonora, que solía poner en su impecable cortesía cierto imperceptible desdén. Eduardo Acevedo imponía con su timidez y reserva; Juanicó inspiraba temor con sus formas gentiles y su aire caballeresco. La izquierda de la Cámara comprendió que éste era el adversario

temible y peligroso. Era jefe de la fracción el Presidente, don José María Muñoz, representante genuino de las tradiciones de la Defensa, y eran sus oradores el doctor don Pedro Bustamante, hombre de vasto saber, de palabra ática y acerada y de formidable lógica, y don Francisco Hordeñana, tribuno elocuente e intrépido. Poco después completó la trilogía el doctor don Juan Carlos Gómez, quien a menudo cubrió con el encanto de su palabra la inflexibilidad de sus ideas políticas y morales y la severidad de sus juicios. Completaban la falange; el doctor don Enrique Muñoz, médico de Oxford que solía dejarse arrastrar por brillantes arranques tribunicios, don Manuel Durán, don Apolinario GAYOSO, don Santiago Sayago, don Salvador Tort, don Bernardo Suárez, don José Antonio y don León Zubillaga.

Las primeras escaramuzas parlamentarias advirtieron a la minoría el peligro que había creado al partido de la Defensa la situación política surgida del pacto de 1851. La lucha se inició briosamente por ambas partes.

Juanicó bajó a ella con la misma desdeñosa arrogancia con que el segundo Pitt inició su primer discurso en la Cámara de los Comunes. Estaba poseído de sí mismo y convencido de su superioridad; y, aunque como el político inglés, hervía de inspiración, carecía de la experiencia que solamente da la Cámara; no dominaba la ciencia de la composi-

ción oratoria, ni advertía los peligros de la discusión, ni conocía los recursos con que los parlamentaristas avezados suelen malograr la acción de los más grandes oradores. Son pocos, dice Macaulay, los que logran adquirir ese talento sin mucha práctica y grandes contratiempos. Pronto lo adquirió él, en el choque con sus adversarios. La primera lección que recibió fué dura y ejemplar, y aún tuvieron parte en ella sus propios amigos.

El episodio ocurrió en las primeras sesiones de la Cámara, al discutirse un proyecto de ley que abolía el impuesto de luces creado en el segundo año de la Guerra Grande por la Legislatura que siguió sesionando en Montevideo después de iniciado el sitio. Los redactores del proyecto pertenecían a la mayoría, y al referirse al origen del impuesto, dijeron que aquél había sido creado por "determinaciones" o "disposiciones" anteriores. Estos vocablos encerraban una intención evidente. Se procuraba con ellos eludir la palabra "ley" y se ponía así en tela de juicio la legitimidad de la legislación de 1844. La intención fué inmediatamente advertida por la minoría, y el doctor Enrique Muñoz observó con vivacidad que el impuesto había sido creado por una "ley y no por una determinación o disposición", y que así debía constar en el proyecto. Don Francisco Hordeñana apoyó con vehemencia esta observación y dijo que esa ley procedía de la quinta legislatura constitucional de la República.

El jefe de la mayoría había procurado evitar con verdadera prudencia hasta entonces toda discusión que rozara los sucesos de la pasada guerra. La discusión se planteó, sin embargo, brusca e inesperadamente. Juanicó, llevado por su inexperiencia y confiado en el prestigio de su talento y el poder de su palabra, tomó para sí la partida e impugnó a los oradores de la minoría. Con tono grave y desdenoso y "alzando la voz", dice el acta, comenzó su discurso afirmando que la Guerra Grande había sido una lucha de extranjeros. La barra y la Cámara se conmovieron e interrumpieron al orador. Juanicó, no obstante las protestas de los diputados de la minoría, persistió en traer a juicio los sucesos de la guerra. Producida una incidencia entre el orador y el Presidente de la Cámara fué preciso pasar a cuarto intermedio bajo la profunda impresión que había producido el inesperado episodio parlamentario. Reanudada la sesión, el Presidente interrogó a la Cámara si daba por suficientemente discutido el asunto. Juanicó pidió nuevamente la palabra con el objeto de reanudar su discurso; pero el doctor Acevedo, jefe de la mayoría, lo interrumpió enérgicamente e hizo moción para que se votase la consulta del Presidente. Considerada esta moción, la votación unánime fué adversa a Juanicó, a pesar de la protesta que formuló porque se le privaba del derecho de hablar. No olvidó esta lección; desde entonces sus discursos se caracterizaron por la pru-

dencia y parquedad de juicios, y se le vió en ocasiones semejantes hacer uso contra el adversario del recurso parlamentario que sus propios amigos esgrimieron esta vez contra él.

Este incidente obligó a tender las líneas adversarias; la barra desde entonces tomó participación apasionada en los debates, y la mayoría, para defenderse contra la presión de aquélla, impuso a la Cámara, que desde la época de la Constituyente sesionaba de noche, que en lo sucesivo sesionase de día.

En los ardientes debates que se sucedieron en seguida, Juanicó observó una actitud definida pero prudente. Con mesurada energía apoyó a sus amigos políticos sin llegar en ningún momento a perder la dignidad y la calma. Permaneció en expectativa y observación. Tomaba parte en la discusión cuando era requerido su concurso. Así se le vió esquivar el primer debate sobre la medalla de Caseros e intervenir en el segundo con rara templanza. En el proceso de los tratados de 1851 sostuvo la tesis de la mayoría, contraria a los tratados, pero sin afrontar la dirección del debate. En cambio, lo hizo así en otros asuntos. Gustaba, sobre todo, de las cuestiones de legislación y hacienda y reveló en ellas vasta preparación en la ciencia del derecho y en economía política, dominio de las finanzas y profundos conocimientos de administración. A menudo hacía agudas observaciones sobre la faz legal

o jurídica de los proyectos en discusión, y generalmente solía introducir el orden en el debate, pues logró rápidamente dominar el arte de organizar el estudio analítico de los temas. En estos casos mantenía el interés de la discusión con breves discursos interpolados, y con ellos cautivaba a la Cámara. Eran aquéllas, pequeñas oraciones áticas que tenían más de academia que de parlamento, y que lograban con su hechizo cordializar el ambiente y prepararlo a más serenos debates.

En 1853 presentó a la Cámara un proyecto de alcance político, pero sobre todo de disciplina constitucional, por el cual se disponía que "toda resolución de naturaleza legislativa debería necesariamente ser sometida a la sanción de ambas Cámaras separadamente, y que éstas no podrían reunirse en asamblea general, sino en los casos que la constitución expresa y nominalmente determina". Pronunció con tal motivo un discurso digno de la época de Sheridan, en que la doctrina y las generalizaciones constitucionales primaron sobre toda preocupación de actualidad.

El orador definió así, en esta primera etapa legislativa, sus ideas y su carácter. Se vió en él, el propósito de sustraerse a las preocupaciones subalternas de la política personal para remontarse a las grandes generalizaciones de la ciencia del gobierno, y poner al servicio de los problemas que agitaban a su país los vastos conocimientos que ha-

bía atesorado. Se advirtió además la influencia que sobre él habían ejercido los grandes oradores de Inglaterra y de Francia y la noble ambición que lo poseía de aproximarse a sus modelos. Si no siempre en el concepto, puede afirmarse que lo consiguió en la forma, en el brillo, en la dignidad, en el decoro, con que compuso y recitó sus discursos de 1852 y 1853.

Esta ilustre Asamblea naufragó en los sucesos revolucionarios de Setiembre de 1853 y quedó abrogada desde que se constituyó el Gobierno del Triunvirato. Juanicó se consideró vencido por el momento, y no participó de las actividades de la doble Asamblea de 1854 ni de la elegida en 1855 bajo la influencia del "Pacto de la Unión" celebrado entre los generales Flores y Oribe.

Consagró aquellos años al estudio, y al ejercicio de sus funciones de ministro de Justicia. Con él había penetrado en la Cámara del Tribunal un soplo de renovación que inquietó a los viejos togados de la sala. Presidía ésta, don Francisco Araúcho, magistrado que había servido al país desde los albores de la independencia. Se sentaban, además, en el estrado, el decano, don Estanislao Vega, juez envejecido sobre los expedientes; el doctor don Antonio L. Pereira, magnate peninsular y dignatario del antiguo régimen, y el doctor don Francisco Solano de Antuña, miembro conspicuo de la academia de jurisprudencia. Todos ellos eran

representantes de la tradición de las Reales Audiencias y del antiguo derecho español. Juanicó había hecho ya su noviciado en los juzgados de primera instancia y en ellos había aplicado las nuevas normas jurídicas y los principios de derecho modernos; ahora trajo a los acuerdos las mismas disciplinas, más depuradas por la experiencia y la meditación. Los viejos ministros de justicia se rindieron a menudo ante la dialéctica y la lógica de aquel jurisculto que con igual agilidad manejaba las antiguas leyes del reino y las más modernas doctrinas de los tratadistas franceses e ingleses. Se vió desde entonces en los acuerdos y sentencias del tribunal figurar, junto a las citas de las Partidas, los textos de los maestros universales de la filosofía y del derecho.

En 1857, mientras desempeñaba sus apacibles funciones de magistrado, recibió el diploma de representante del pueblo.

V

LA DICTADURA INTELECTUAL

En 1858 reapareció Juanicó en la Asamblea, cuando aun perduraba la impresión que produjeron las decapitaciones de Quinteros. Se dijo en aquella época, y se ha repetido desde entonces, que el doctor Juanicó anduvo complicado en aque-

llos tristes sucesos y que fué el "consejero entre cortinas" del gabinete que impuso al Presidente Pereira la ejecución del general César Díaz y sus compañeros de martirio. No está en el carácter del personaje tal actitud ni a ella lo inclinaban sus sentimientos y su cultura. El origen probable de esta versión es la real amistad que unió al doctor Juanicó con el doctor don Antonio de las Carreras y el influjo que aquél ejercía sobre éste. De las Carreras había sido nombrado ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores por el Presidente Pereira en los momentos en que se produjo la revolución encabezada por el general César Díaz. Vencidos los revolucionarios, fué de las Carreras el inspirador de la ejecución de los prisioneros capitulados; años después asumió la responsabilidad personal de este hecho en el juicio de imprenta que promovió a don José Cándido Bustamante con motivo de las acusaciones hechas por este periodista en "El Comercio del Plata".

Si de algo puede acusarse a Juanicó en este doloroso episodio es de que el ascendiente que ejercía sobre el ministro de Pereira no haya sido lo suficientemente eficaz para impedir que se dictara el fatal decreto. No obstante, si algún día se probase, que hasta ahora nadie ha logrado probarlo, que Juanicó inspiró las represiones de 1858 o tuvo participación en ellas, será preciso recordar, para juzgar la faz moral y política de tal intervención,

además de los factores locales que dieron lugar a las ejecuciones, que estos procedimientos, desgraciadamente, fueron empleados por muchos hombres de Estado de la época. El mismo Juanicó había sido testigo en Europa de las sangrientas represiones que los gobiernos fuertes de España y Francia impusieron a los revolucionarios y conspiradores republicanos, sin que por ello sufriera desmedro el honor de los Presidentes de Castilla y de los Consejos del reino. Sabía también Juanicó que Pitt, en su segundo ministerio, había realizado actos semejantes, pues fué el gran ministro inglés quien, además de imponer a sus enemigos hierros y proscripciones, suprimió el "habeas corpus" y restauró el odioso "Código escocés contra las sediciones", verdadero instrumento de sangrienta tiranía.

Esta versión, no comprobada pero generalizada desde entonces, revela que el consenso público le acordaba en aquella época capacidad política no igualada e influencia decisiva en el desarrollo de los sucesos. En realidad, este prócer, sin hacer visiblemente prosélitos, por la sola irradiación de su talento y la fuerza de seducción que emanaba de su persona, se había hecho el amo de muchos espíritus y aparecía como representante genuino de aquel matiz de opinión que nació en el Cerrito de la reacción contra la absorbente influencia argentina y que, en aquellos momentos, logró reunir en torno del Presidente Pereira a personajes militares

y civiles de ambos partidos, les hizo compartir la responsabilidad de Quinteros y los obligó a mantener la política inaugurada en Febrero de 1858.

Juanicó fué el jefe visible y el director de esta arriesgada etapa política. Tal vez sin desearlo ni buscarlo ejerció en aquella época una verdadera dictadura intelectual y la impuso sin percatarse de ellō.

Su elocuencia había adquirido madurez, desarrollo y grandeza. En la Cámara, cuando hablaba, se le escuchaba con religioso silencio. Había alcanzado el dominio del arte de la palabra. "La frase que pasaba por su boca y el verso que caía de sus labios, dice uno de sus biógrafos, se regeneraban si eran mediocres y crecían si eran bellos". Había igualado en aquella época a los oradores ingleses y franceses que movieron su inquieta ambición juvenil. Se le escuchaba como a un oráculo y él era quien pronunciaba la última palabra sobre todos los grandes temas que se proponían a la Cámara. Cuando se dispuso a fundar su proyecto de neutralización de la República se produjo uno de los momentos de más solemne expectativa que recuerdan los anales parlamentarios del Uruguay.

El proyecto tenía como antecedente los conflictos internacionales en que se vió envuelta la República con motivo de la aplicación, modificación y ampliación de los tratados celebrados con el Brasil en 1851, especialmente en la parte que se refieren a límites

y posesión de territorios. El representante de la República en Río Janeiro, que lo era el doctor don Andrés Lamas, el mismo que había negociado y suscrito los tratados de 1851, firmó en 1859 un ajuste diplomático con el Brasil y la Argentina mediante el cual se ratificaba la convención preliminar de paz de 1828 con intervención de la soberanía oriental, y se declaraba y garantizaba al Uruguay "como estado absolutamente y perpetuamente neutro entre el imperio del Brasil y la confederación Argentina", obligándose estas dos últimas naciones a defender la independencia e integridad del Uruguay en el caso de ataque exterior. Don Andrés Lamas reputó este ajuste como una de sus mayores victorias diplomáticas y como el más grande servicio de los muchos que había prestado al país, al extremo de que solamente esperaba la ratificación para retirarse a la vida privada. Este tratado salvaba, en su opinión, la penosa omisión padecida en la convención de 1828 en lo que se refiere a la representación de la soberanía oriental. El asunto tuvo un accidentado proceso en el Cuerpo Legislativo y dió lugar a una profunda conmoción pública, pues se consideró el nuevo ajuste como una mediatización de la soberanía nacional. El gobierno se vió obligado a pedir al Cuerpo Legislativo la suspensión de los debates sobre el tratado, pues ellos amenazaban alterar el orden interno del país.

Aquellos solemnes momentos fueron aprovecha-

dos por el doctor Juanicó para presentar su proyecto de ley. Por él se declaraba neutralizada la República mediante un pacto universal que sería gestionado ante las naciones de América y Europa, especialmente el Brasil, la Argentina, los Estados Unidos, Francia, Inglaterra y España. En los tratados a celebrarse se procuraría establecer el principio del arbitraje para dirimir las cuestiones que surgiesen entre la República y los países signatarios del tratado de neutralización.

Los discursos que pronunció Juanicó para fundar y defender su proyecto son piezas oratorias memorables. Varias horas habló el orador sin admitir descanso, llenando la sala de la Cámara con su elocuencia académica, atildada, precisa en la exposición de las ideas; incisiva en los momentos en que era necesario insistir sobre un concepto; severa cuando juzgaba lo que él conceptuaba error; sobria cuando recurría a las fuentes de la historia y del derecho; afluente cuando acudía al recurso del sentimiento; amplia y solemne cuando se remontaba para invocar los principios morales y políticos. Cuando terminó su último discurso, la Cámara estaba conquistada; el proyecto se sancionó casi por unanimidad, y también lo habría sancionado el Senado a no sobrevenir la clausura de la Asamblea.

Este proyecto y este debate señalan el momento de plenitud de su personalidad política. En todas partes se le rendía pleito homenaje; en el

parlamento todos los ojos se volvían a su escaño cuando se proponía alguna cuestión importante; en el Tribunal nadie discutía su supremacía; su opinión y su consejo eran requeridos en los gabinetes de gobierno y en las discusiones del foro; cuando penetraba en los salones del Club Nacional se le hacía círculo para escucharlo; cuando se presentaba en sociedad los caballeros y las damas lo rodeaban como a Fontenelle en sus mejores tiempos.

Ejercía esta dictadura espiritual sin jactancia; nada había en él que denunciara artificio o propósito de conquistar posiciones y prosélitos; la superioridad era en él don natural y la empleaba con sencillez de gran señor.

Por aquel entonces estaba en su apogeo el salón de don Jaime Estrázulas, que fué el centro de la actividad social y política de la época. Allí se hacían gobiernos, se destruían gabinetes y se forjaban revoluciones. En tanto Terrada ejecutaba en el piano su famoso repertorio, y las damas, oprimidas por el miriñaque, se agrupaban para oír la melodía un poco trivial de "La Stella confidente", los hombres teorizaban sobre filosofía social, combinaban manifiestos políticos o ensayaban los discursos que al día siguiente pronunciarían en el parlamento.

Don Cándido Juanicó fué la figura protagonista de este salón. Allí reinó su palabra grácil, flexible y terriblemente certera; allí impuso el arte de la conversación y el hechizo del hombre de mundo, en

cuya cabeza encanecida perduraba la belleza viril de la juventud y se advertía cierta romancesca aureola que en ella habían dejado los viajes y las aventuras de ultramar.

Aquel artista de la palabra se batía a diario con hombres también superiores. Estaban allí, el dueño de casa, una figura pálida, con algo de los modelos del Greco, jurista hábil y orador de palabra llena de jugo; don Antonio de las Carreras, el sombrío "dandy" de nuestras borrascas políticas, carácter violento y corazón templado en ásperas andanzas; don Vicente Fidel López, noble pensador que bajo la égida de Guizot y Macaulay, trazaba la historia del Río de la Plata; Eduardo Acevedo, pensativa figura orlada por la meditación y el estudio; Vázquez Segastume, orador de palabra florida y galana; Carlos Carballo, un original lleno de talento; don Ambrosio Velazco, formidable maestro de lógica, carácter el más bravío de su época, de quien se cuenta que para no obedecer el decreto del Presidente Berro que ordenó el uso de la divisa blanca en el sombrero, salía sin él a la calle; don Antonio Díaz, general, escritor, diplomático, antiguo ministro y consejero aúlico de Oribe; su hijo don Antonio, joven militar que acababa de cosechar lauros de dramaturgo con su comedia "El capitán Albornoz"; Don Nicolás Calvo, periodista agresivo y mordaz y el más temible duelista de su época; Don Federico Nin Reyes, Ministro de Ha-

cienda, financista y gran señor; Don Juan José Soto, bravo y exaltado carácter; y muchos otros personajes reclutados entre la flor y nata del viejo partido blanco. También frecuentaban la tertulia algunos argentinos de cuño federal como Don Federico de la Barra, y Don Marcos Arredondo, antiguos cortesanos de los salones de Manuelita Rosas.

Aquel salón presidido por doña Dolores Carballo de Estrázulas ha de encontrar un día el cronista que lo rescite. Durante varios años fué el centro elegante de Montevideo y su temible influencia política dominó el medio ambiente. Las agrias luchas entre "vicentinos" y "amapolas" que estallaron durante el gobierno de Berro, y el violento destierro a que fué arrojado Estrázulas aventaron salón y tertulia, ¡ay! no restaurados desde entonces.

Con el salón de Estrázulas desapareció también el reinado político de don Cándido Juanicó. La época se tornó tormentosa y brava; de nuevo flamearon las banderolas revolucionarias; volvieron los tiempos de lanza y sable en que el pensamiento no prosperaba más allá del núcleo urbano. La dictadura intelectual de aquel singular personaje se desvaneció con las primeras cargas de la revolución de 1863.

VI

EL DERRUMBE

La guerra civil, esta vez larga y sangrienta, se complicó como en la época de la Guerra Grande con graves conflictos internacionales. El Gobierno expirante de don Atanasio Cruz Aguirre, luego de quemar en la plaza pública los tratados celebrados con el Brasil, jugó su última carta contra la revolución encabezada por el general Flores. Para ello procuró la alianza del tirano del Paraguay, don Francisco Solano López, y se dispuso a concitar a las potencias contra el Imperio, aliado del jefe revolucionario.

Juanicó fué investido con la representación de la República para gestionar el pronunciamiento de las cortes europeas en favor del gobierno de Montevideo. Al rayar el año 1865, en vísperas de caer el partido blanco, se embarcó para Francia, donde debía comenzar su misión. El ministro oriental fué recibido afablemente por el Emperador Luis Napoleón; pero aun fué más expresiva la Emperatriz. "¡Es usted, Juanicó!" exclamó sorprendida Eugenia de Guzmán al reconocer al antiguo amigo y contertulio del palacio de la plaza del Angel. La misión prometía; pero ya era tarde. Cuando Juanicó penetraba en las Tullerías vestido de gran uniforme

para entregar sus credenciales al Emperador, se había derrumbado el gobierno blanco, y la paz octaviana reinaba en la República. La solución de la guerra había sido un "sálvese quien pueda": ministros, legisladores, magistrados, funcionarios, generales, periodistas, consejeros áulicos habían buscado en la expatriación el medio de sustraerse a las represiones de la dictadura. El general Flores, victorioso y dueño de la suma del poder público, imponía la ley de la proscripción al enemigo.

Juanicó fué desposeído de su plenipotencia. El regreso fué triste; la restauración colorada lo arrojó al destierro, de donde volvió para vivir modestamente en su silencioso retiro. Salió de él para concurrir a la pacificación del país conmovido por la terrible guerra de los dos años, que le trajo persecuciones y hierros; pero firmado con su eficaz intervención el pacto de paz de Abril de 1872, nuevamente se acogió a su solitario encierro.

Las épocas posteriores fueron duras con él. Ya en edad propecta le fué necesario recurrir nuevamente a las Pandectas y las Leyes de Partidas para rehacer su quebrantada fortuna. Se vió así al antiguo ministro de justicia frecuentar los tribunales, examinar expedientes y comparecer ante los estrados para litigar obscuramente. Aquel modesto anciano que procuraba eludir los privilegios y consideraciones que merecían su nombre, su talento, sus antecedentes cívicos y las posiciones que había ocu-

pado, no podía evitar, sin embargo, que el influjo que trascendía de su persona conmoviera a quienes conocían su historia. Hubo juez que en la sala de audiencias, al penetrar Juanicó, se puso de pie y no se sentó hasta que éste lo hizo; otra vez, un tribunal formado por viejos magistrados le rindió homenaje parecido al terminar un informe *in voce*; pero el trabajo no daba mucho dinero, y si lo había afrontado alegremente cuando se hallaba en la plenitud de sus fuerzas, resultaba duro y abrumador en la vejez, y se hizo ya imposible, cuando la invalidez lo retuvo en su bufete primero, en el lecho después y durante varios años.

Padeció entonces la esterilidad de una vida hecha para la acción y condenada a la inmovilidad: Como los árboles del desierto sintió caer uno a uno los frutos de su espíritu sin que nadie, ni él mismo, se inclinara a recogerlos. Ni siquiera tuvo el consuelo de escribir, porque este hombre, aunque tenía el instrumento, careció del don de tañerlo. Era un gran orador; había hablado y hablaba como un ateniense; pero pertenecía a la raza de los hombres receptivos, inhibidos para la transmisión escrita. Así pudo él decir a un confidente, lo que amargamente escribía Manuel desde el ostracismo político a Benjamín Constant: "Usted es literato y tiene una pluma; pero a mí, ¿qué me queda?"

Le quedaba el amor a la familia, a los libros y al arte. Así vivió rodeado de los suyos; hablando,

leyendo, recitando a Virgilio e interpretando en el piano, con rara maestría, las páginas de sus músicos favoritos, hasta que la muerte llamó a su puerta una melancólica tarde de 1884. Se aprestó para el viaje eterno serenamente y se durmió para siempre, sintiendo acaso el secreto dolor de los que se van sin haber cumplido su destino en la tierra.

EL EVANGELIO ROMÁNTICO

Se ha repetido muchas veces que "Los Consuelos" de Esteban Echeverría fueron el evangelio romántico de la generación que empezó a vivir cuando la tiranía de Rosas afirmaba su poder. En realidad, se exagera un poco. "Los Consuelos" se hallan respecto al Romanticismo, que en el Río de la Plata hizo crisis hacia 1840, en relación muy semejante a la en que se hallan las poesías de Andrés Chenier con el movimiento iniciado por Chateaubriand y Mme. de Stael en Francia. Está ya en ellos el sentimiento romántico, y como el anuncio de lo que luego ha de venir; pero, el Echeverría de "Los Consuelos", como Chenier, es un clásico de la forma, y a veces también del concepto. Cuando se recorren las estancias del libro se tropieza a cada paso con combinaciones métricas de molde clásico; la cláusula toma casi siempre el tono y el empaque del siglo de oro, y el léxico, todo él, pertenece al "estilo noble" de la época de Racine. Por lo demás, abundan las figuras de lenguaje, las elegancias de estilo y los epítetos de corte académico; pero si la forma es clásica, el sentimiento generalmente es romántico. El espíritu de Echeverría aso-

ma a menudo en sus estrofas y les imprime un color personal que es nuevo en la poesía americana de la época. El poeta habla de sí mismo, de sus amores, de sus infortunios, de sus tristezas, y suele entregarse a confidencias íntimas que habrían indignado a Delille en Francia y a Martínez de la Rosa en España.

Otro elemento romántico posee "Los Consuelos": la tristeza en que el poeta envuelve sus pensamientos. Este dejo de melancolía hace más hondo y eficaz el subjetivismo de los versos de Echeverría. El dió origen a lo que podríamos llamar la "actitud romántica" que en seguida fué adoptada por sus discípulos. Mármol, cuyo Peregrino está ya anunciado en "Los Consuelos", Juan Carlos Gómez, Adolfo Berro, Pacheco y Obes, y muchos otros afinaron su lirismo a este diapasón.

Hay por fin, en "Los Consuelos" otro elemento que tuvo importancia fundamental en la evolución del gusto y de la cultura platenses, y que en realidad es el verdadero mensaje romántico que Echeverría trajo de Europa, cuando regresó, en 1830, luego de corear, con el "clan" que acaudillaba Gautier, el canto de victoria de "Hernani". Ese mensaje lo constituyen los epígrafes que el poeta puso a las composiciones de "Los Consuelos". Esos epígrafes revelan una cultura nueva, desconocida en el Río de la Plata, donde solamente se estudiaba y leía la literatura clásica greco-latina y española, y tal cual

poeta francés de lance. La reunión de estas citas forma el más sugestivo repertorio romántico de todas las épocas, y digo de todas las épocas, porque se ha llegado a la conclusión de que el Romanticismo tiene raíces que se hunden en los siglos góticos.

El libro de Echeverría está precedido de este dístico de Ausias March, que es revelador del estado de alma del poeta:

*Qui no es trist de mes dictats no cur,
O en algun temps que sia trist estat.*

"No se cure de mis escritos quien no es triste, o quien no lo ha sido alguna vez". ¿No es éste, acaso, un verdadero programa romántico? Abundan luego citas de los Salmos y el Apocalipsis, los dos libros sagrados más reverenciados por el Romanticismo. Ossian, Shakespeare y Camoens fueron puestos a contribución, lo mismo que Goethe y Schiller. Son numerosas las citas de Byron, y el poeta no olvidó a Chateaubriand, a Víctor Hugo, a Lamartine y a Manzoni. De los poetas españoles citó aquellos que, con ser clásicos, los románticos de 1830 también reclamaban para sí: Manrique, Calderón, Tirso, Moreto.

Este índice de lecturas fijado en "Los Consuelos", sería bastante para señalar la fecha de la aparición del libro, 1834, como el punto de partida de una renovación de la cultura y del gusto en los escritores del Río de la Plata. Echeverría lo presintió así; y por eso, en la nota que puso a la "Profecía

del Plata'', reniega del estilo y de la forma netamente clásicos con que esta composición fué escrita. ''La poesía entre nosotros, dice, aun no ha llegado a adquirir el influjo y prepotencia moral que tuvo en la antigüedad, y que hoy goza entre las cultas naciones europeas; preciso es, si quiere conquistarla, que aparezca revestida de un carácter propio y original, y que reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de las ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse sublime como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca''.

Echeverría realizó luego tentativas y ensayos felices de esa poesía con que soñaba, y su labor habría sin duda culminado con una obra maestra, a no haberlo sorprendido prematuramente la muerte en el destierro. Sabido es que el poeta falleció en Montevideo en 1851. Sus restos fueron sepultados en el Cementerio Central, en un nicho del muro del Oeste, próximo al sitio donde descansaba desde 1842 otro poeta: Adolfo Berro. Hace veinticinco años se quebrantó el muro y fué necesario demolerlo. Los restos que allí reposaban fueron exhumados y tras-

ladados al Cementerio del Buceo y al osario común. Manos piadosas salvaron los restos y el mausoleo de Berro; los huesos de Echeverría y la lápida de mármol donde yo muchas veces leí su nombre desaparecieron; y no fué posible dar con ellos cuando la posteridad quiso rendir tributo a la memoria ilustre del autor de ''La Cautiva''.

Se cumplió así el deseo que expresó el poeta sobre una de las páginas del Libro de los Salmos:

Dormir, sin ser del mundo tributario,
Quiero en la noche tenebrosa y fría,
Sin que nada interrumpa mi alegría;
Morir, como he vivido, solitario.

Tú, numen de infelices, Dios de olvido
Que a la nada presides misterioso,
Encubre con tus alas, silencioso,
El sepulcro de un ser desconocido.

EL ÚLTIMO GENTILHOMBRE

I

LA ÉPOCA Y EL CARÁCTER

La revolución de 1810 fué un gigantesco crisol en el que se fundieron y transformaron las ideas y sentimientos de la antigua sociedad hispano americana. Lo extraordinario del acontecimiento cambió el panorama de la vida del hombre colonial, transformó su carácter, despertó su imaginación y estimuló su aptitud sentimental. Se pasó demasiado rápidamente de la existencia plácida y ociosa de la colonia a la vida activa e inquieta de la guerra; de las rancias audiencias y apacibles cabildos a las tumultuosas asambleas y los intrépidos congresos; de los solemnes besamanos y juras reales a los espartanos festejos de Mayo; de los requerimientos al virrey, al Consejo de Indias y al monarca a las consultas plebiscitarias a la soberanía; de la monarquía a la república; del vasallaje a la libertad. El hombre colonial vió muchas cosas en breves años: virreyes depuestos y ajusticiados; audiencias

abrogadas; juntas populares soberanas; ejércitos que inscribían en sus estandartes la palabra "libertad". Vió más aún; vió a las tropas veteranas del rey atacadas y derrotadas por estos escuadrones insurgentes; las banderas y los pendones reales abatidos; el dosel de la monarquía caído en medio de escombros; y confundidos: la corona de los Césares españoles, los leones de Castilla, el manto real de armiño forrado con la púrpura de los Carlos y los Felipes. Vió a las matronas que solamente abandonaban el estrado para asistir a funciones de iglesia y besamanos de corte, despojarse de sus joyas, entregarlas a la patria, coser banderas azules y blancas, preparar con sus manos cartuchos, hacer hilas y vendas e incitar a los esposos, a los hijos, a los hermanos, a los criados, al mismo pueblo a marchar tras los estandartes de la libertad. Y, por fin, vió a cabildantes, asesores de gobierno, ministros de Su Majestad, prelados y priores de órdenes religiosas, dignatarios de la corona, antiguos familiares de virreyes y gobernadores, oficiales de los reales ejércitos, modestos vecinos, pulperos y mozos de tienda, convertirse de la mañana a la noche en tribunos, generales, caudillos, héroes y mártires.

No es raro que tales sucesos crearan un ambiente propicio al desarrollo del carácter, y que la generación en él concebida haya traído a la vida como rasgo diferencial, una sensibilidad inquieta y enfermiza, una imaginación exaltada y un acen-

tuado predominio del sentimiento sobre los impulsos del egoísmo y los dictados de la razón. Esta generación llegó en el momento histórico en que el romanticismo conquistaba el mundo. No pudieron llegar más a tiempo ni el romanticismo para ella ni ella para el romanticismo. Se entendieron desde el primer momento y aun antes de que aquél se infiltrase en la literatura, ella le abrió los salones, el gineceo, el hogar; le entregó la educación, la sociabilidad, las costumbres, la política, todas las actividades de la vida social. Aquellos hombres leyeron libros hasta entonces desconocidos; oyeron música que jamás habían escuchado; experimentaron sensaciones que los turbó hasta lo más profundo del ser; se sintió entonces como una frenética necesidad de vivir una vida más complicada; la naturaleza adquirió una expresión, un interés y un lenguaje de que hasta entonces parecía carecer, y se advirtió que el hombre, lejos de estar aislado en su seno, forma parte de ella y es el centro del maravilloso espectáculo; y que el mar, la tierra, el bosque, el río, el lago, la montaña, la llanura con sus calmas, sus tempestades, sus voces, sus murmullos, sus misterios, sus soledades, sus melancolías, son espejo y trasunto de lo que encierra el corazón humano.

A la exaltación espiritual congénita de estos hombres se agregó la que produjo aquel impulso renovador que se apoderó de las facultades supe-

riores del espíritu y que vistió la substancia esencial interior con las pintorescas formas exteriores. Los salones se poblaron de personajes de larga cabellera, barba recortada a lo Larra, corbata a la guillotina y frac ceñido; y de lánguidas figuras femeninas peinadas con "*bandeaux*" y graciosos bucles, con el cuello desnudo y el frágil talle oprimido por la crinolina. Todos estos personajes que conocemos por las estampas de la época, los daguerrotipos y los retratos de Monvoisin o Gallino que penden de los muros de las casas próceres, tienen una gran semejanza con las figuras de "El Correo de Ultramar" y con los grabados en madera que ilustran las ediciones de mitad del siglo pasado. Un soplo de melancólica fatiga y de encantadora tristeza pasa por estas pálidas frentes atormentadas, y en ellas parecen reflejarse las imágenes que dejaron la proximidad de la epopeya, el espectáculo de las guerras civiles que fué la secuela de la independencia y la intensa vida pasional e imaginativa alimentada por los libros en boga en que los Saint Preux, los René, los Werther, los Adolfo, se mezclan y confunden con Julia, con Lucía, con Carlota, con Eleonora, muchedumbre de fantasmas que todavía andan por el mundo conmoviendo almas y turbando imaginaciones.

Un nuevo elemento complicó aun más la exacerbación sentimental de estos hombres: la tiranía de don Juan Manuel de Rosas, que después de 1830

y durante veinte años envolvió en una nube sangrienta a las sociedades del Plata. Frente a ella se sintieron poseídos de un invencible deseo de libertad y a este deseo subordinaron y sacrificaron los naturales impulsos de la sensualidad juvenil. El odio a la tiranía les hizo amar la proscripción y la pobreza, y se sintieron atraídos por ellas con mayor fuerza que por los halagos de la vida fácil y la fortuna. En lugar de esquivar se buscó el peligro: la vida fué considerada como constante holocausto y se le estimó solamente como medio de realizar acciones memorables. Hubo una extraña exaltación de sentimientos caballerescos y se sintió como una necesidad de practicar grandes empresas. Todo se coloreó de un tinte heroico. La prensa adoptó un lenguaje que hasta entonces no se había conocido, se llenó de frases e invocaciones casi delirantes, de composiciones poéticas encendidas de un nuevo y extraño estro, de sentencias políticas y morales en que se confundían y mezclaban la doctrina estoica, los principios de 1789 y las paradojas de los revolucionarios de 1830. En la tribuna se oyeron también gritos de pasión desconocidos, arranques de elocuencia dignos del Senado de la República Romana, apóstrofes, apelaciones a la dignidad humana y a la libertad y requerimientos al honor y al valor cívico que solamente habían sido escuchados en las asambleas de la Revolución y en las proclamas y arengas de sus generales.

Las andanzas políticas, los peligros, las proscripciones y las guerras, al retemplar el carácter, respetaron aquella como dulce virginidad del sentimiento que mantuvo intactos los sueños adorables de la adolescencia. El amor se convirtió para estos hombres en religión y la mujer en objeto de culto casi sobrenatural. Actos de sencillez y conmovedor sentimentalismo alternaron con episodios en que se ofrendó nombre, libertad y vida. Se buscaron los amores novelescos, los idilios sahumados por la pólvora de las batallas, los enlaces entre combate y combate. Se vieron cruzar el río a misteriosos viajeros de tez pálida cuya procedencia y destino se ignoraban. En Montevideo y en Buenos Aires las rondas nocturnas sorprendieron a embozados personajes que se desprendían de las ventanas enrejadas o salían de la sombra de las tapias y huían hacia la ribera, donde los esperaban desconocidas embarcaciones que zarpaban en seguida. En el bajo de Buenos Aires, los puñales de la mazorca epilogaron muchas veces con sangre estos temerarios idilios. Se interceptaron cartas en que se leían palabras como éstas: "Odio al maldito tirano: pero no puedo odiar la divisa federal porque me recuerda el color de tus labios". Los jóvenes del sitio de Montevideo se gloriaban de obsequiar a sus novias con flores cogidas en la propia quinta del general Oribe, hasta donde llegaban por la noche burlando las guardias y centinelas y desafiando a la muerte.

En la tertulia del general Vedia se ostentaron en pechos unitarios muchas de estas rosas y claveles federales del Cerrito. Estas mujeres afrontaron también azares y peligros superiores a la fuerza de su sexo. Si hubo muchos Danieles también hubo muchas Amalias. Una de ellas se lanzó fuera de la plaza en busca del cadáver de su novio, caído en una emboscada, y lo condujo hasta las trincheras como una heroína de la tragedia clásica. Otra, en presencia de su prometido, muerto en combate singular, se despojó de su cabellera y la depositó en el ataúd como ofrenda de su virgen amor.

Así se vivía y sentía en aquella época: amor, destierro, sangre, ¡triste lote el que tocó a la generación mártir concebida entre nuestras dos grandes epopeyas, formada en la escuela de las guerras domésticas, nutrida con la savia espiritual del romanticismo y predestinada al sacrificio!

II

EL INTÉRPRETE

La generación romántica del Río de la Plata tuvo su intérprete en Juan Carlos Gómez. No pudo elegirlo mejor. En su persona física, moral e intelectual y en la historia de su vida, y sobre todo de su alma, se acendrarón las virtudes, los defectos,

las inquietudes, las pasiones, los rasgos y peculiaridades de los hombres de su época.

Lucio Vicente López pidió para su tumba esta inscripción: "Aquí yace el último gentilhomme". No sé si fué el último gentilhomme; pero que era un gentilhomme, vaya si lo era. Tenía la belleza, el interés y el sello inconfundible de los héroes románticos que ya solamente podemos admirar en las páginas de las novelas o en los retratos de aquella escuela señorial y melancólica que fundó Ingres. Converrían a su figura, en la que se hallan perfiles de *dandy* y continente de gran señor, el prestigio y la gracia un poco enfermiza de la generación atormentada que fué hija espiritual de Werther y de René. Era de tez pálida, de ojos profundamente azules; llevaba la cabellera y la barba como Alfredo de Musset en el retrato dibujado por Gavarni; su frente era amplia y serena; en su rostro había una indefinible expresión de severidad y ternura, de imperio y viril tristeza. Nadie reunió como él todos esos rasgos peculiares que conquistan el alma femenina y a cuyo prestigio no podemos tampoco sustraernos los hombres. Unía a la indomable energía del carácter la más viva e inquieta sensibilidad. Era valeroso e intrépido como un héroe, y a la vez tierno y delicado como un niño. Todo él fué una mezcla de ardimiento, de arrojo, de ensueño. El desencanto, el dolor y los años no pudieron destruir la perenne juventud de su corazón y de su espíritu.

De toda su historia trasciende ese hechizo, esa misteriosa fuerza de seducción que solamente es don de ciertos hombres y de ciertas vidas. Había nacido para imperar sobre las inteligencias y los corazones. "No era posible verlo y oírlo sin amarlo", dice uno de sus discípulos. Todos sus contemporáneos afirman lo mismo. Así era este hombre: al hablar encantaba; al callar seducía; cuando atravesaba la multitud todos los ojos se volvían hacia él. "Lo veíamos pasar, dice Miguel Cané, con su figura elegante y distinguida, su fisonomía acentuada, su bella cabellera que quedaba sobre su frente como el pabellón de su juventud constante, su pie de patricio, la cómoda soltura de sus maneras, y lo seguíamos en la calle, en los paseos, en el teatro, con los ojos ávidos con que mirábamos al general Mitre en 1860 y a Sarmiento desde que nacimos".

¿Cómo no mirarlo así? Si Pacheco y Obes hizo de su vida una epopeya, él hizo de la suya un poema. No faltó en esta vida la materia épica y aún la trágica; pero predominó en ella el frenético lirismo que hizo de Gómez la figura representativa del romanticismo platense. Fué el romántico integral: lo fué en su historia sentimental, en su labor literaria, en su acción política, en su actividad cotidiana, en su vida y en su muerte. Si fuese necesario buscarle analogía en la historia contemporánea, sería difícil hallarla; podría sugerirse este carácter

con fragmentos de otras vidas ilustres: la juventud radiante y atormentada de Alfredo de Musset; las peregrinaciones melancólicas de Byron; las intrépidas campañas de Armand Carrel; los rápidos encumbramientos y caídas de Chateaubriand; el destierro de Hugo en Jernessey; el altivo estoicismo de de Vigny; la incurable tristeza de los últimos años de Lamartine. Aún así faltaría la admirable unidad moral de este carácter, la trayectoria recta e inmutable que siempre aparece cuando se desvanecen las formas accesorias con que su lirismo y su aptitud estética envolvieron los actos de su vida.

Había nacido en Montevideo el año veinte, "el año de las montoneras y de las independencias", como él mismo lo dijo; era, pues, adolescente cuando se organizó la República; tenía quince años y cursaba humanidades cuando Echeverría publicó "Los Consuelos"; tenía veinte y estudiaba derecho aquel terrible año cuarenta cuando, en medio de la borrasca de sangre desatada por el tirano don Juan Manuel desde Palermo, el romanticismo se hizo dueño de las sociedades del Plata. Entonces llegó su hora. Como Rousseau cuando abandonó la casa paterna, como Chateaubriand cuando cruzó el océano en busca de la virgen naturaleza de América, como Byron cuando se despidió de las costas de Inglaterra, él sintió también el vértigo de la libertad y la embriaguez del ensueño. Este vértigo y

esta embriaguez lo poseyeron para toda la vida, y presa de ellos viajó por los países de la poesía, de la literatura, de la filosofía; recorrió buena parte del planeta; conoció sociedades diversas; cruzó por los salones y se entregó a los embates de la política.

Comenzó a cantar como nadie lo había hecho hasta entonces. La libertad, como los demás grandes temas poéticos, había sido exaltada en forma impersonal; teníamos los himnos marciales y las odas pindáricas de corte clásico en que los hombres de la independencia creyeron ver expresadas sus aspiraciones. Este poeta de veinte años halló para hacerlo un lenguaje nuevo, un acento y una entonación desconocidos; pensamientos e imágenes que parecían no caber en la amplia medida de los alexandrinos; apóstrofes e imprecaciones que llenaban de estupor y a veces de espanto. Cantó en seguida al amor; y, a su acento apasionado y sombrío, pareció que la tempestad envolvía al paisaje arcádico; grandes nubes cárdenas cubrieron el cielo; los árboles fueron sacudidos por un viento silencioso y helado que todo lo devastaba; las deidades, las ninfas, los pastores y los rebaños huyeron desparvoridos; ya no se oyeron murmullos de arroyuelos, ni suaves alientos de brisas, ni gritos de ninfas y bacantes, ni canciones de zagales. Se vió, en cambio, cruzar el páramo a un hombre enlutado, de rostro pálido, en cuya frente ensombrecida por precoz desencanto se adivinaba no sé qué signo de fata-

lidad y de desolada tristeza. Este hombre hablaba también un nuevo idioma; y sobre todo hablaba de sí mismo; lloraba como un niño y lanzaba gritos de pasión que jamás habían sido escuchados; se entregaba a embates de la imaginación y a impulsos de la sensibilidad que estremecían pero subyugaban; a confidencias que iban desde la anécdota hasta la confesión. Este hombre se confesaba a sí mismo y a los demás, y parecía sentir al hacerlo el complicado deleite con que los disciplinantes laceraban sus carnes.

Había en aquella poesía un sabor aere y un sentimiento punzante que correspondía al estado de guerra y zozobra en que vivía la sociedad. La desolada melancolía de estos versos acordaba con el terrible espectáculo que ofrecían las naciones del Plata. Cuando se levantaban en Buenos Aires y en las provincias argentinas pirámides de cabezas humanas y humeaba la sangre en todas partes; cuando en las campiñas del Uruguay se libraban tremendas batallas y los perseguidos por la tiranía buscaban refugio en Montevideo, último baluarte de la libertad, para defender desde sus murallas vida y honor, las almas se hallaban naturalmente dispuestas a escuchar este lenguaje y gustar esta poesía. La gustaron y se embriagaron también con ella.

III

EL ROMANCE

Aún hubo más; este hombre necesitaba una tortura real para justificar la fatalidad de su destino. Y la obtuvo cumplida. A partir de 1843 toda su existencia estuvo regida por la exacerbación sentimental que en él produjeron sus desgraciados amores con Elisa Maturana. Esta especie de novela a lo Saint Pierre se narra todavía en los viejos hogares de Montevideo ⁽¹⁾. El romanticismo de nuestras madres y abuelas tuvo en ella mucho paño que cortar; sus principales capítulos fueron estilizados con aquel delicioso candor de sentimiento que ya es inútil buscar en las complicaciones y refinamientos de nuestra época. Es un caso sentimental que podrá ofrecerse siempre como ejemplo a la inconstancia de los jóvenes y al tedio de los viejos.

Apenas adolescente, Gómez se enamoró de Elisa, que no contaba aún diez y siete años, e hizo de ella su musa juvenil. Por su rango, por su educación, por sus sentimientos y belleza merecía la niña la ofrenda del poeta. Tres años duró este idilio que tuvo por marco la enrejada ventana de la casa pa-

(1) El doctor José María Fernández Saldaña ha escrito un relato pintoresco y documentado de este episodio sentimental.

terna de la calle de San Luis y los frondosos jardines del Paso del Molino. Jugué siendo niño bajo los árboles de la quinta de Maturana y a la sombra de los pilares del señorial portón, y conocí los sitios poetizados por la tradición doméstica: el emparrado patio, los alicatados arriates, el banco de piedra, el ciprés cubierto de claveles del aire, testigos todos de los amores de aquel nuevo Pablo y de aquella desventurada Virginia.

Un día tuvo él que partir; cambió con su prometida mutuas promesas y se llevó como prenda de esponsales una miniatura aprisionada en un aro de oro en cuya tapa posterior ella depositó un rizo de sus cabellos. Elisa aparece en el retrato en el esplendor de su malograda juventud. Los largos bucles de su negra cabellera peinada en *bandeaux* caen en cascada sobre los desnudos hombros y forman marco al óvalo del rostro, acusando la blancura de la tez. Los grandes ojos oscuros aparecen velados por una vaga niebla de tristeza. Un corpiño de negro terciopelo ornado de encajes pone una nota de duelo en el retrato. La mano poco diestra del pintor deformó el dibujo; pero felizmente reprodujo con fidelidad la expresión tierna y apasionada del rostro y el gesto melancólico con que se inclina la cabeza de la niña.

A poco de separarse los enamorados estalló la Guerra Grande, y el padre de Elisa, don Felipe de Maturana, antiguo capitán de la independencia,

gran señor de genio extravagante que solía entretener sus ocios cultivando el arte de la pirotecnia, se refugió con su familia en su quinta del Paso del Molino, que quedaba al amparo de los cañones del general sitiador, de quien era antiguo camarada y amigo. La ausencia y la guerra tendieron como un fúnebre velo sobre la juvenil belleza de Elisa; su tez palideció y aumentó la expresión melancólica de sus ojos.

Un hombre que en aquella época se acercaba a la senectud, transformó el idilio en doloroso drama. Este hombre fué el doctor don Carlos Gerónimo Villademoros, ministro omnipotente del gabinete que el general Oribe organizó en el Cerrito. Quienes conocieron a este personaje, sus propios amigos, le miraron con secreta prevención y le señalaron siempre como el inspirador de las ejecuciones ordenadas por el general Oribe en las campañas de las provincias argentinas y en el asedio de Montevideo. Se le presentaba como hombre de exterior impasible, pero dominado por ardorosas pasiones; un trasunto de aquellos señores italianos a lo Ludovico Sforza, capaces de ofrecer con la enguantada mano y la sonrisa en los labios la copa de oro cincelada con el agua tofana. Este personaje presumía de humanista y poeta, y sus versos, sobre todo los eróticos, disfrazan con formas clásicas a lo Catulo, la inclinación sensual que la senectud avivó en vez de apagar.

Villademoros concibió violenta pasión por la niña; rechazó ésta los requerimientos del insólito galán; pero no era él hombre de dominar sus deseos. Mediaron las terribles influencias de la época y la autoridad paterna se vió obligada a vencer la repugnancia y el dolor de la infortunada. Se consumó el sacrificio; Elisa fué casada con el ministro del general Oribe; y lo que pudo suponerse perjurio fué para ella inenarrable suplicio. No resistió a la prueba; después de languidecer melancólicamente y de sufrir las torturas de la maternidad, sucumbió de pavor una trágica noche de Octubre de 1846 en que una banda de esbirros asaltó la casa de su primo, el doctor Eduardo Acevedo, que vivía junto a la suya.

Gómez vagaba entre tanto, proscrito. Cada jornada de esta peregrinación está inmortalizada por una de esas breves pero intensas composiciones líricas que han aprendido varias generaciones de memoria. En ninguna parte halla paz para su espíritu ni descanso para su cuerpo. Este peregrino de la libertad y del amor sólo tropieza con la adversidad, y si alguna vez, al pasar corrido por el infortunio ante una puerta amiga, se detiene un instante junto a la mesa del suntuoso festín, es para reanudar el azaroso viaje antes de que la copa se haya aproximado a sus sedientos labios.

De Río Grande, donde busca asilo en casa de su hermana, lo expulsan las autoridades brasileñas,

y él se despide con estos versos, que son un adiós y una queja:

¡Adiós, hermana, adiós! Tiendo la vela
Otra vez a la mar embravecida;
No deben las tormentas de mi vida
Azotar las paredes de tu hogar.
Transido de tristeza y de fatiga
Quise buscar en la familia asilo;
Y sólo vine de tu hogar tranquilo
A perturbar la sosegada paz.

¡Vuelvo, hermana, a la mar! ¡Dios no lo quiere!
Me niega un día de descanso, ¡un día!
Fuerza es seguir la dolorosa vía,
A mi calvario con la cruz llegar!
.....
¿Oyes bramar furioso el oceano?
¡Está impaciente porque tardo ya!

Busca entonces refugio en Porto Alegre, en casa de su padre; también es expulsado de allí. ¿Qué hacer?

Once more, upon the sea...

Y desde el mar, como Byron, lanza este grito de dolor:

Envuelto en la tormenta el pájaro del polo
Recorre infatigable la procelosa mar;
Así sobre las ondas, acongojado y solo,
Sin esperar descanso me lleva el huracán.

Río Janeiro ofrece una breve tregua a su peregrinación; allí puede reposar y aturdirse algunos días con los placeres de la sociedad. Una mujer le ofrece su amor y él exclama con fatiga:

No, tú no curas mi mortal tristeza
Aunque sea tu bálsamo el mejor!

Otra mujer le envía su álbum y él deja caer en sus páginas algunas desencantadas estrofas y concluye así:

Yo nací en la borrasca, y me complacen
Los tumbos y el embate de las olas;
Duerme a la orilla de tu fuente a solas,
Yo me voy a las ondas de la mar!

Y parte de nuevo sin beber la ambrosía que para él resultaba más amarga que el agua del mar. El barco que lo conduce no encuentra playas hospitalarias; el proscripto mezcla su voz a la del viento y la de las olas para cantar su soledad:

Mi voz es de recuerdos, mi voz es de tristeza,
De la mañana el himno no puedo preludiar,
Nacido en la borrasca no he visto más belleza
Que la enlutada nube y el irritado mar.

Producido el sacrificio y la muerte de Elisa, en una confidencia lírica dirigida a su madre narra la historia de sus tristes amores y se despide de su

juventud para siempre. ¿Qué quedará de todo ello?
El ya lo ha dicho en esta melancólica estrofa:

Vivir así en los otros como un recuerdo incierto,
Como algo que no puede la mente perpetuar,
Reflejo de una tarde serena en el desierto,
Vestigio de una noche de luna sobre el mar.

Así llegó a Chile conducido por la nave del destierro, abatido por el dolor y el desconsuelo. Allí encontró manos amigas que se le tendieron; la sociedad chilena lo acogió en su seno; los círculos literarios y las tertulias patricias se disputaron su presencia; la redacción de *El Mercurio* le franqueó sus puertas y le entregó la columna editorial del diario que hasta la víspera había redactado Alberdi. Convivió con los hombres más eminentes de la época; sus artículos doctrinarios y de polémica conmovieron el país andino y, salvando las fronteras, hicieron temblar al tirano de Buenos Aires; sus versos se difundieron por toda América; jóvenes y viejos repitieron de memoria el "Canto a la Libertad"; las nuevas generaciones recitaron conmovidas hasta las lágrimas sus desencantadas poesías del destierro y refirieron la historia novelesca de sus amores.

Con esta aureola regresó a Montevideo en 1852, después de un breve viaje por Europa. Apenas pisó de nuevo la ciudad paterna se dirigió a la tumba de Elisa; fué aquélla una peregrinación a la ma-

nera romántica del poeta de "El Lago". Él la inmortalizó en un precioso poema digno de ser ilustrado con viñetas de Devería o de Nanteuil. El poeta busca, debajo del musgo que cubre la piedra funeraria, el nombre de Elisa, y evoca su imagen; la ve pasearse debajo de los sauces como el ángel de la melancolía; recuerda los rizos de su negra cabellera, sus grandes ojos oscuros, su voz delicada, su pie breve, su rostro reflejado en las espejadas aguas del Miguelete cuyas orillas recorrieron los enamorados en los serenos días del idilio. Volviéndose luego a los causantes de su desventura, se pregunta con sombrío acento:

¿Qué hicimos, inocentes, para expiación tamaña?
 ¿Qué hicimos, pobres niños, para irritar la saña
 De ese tropel de bárbaros que nos lo derribó?
 De ese tropel de bárbaros que con sangrientas manos,
 En delirante furia, al pie de los tiranos,
 Honra, familia, patria y religión echó?

¿Qué hicimos? Ser tú un ángel ungido de la gracia,
 Que siempre hallabas bálsamo para cualquier desgracia,
 Y nunca indiferente se te acercó el dolor;
 Ser yo desde temprano sostén del oprimido,
 Mi débil pecho de égida poner desprevénido,
 No abandonar la víctima al sacrificador.

Este torrente de dolor halla luego más sereno cauce, y el poeta siente que su congoja se dulcifica y que las palabras de perdón suben a sus labios:

Tú perdonaste, Elisa, y yo, que en mí sentía
 La voluntad del fuerte, e indómita energía,
 Capaz de un mar de sangre y de vengarte bien;
 Me resigné a ser víctima por mantenerme bueno,
 Del mundo acepté, humilde, el cáliz del veneno,
 Y de punzante espina dejé ceñir mi sien.

Los últimos versos contiene la promesa del eterno recuerdo y la queja desconsolada, grito de soledad y angustia cuyo eco se extinguió solamente con la vida del poeta y que podría servir de epitafio sentimental al túmulo que guarda sus cenizas:

Sin tí, de mi calvario terminaré el camino;
 En la inclemente patria nos separó el destino,
 Y ni aún la misma tumba nos unirá a los dos.

Gómez permaneció fiel hasta la muerte al recuerdo de Elisa. El destierro que para él se tornó eterno, las luchas políticas, las adversidades de su trabajada vida, sus mismos amores de paso, no fueron capaces de extinguir la "antica fiamma" que siguió ardiendo silenciosamente en su pecho. Pocos meses antes de morir se desprendió del retrato de Elisa y lo envió como último legado sentimental a la viuda del doctor Acevedo, prima y amiga que fué de la enamorada. "Respetando la religión de los recuerdos, decía en su carta, no he permitido ni bruñir el aro, ni cambiar el vidrio roto que tocaron sus manos".

IV

EL MORALISTA Y EL PROSCRIPTO

Dice Lamartine que cuando Chateaubriand regresó a París después del destierro y vio a sus amigos, halló que unos habían envejecido con las vicisitudes de la Revolución y que otros permanecían jóvenes en medio de tantas tumbas. Lo propio ocurrió a Gómez después del sitio. La Guerra Grande había hecho madurar a muchos de aquellos jóvenes que él dejó casi adolescentes de 1843 y algunos de ellos parecían ya viejos; pero otros permanecían jóvenes en medio de los desastres y de la muerte. Él se alistó entre éstos sin dejarse vencer por la desesperanza que cogió a Pacheco y Obes; y arrastrado por el irrefrenable impulso de la juventud, casi sin buscarlo, se halló convertido en jefe de partido.

Por una contradicción formal que estaba en el carácter de la época, el partido que lo eligió por jefe tomó la denominación de "partido conservador", siendo así que nadie fué más amigo de la libertad que él. Esta designación procuró expresar que el partido que la había adoptado se proponía conservar las tradiciones de la Defensa de Montevideo contra la tiranía de Rosas. Con este programa entró Gómez al Parlamento, y para de-

fenderlo fundó el diario *El Orden*; con el mismo programa llegó al gobierno revolucionario de 1853 y tentó la reforma constitucional fracasada al transformarse la doble asamblea de 1854 en simple asamblea legislativa; pero René no estaba hecho para las realidades de la política, y el ministerio de Gómez duró apenas dos meses, lo indispensable para programar la reforma constitucional y dictar varios decretos de alta ideología social. Poco después partió para el Brasil. Regresó en 1857, dispuesto a reorganizar su partido. Asumió la redacción de *El Nacional* y abrió una campaña digna de Armand Carrel; pero fué encarcelado y proscrito. Esta vez el destierro fué definitivo. Se asiló en Buenos Aires y allí consagró el resto de su vida a la difusión de sus principios de moral cívica y a la idea de reconstruir las nacionalidades platenses mediante la unión de las repúblicas soberanas segregadas después de 1810 del antiguo virreinato del Río de la Plata.

Se dió entonces el extraño espectáculo de que un proscrito sin fortuna, sin influencia personal, sin más fuerza que sus ideas, y sin más armas que su soberano talento y la forma subyugante de su palabra hablada y escrita, ejerciera sobre las dos sociedades del Plata un magisterio sin ejemplo. Apareció en Gómez, en toda su plenitud, el moralista político y el apóstol: una especie de caudillo sin multitudes, un maestro sin discípulos visibles;

pero un hombre cuya palabra era escuchada con religioso respeto por amigos y adversarios. Jamás la ética política ha hallado más brillante intérprete. Dice Scherer que la política habló con Chateaubriand un lenguaje de sin igual elocuencia; con este hombre habló un lenguaje de no igualada belleza.

Estaba naturalmente dotado de un instrumento excepcional. Pocos hombres de su tiempo tuvieron el don de espontaneidad y el instinto de la forma estética que le dió la naturaleza, y ninguno tuvo su exquisita sensibilidad y ese tempestuoso subjetivismo que hace que cuando se leen sus escritos se recuerden a los buenos modelos románticos. En cuanto escribió dejó el sello de su personalidad: un troquel que no se confunde con otro y que da a sus páginas, aún las que trazó en el abandono de la improvisación, un sabor que solamente se encuentra en los grandes artistas de la sensibilidad. Su agitada vida no le permitió crear obra literaria orgánica; sólo le fué dado dispersar sus escritos en las columnas de la prensa; en artículos doctrinarios magistrales; en páginas de crítica política y social cuya forma hace olvidar lo acerbo del fondo; en polémicas que derivan siempre hacia la autobiografía, tal fué la violencia subjetiva de este escritor, el predominio que sobre él ejerció su propio "yo". Estas epístolas son, acaso, lo más bello de cuanto escribió, excepción hecha de algunos de sus versos.

Sin pretenderlo, creó con aquéllas un estilo personal que unas veces recuerda al Rousseau de "Julia", otras al Chateaubriand de las "Memorias", otras al Lamartine de los "Recuerdos", y cuando las caldea la pasión política al Carrel panfletista. Este estilo hizo escuela; aun hoy, a más de cuarenta años de desaparecido el maestro, se suelen escuchar acentos que parecen desprendidos de las cartas del proscrito.

Si así era la forma, no menos hermoso y grande era el contenido. Gómez fué un puritano enamorado de la doctrina estoica y de los principios que informan el sistema político anglo-americano. Alguien que lo conoció profundamente hizo la exégesis de su ideología con estas palabras: "Había tomado de la moral estoica el culto austero del deber, es decir, del deber que no transige con nada ni con nadie; del cristianismo doctrinal y primitivo, el espiritualismo exaltado, la abnegación y el dogma de la fraternidad universal; y de la filosofía política de los fundadores de la Unión Americana, aquel espíritu de libertad civil que jamás tuvieron ni griegos ni romanos, formando así, con esos diversos elementos, — él, esencialmente refractario a todo eclecticismo político — un vasto eclecticismo sociológico".

Al servicio de este cartel de principios consagró su vida, su poderosa inteligencia, su extraordinario carácter y ese admirable valor cívico que le llevó

a afrontar todos los peligros, hasta el peligro de la impopularidad, que es el mayor que puede haber para un hombre de Estado. Por mantener la integridad de su doctrina y la unidad de su conducta no vaciló en separarse de sus amigos políticos y en emplazarles ante el tribunal de la opinión pública, y consintió en que se le acusara de renegado y traidor, y en que su destierro temporario se convirtiese en perpetuo ostracismo. Para salvar intacta su concepción del gobierno representativo concluyó por volver los ojos con nostalgia hacia los partidos históricos y declarar que la democracia en manos de pueblos ineducados o corrompidos y de déspotas y caudillos había hecho bancarrota y que era preciso que la sociedad buscara nuevas orientaciones para alcanzar el ideal del *self-government*.

Así fué él; nadie ni nada contuvieron su espíritu ávido de libertad y de justicia. Lo había sido desde niño. Son innumerables las anécdotas que reflejan su carácter. Siendo casi adolescente, ante el desdeñoso gesto con que dos mariscales del Imperio, recamados de oro, acogieron a un oficial del ejército oriental que llegó proscrito vistiendo el pobre traje de campaña, exclamó impetuosamente: "Señores mariscales, este oficial es de los de Ituzaingó". En 1857, cuando todos huían de Montevideo asolado por la peste, él vino a asistir a los enfermos y a enterrar a los muertos, y cuando

alguien pretendió detenerlo, dijo: "Entre los que gozan y los que sufren, yo estoy con los que sufren y con los que mueren". Cierta madrugada trágica, antes de partir para un duelo en que iba a jugar su vida, escribió a Pedro Bustamante una carta para confiarle sus hijos, y luego improvisó cuatro estrofas que todos sabemos de memoria y las puso en manos de Rufino Varela a manera de testamento sentimental. Otra vez, ante las palabras agresivas de Nicolás Calvo, el duelista más temible de su época, escribió temerariamente estas palabras: "No hay nada más despreciable que el honor de un espadachín, como no sea el valor de un espadachín". Se concertó en seguida un lance a muerte que debía ser decidido por el azar. Calvo disparó su pistola sobre el pecho de Gómez; pero le había tocado el arma sin carga y quedó a merced de su adversario. Gómez descargó su pistola al aire y exclamó: "Yo no he venido aquí a matar, he venido a morir".

¿Cómo sustraerse al imperio de este corazón y de este carácter? ¿Cómo defenderse contra la fascinación que irradia esta noble figura? Si hasta los hombres acostumbrados a jugar con el peligro y a desafiar a la muerte, se entregaban sumisos en su presencia. En 1857, cuando su terrible campaña de *El Nacional*, sometía a su arbitrio a caracteres tan agrios y bravíos como los de César Díaz, Gregorio Suárez, Sandes y Tajés. Narra Angel Floro Costa

que en una reunión política de ese año presencié una violenta rebelión de Sandes, el impetuoso lancero que se jactaba de ostentar 52 heridas en el cuerpo, todas curadas sin fiebre, y que no se avenía al imperio de aquel tribuno de tez pálida y manos femeninas. El rudo guerrero bramó como un león. El doctor Gómez no hizo más que elavarle su mirada azul, y el caudillo enmudeció súbitamente y quedó extático.

Hasta la pobreza fué en él poesía y prestigio. Desde el destierro de Chile envió a Juan María Gutiérrez los "Cuentos Fantásticos" de Hoffmann y escribió sobre la primera página estas melancólicas palabras: "Quisiera enviarle algo más; pero todo es aquí tan caro, y, ¡sobre todo el pan!" "El dinero, escribía a un amigo, no me quitará una noche de sueño. Si he de morir en un hospital, tanto vale. Será la recompensa debida al haberme olvidado de mis intereses por servir los de mi país". "En los últimos días de su vida, dice Sarmiento, en medio de la prosperidad de Buenos Aires, el pan era tan caro para él como en 1846 en el destierro voluntario de Chile".

Desde Buenos Aires escribía el poeta en un momento de suprema amargura: "Después de la vida, su propio ostracismo es lo más que el hombre puede ofrecer en holocausto a la causa que ha abrazado... ¿Duermo yo acaso en lecho de rosas? ¿Por qué no vienen a acostarse en él los que tan

cómo lo encuentran?... Otros, con fortuna, con posición, con excelentes relaciones aquí, no han podido soportar seis meses de expatriación; algunos de ellos ni siquiera dos; y yo, poeta, yo, que tengo que pedir a la ruda labor cotidiana el óbolo de la subsistencia; yo, que no sé lo que vale una onza de oro sino por el trabajo que me cuesta ganarla, seré el único para quien el destierro sea una Capua? ¿Qué! ¿No tengo yo corazón? ¿No tengo afecciones? ¿No tengo deudos queridos? ¿No tengo amigos? ¿No necesitaré, en fin, refrescar mi espíritu al contacto de las brisas de la patria, y reposar mi frente bajo la copa de los árboles que plantaron mis mayores?" Y 22 años después, ya en el umbral de la muerte, el proscrito lanzaba todavía la misma melancólica queja: "Cuántas veces la nostalgia me ha tenido con el pie en el estribo para una corta excursión por la patria, que me aflige morir sin volver a ver; y he tenido que hacer un esfuerzo sobre mí mismo para no dejarme vencer por esa debilidad del corazón. Si está escrito que he de terminar mi vida sin volver a verla, sépase al menos que no es por falta de amor a los seres y a las cosas que fueron el embeleso de mi juventud y son el más dulce recuerdo de mi solitaria vejez".

V

EL ÚLTIMO GENTILHOMBRE

Si ésta fué su vida, más melancólica fué su muerte, capítulo todavía inédito de la historia del proscripto. Dijo la ciencia que Juan Carlos Gómez murió herido por una congestión. Esa fué la enfermedad de la carne; pero hubo además otro mal doloroso y oculto que le hirió el alma y apresuró su fin. Al menos Rufino Varela, su amigo y confidente, así lo creía; fué él quien reveló en la intimidad el secreto.

Era la época del polizón y de las cinturas sutiles, último remedo, ¡ay!, de los buenos tiempos románticos. Todavía la vieja sociedad porteña se congregaba en los salones del Club del Progreso en saraos rutilantes de que solamente queda el recuerdo en la memoria de los viejos y en las fugaces crónicas de sociedad. En medio del suntuoso baile el dardo mortal hirió al proscripto. Discurría por los salones prodigando frases ingeniosas a las damas cuando divisó a una mujer, deslumbrante belleza de la época, que reinó soberana en la sociedad porteña. El viejo *dandy* sintió el influjo de la belleza juvenil y de sus labios brotó un elogio apasionado. La dama, sorprendida por el fervor de la lisonja, replicó con candorosa espontaneidad, sin

sospechar que sus palabras herían de muerte: "Doctor Gómez, usted ya está viejo para estas cosas". Él recibió el golpe mortal en mitad del pecho; la sonrisa se heló en sus labios y el frío le invadió el corazón. ¡Ya era viejo! Por primera vez le asaltó la certidumbre de su senectud y con ella algo más melancólico todavía: ¡Él ya había hecho su tiempo! Nadie se lo había dicho hasta entonces y él no se había atrevido a pensarlo. Había atravesado su borrascosa vida como aquellos grandes señores del Renacimiento que parecían no envejecer jamás. Si había nevado sobre su hermosa cabeza, el corazón permanecía ardiendo como una pira. Seguía siendo el paladín sentimental de su generación y de su época y aparecía en los salones del Río de la Plata como un héroe a quien se tributan todos los homenajes. Nadie le disputaba la supremacía en lides de amor, de sociabilidad y de ingenio. Estaba acostumbrado a dominar sin esfuerzo, con el solo prestigio de la aureola romántica que lo rodeaba. Así había llegado a la tarde de su vida, sin advertir la proximidad de las sombras que envolvían ya a su generación declinante.

El desterrado sintió el contacto de la realidad aquella madrugada de otoño, en tanto atravesaba la ciudad dormida, de vuelta del baile, en dirección a su pequeña casa de la calle Maipú. Por primera vez se sintió extraño en aquellas calles y en aquella ciudad, tocadas ya por el soplo renovador de nues-

tra época. Él había hecho la suya y era llegada la hora de partir.

Tenía razón. Las sociedades del Plata iniciaban su transformación galopante. Sobre las ciudades prósperas comenzaban a levantarse las opulentas metrópolis modernas; con los viejos barrios patricios se iba esta generación preclara cuyo espíritu ateniense se marchitaba y moría a la sombra de los palacios con mansardas y cimborrios de cinc. Los sueños políticos del desterrado se habían desvanecido: la libertad seguía ausente y los principios por que tanto había batallado parecían irremisiblemente perdidos. El gobierno representativo era un mito; la democracia había hecho bancarrota y sus ojos se volvían con desencanto hacia las antiguas formas tradicionales deplorando que la justicia histórica las hubiese muerto. Sus principios filosóficos espiritualistas y cristianos sufrían el desdén de los sistemas materialistas y se veían oscurecidos por el cientificismo que confundía las ciencias morales con las ciencias naturales, relegaba con desprecio la metafísica al museo de las cosas pasadas, y para estudiar al hombre y a la sociedad, estudiaba la zoología, la paleontología, la física, la química, la biología. Al tender la vista sobre la sociedad en cuyo seno vivía experimentaba profundo desconcielo. "En vano se cubre esta disolución con los olopeles de un falso progreso como se cubre de flores la podredumbre del cadáver", escribía a un

amigo. Cuando la volvía hacia la patria sentía mortal angustia. "Yo esquivo hablar de la patria; la vergüenza se me sube al rostro cuando alguno me la nombra; porque es imposible descender a más bajo nivel un pueblo que se mostró capaz de tanto heroísmo". Sus aspiraciones literarias también estaban en derrota. "La literatura, que es otro yunque de trabajo, viene a afligirnos más con el asqueroso realismo que ha entronizado la escuela triunfante de las "Nanas" y "Pot - Bouille", exclamaba con desconcielo. Hasta el trabajo profesional era para él ocasión de comprobar la corrupción que había invadido el organismo social. "Si pudiera ser menestral no sería abogado", concluía con ira. Todo ello le había arrancado ya la profética oración inaugural del curso de filosofía del derecho en la Universidad de Buenos Aires, verdadero testamento moral del desterrado, "canto del cisne, último grito de desesperación y dolor, última protesta arrancada a sus labios por el triunfo de todo aquello que él había repudiado y combatido durante treinta años". Nada le quedaba, pues; ni siquiera el imperio de la juventud, de la belleza, del amor; romántico trasnochado, pobre *dandy* viejo y marchito, desprendido de su época y condenado a sobrevivir a su reinado.

Al día siguiente del baile se encontró con Rufino Varela en el Club del Progreso y le narró el episodio de la víspera. "No he podido conciliar el

sueño, concluyó. ¡Qué quieres!, es una debilidad del corazón; pero no puedo conformarme”.

Fué entonces cuando se acentuó en él la pasión de ánimo, aquella profunda e irremediable tristeza, aquella pena sin consuelo ni alivio que anubló más la tarde de su vida y agregó una nueva sombra a las que envolvían la frente del proscrito. Y de ello murió el último gentilhombre: de este mal misterioso que una mujer derramó en su corazón.

FIN

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
ENSAYO SOBRE ANDRÉS LAMAS. — I El magisterio intelectual. — II La generación de la independencia. — III El factor moral e intelectual. La emancipación integral. — IV La lucha contra Rosas. — V Epílogo	5
CARLOS MARÍA RAMÍREZ. — I La generación de la Guerra Grande. — II El factor doméstico. La formación moral e intelectual. — III El periodista. — IV El orador. — V El ministro. — VI El hombre de letras. — VII La muerte	31
EL OCASO DE MANUELITA ROSAS. — I La mujer. — II El confidente y la ausencia. — III La idolatría filial. — IV El crepúsculo	91
MELCHOR PACHECO Y OBES — I El hombre. — II La dictadura. — III El destierro. — IV La conquista de París. — V Ante la Corte de Assises. — VI El ocaso	117
ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES. — I El poeta. — II Los Magariños. — III La obra	185
MÁRMOL, POETA DE SU TIEMPO. — I El olvido de Mármol. — II La emigración unitaria. — III El Peregrino y sus cantos	207
DON JOSÉ DE BUSCHENTAL. — I El gran señor. — II “Cabeza a pájaros”. — III La última visita	221

	<u>Pág.</u>
DON CÁNDIDO JUANICÓ.— I La juventud sentimental. — II Ideas y doctrinas.— III Realidades.— IV La primera etapa.— V La dictadura intelectual.— IV El derrumbe	231
EL EVANGELIO ROMÁNTICO	268
EL ÚLTIMO GENTILHOMBRE.— I La época y el carác- ter.— II El intérprete.— III El romance.— IV El moralista y el proscrito.— V El último gen- tilhombre	273